Edgardo Cozarinsky

LEJOS DE DÓNDE

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
1. Enero de 1945
2. Noviembre de 1948
3. Agosto de 1960
4. Febrero de 1977
5. Diciembre de 2008
Nota
Créditos

1

Enero de 1945

Our interest's on the dangerous edge of things –
The honest thief, the tender murderer...
Robert Browning, «Bishop Blougram's Apology»

La despertó un soplo caliente en la cara, un olor fuerte que, años más tarde, del otro lado del Atlántico, en otro hemisferio, iba a permanecer en su memoria.

Ya antes de abrir los ojos, ese aliento cálido le devolvió todo lo que el sueño había postergado: entumecimiento, piernas y pies paralizados por el frío. Había dormido envuelta en el pesado capote militar; se había cubierto con lonas y arpilleras encontradas en un rincón del cobertizo, y el agotamiento que la había derribado inmediatamente postergó también el asco ante el olor y la suciedad que habían acumulado esos trapos. Y ahora un aliento animal la despertaba, y era su calor lo que la devolvía a esa nieve cercana que unas pocas horas de sueño le habían permitido olvidar.

Abrió los ojos sin moverse. El ciervo la miraba fijamente. Tenía el pelaje rojizo y jadeaba. Acercaba el hocico para olerla: primero la cara, luego el pelo; finalmente se alejó y salió al aire libre. Ella se incorporó. La puerta de madera del cobertizo había quedado entreabierta; volvió a ver, ahora bajo el sol débil, indeciso de una mañana de enero, la nieve brillante y en ella las huellas del ciervo, que se perdían entre los troncos blancos de los abedules, y en esas huellas manchas rojas, oscuras, de sangre.

Echó a un lado los trapos, la arpillera con que se había cubierto, y se incorporó. Entreabrió el capote, deslizó las capas de ropa interior hasta los tobillos, se puso en cuclillas y orinó. Aliviada, cargó en la espalda la mochila y salió al aire helado del bosque. Hundía con cuidado las botas en la nieve, evitando la escarcha que rodeaba la base de los árboles. A los pocos metros encontró, tendido, todavía jadeando pero ya sin fuerzas para alejarse, al ciervo rojo; tenía un flanco desgarrado por una dentellada. Qué raro, iba a pensar años más tarde, cuando esa imagen la visitara

con más tenacidad que cualquier otra: los lobos grises no dejan escapar una presa antes de acabar con ella. El ciervo gemía. Un reflejo compasivo la llevó a sacar del cinto el cuchillo reglamentario, pero vaciló en usarlo para aliviar al animal del resto de vida que agonizaba. Finalmente se alejó. Quería llegar al río antes del anochecer y no tenía idea de la hora.

El río estaba helado y en su parte más estrecha parecía posible cruzarlo con unas pocas zancadas. Pero ella cargaba unos veinte kilos de lastre cosidos al ruedo del capote, ya pesado de por sí, y una mochila a la espalda. Arrojó una piedra sobre la superficie lisa, luminosa: aunque rebotó sin romper el hielo antes de quedar inmóvil, no quedó convencida. Buscó con la mirada algún puente. Lejos, ya cerca de la ciudad, en una parte más ancha del río, distinguió la sombra negra, chamuscada de un puente roto, dinamitado sin duda durante la retirada: aunque sus pedazos se hundían en el hielo parecía posible, aferrándose a ellos, cruzar el río sin pisar la superficie poco segura. Se puso en marcha en dirección a esa ruina.

Descascarados, ennegrecidos letreros de metal esmaltado aún declaraban los viejos nombres, hoy cancelados, de la ciudad: Cieszyn del lado polaco del puente, Český Těšín del lado checo, tachados ambos por una gruesa barra negra; más alto, otro letrero, reciente, aún lustroso a pesar de los impactos de bala, declaraba el nombre alemán de la ciudad, Teschen, y en un ángulo el escudo imperial y la inscripción victoriosa: Deutsche Reich. Pero ella no prestó atención a estas informaciones; las registró sin pensar que años más tarde las recordaría como datos elocuentes del momento histórico que había vivido. Pero entonces sólo le importaba llegar a una meta: Ostrava, de donde probablemente aún partieran trenes, trenes donde, al presentar su salvoconducto, que la declaraba *Aufseherin* en los servicios disciplinarios del Reich, no iban a rehusarle un lugar en dirección al suroeste, a Brno, de donde no le sería difícil alcanzar Viena.

La calle principal, o la que supuso tal por su ancho, por

sus edificios públicos de molduras y atlantes ennoblecidos por el hollín, por sus comercios atrincherados tras cortinas metálicas, con vidrieras ciegas y letreros eléctricos apagados, huellas de una pretérita, suspendida actividad, estaba desierta. Avanzó por la calzada en medio de un silencio que no hubiese esperado encontrar en una ciudad. Un tranvía incendiado yacía sobre sus rieles, imponente y anodino como la carcasa de algún animal prehistórico; en uno de sus lados permanecía adherido, aún legible, un afiche de la opereta *Das Land des Lächelns*, que se presentaba, o se había presentado, acaso hasta poco antes, en el teatro municipal. («El país de las sonrisas»: años más tarde, ese título le iba a parecer irónico para ese lugar y esa fecha; en el momento en que lo leyó no la hizo sonreír.) Lejos, de algún suburbio, asomaban chimeneas de fábricas pero ningún humo; partículas de carbón, sin embargo, flotaban en el aire: se habían ido depositando sin llegar a imprimir puntos negros en la nieve, más bien disolviéndose hasta conferirle una pátina de color gris acerado.

Buscaba algún cartel que indicase el camino hacia la estación de ferrocarril, aunque empezaba a sospechar que ningún tren partía ya de la ciudad. Detrás de la ventana de un segundo piso, vio a una niña con la mirada perdida en una lejanía indefinida; le sonrió y la saludó con un movimiento de la mano; no hubo respuesta, y al observarla más detenidamente advirtió que sus ojos estaban cubiertos por una membrana blancuzca.

Tenía frío. Sólo comía, disciplinadamente, un cuadrado por día de la barra del chocolate vitaminado reservado para los soldados que evacuaban los restos de las cámaras de gas. Había dejado las oficinas administrativas del campo en la mañana del 25 de diciembre, mientras los pocos oficiales que no lo habían abandonado dormían sin despertarse entre eructos con aliento a schnaps, bajo adornos navideños que habían llegado de Berlín una semana antes, trenzas de papel dorado para tender entre las ramas de los pinos,

guirnaldas de muérdago artificial *(Kunststoff)*, con bayas rojas, para colgar sobre las puertas, lamparitas de colores que habían estallado ante la irregular descarga eléctrica de los enchufes del campo.

Semanas antes había escuchado los primeros rumores sobre el avance del Ejército Rojo. «Antes de matarte, te van a violar docenas de comunistas y judíos», le había susurrado al oído, riéndose, el cabo Grudke; «imagínate el olor...» Como había aprendido a hacerlo siempre que una palabra dicha podía comprometerla, ella guardó silencio; tampoco sonrió ni demostró miedo. Sabía que el cabo tenía las llaves del depósito donde se almacenaban, entre las bolsas de arpillera que guardaban el pelo destinado a una fábrica de pelucas y postizos de Munich, otras bolsas más pequeñas, de algodón, cerradas con un pequeño candado, llenas de dientes de oro. Le clavó los ojos y dejó aparecer en su boca un atisbo de sonrisa: «Pues si es eso lo que nos espera, bebamos por nuestra última Navidad...», murmuró, manteniendo, desafiante, la mirada en los ojos del cabo, ya alcoholizado. Él abrió otra botella de Malteser Kreuz. Ella se mojó los labios mientras él tragaba el contenido del vaso. Más tarde, incapaz de lograr una erección, Grudke cayó dormido a su lado. Ella se alisó la blusa que él había manoseado y se incorporó. No tuvo dificultad para encontrar la llave, atada al cinturón del uniforme del cabo.

Ahora avanzaba cada vez menos convencida de haber acertado con el camino que la llevase a la estación de tren. Llegó a una plaza desierta, que debía de haber sido la principal de la ciudad, y vio un carro vacío estacionado ante una pequeña puerta, a un lado de una fachada imponente. El caballo, cubierto con una manta agujereada, resoplaba con dificultad. Se le acercó y le pasó una mano por el lomo: estaba caliente a pesar del frío; inmediatamente se frotó la cara, primero una mejilla, luego la otra, contra esas crines de olor acre que le trasmitieron un poco de calor. Cerró los ojos. Pensó que podía dormirse así, de pie, con la cara sobre esa almohada viva, palpitante. Dejó pasar unos minutos hasta sentir que los pies, a pesar

de las botas y los zoquetes de lana, al estar inmóviles sobre la nieve empezaban a entumecerse.

De ese entresueño la arrancó una voz de hombre.

–*Was wollen Sie, was machen Sie hier*?

Estuvo a punto de contestar con la imitación del idish, o más bien de alguna de las variedades de acento idish que había aprendido a imitar de los prisioneros, pero inmediatamente recapacitó: el hombre le había hablado en alemán, con apenas un dejo de acento checo.

–*Ich möchte nach Ostrau, nach Brün*…

–*Kommen Sie herein*.

El hombre no la invitaba, más bien le daba una orden. Pequeño, de barba blanca amarillenta, tan descolorida como su gorro de lana, la condujo, rápido y seguro, por pasillos y entrepisos, depósitos atestados de telas enrolladas, jaulas doradas, sillas tapizadas de pana escarlata, un farol de cartón, objetos que en un primer momento le parecieron incongruentes, que sólo más adelante comprendería que eran decorados y accesorios de teatro. La agilidad de su guía contradecía la edad que sugería su aspecto. Finalmente llegaron a una plataforma y descubrió frente a ella una platea apenas iluminada por las llamas de gas de dos picos, a ambos lados de lo que ya había reconocido como un escenario. Detrás de ellos aún colgaban telas polvorientas donde la pintura resquebrajada representaba pagodas, sauces llorones y un puente corto, color de lacre, sobre un río de color turquesa. En medio de las tablas había un calentador a alcohol y sobre su llama una cacerola y en la cacerola una mezcla cálida, fragante: aguardiente, clavo de olor y azúcar negra.

El hombre tomó dos tazas de hojalata y las llenó del grog. Ella le agradeció con una sonrisa, sin hablar. Por primera vez desde que había abandonado el campo empezó a sentirse segura, paradójicamente frente a un desconocido, en el escenario de un teatro abandonado, tierra de nadie, refugio de una ficción barata. Aquí, pensó, podría hacer un alto, acaso descansar. Tres días antes había elegido un pasaporte con la palabra «Jude» estampada en letras góticas

por un sello de goma, cruzando el nombre de Taube Fischbein, una mujer que había ingresado en la cámara de gas el mes anterior. Nadie advertiría la desaparición de ese documento: era ella la encargada de quemarlos todos los lunes. La fotografía, tomada en tiempos menos aciagos, mostraba un rostro sonriente; la identificación declaraba pelo castaño, ojos marrones, como los suyos. ¿Cómo justificar que, aunque delgada, ella no pareciera haber sufrido privaciones? Sin excesivo optimismo, pensó que podría explicarlo, simulando la debida vergüenza, por el empleo como judía encargada de la disciplina de algún pabellón: las *kapo* tenían derecho a raciones suplementarias.

Sentados en unos bancos bajos alrededor del calentador, él le explicó que la mayoría de las líneas de ferrocarril estaban interrumpidas o circulaban irregularmente, sin horarios fijos, que sólo algunos convoyes militares de la Wehrmacht pasaban por la estación de Ostrava. Él podía llevarla en el carro hasta Brno: tenía que devolver al teatro de esa ciudad, sin más demora, la escenografía de la opereta que se había representado en Teschen hasta cinco días antes. A ella no le pareció absurdo este escrúpulo de puntualidad en medio del caos: en el campo mismo, muchos empleados, incluso los encargados de vaciar las cámaras de gas, se empeñaban en respetar las tareas y horarios cotidianos, y si alguien mencionaba ante ellos el avance del Ejército Rojo, replicaban indignados que se trataba sólo de rumores, difundidos desde Londres por la judería internacional.

Ofreció su ayuda para empacar kimonos y abanicos, para enrollar telones que sucesivas capas de pintura habían ido dejando cada vez más rígidos, donde se descascaraban gradualmente paisajes orientales. El hombre la rechazó con un gesto breve donde se resumía su orgullo profesional («yo sé cómo se hace») y la invitó a dormir en uno de los palcos mientras él se ocupaba de su tarea. Ella se acostó precariamente sobre dos butacas que colocó lado a lado y, después de distraerse un momento observando las

cucarachas que circulaban sobre la felpa roja del reborde, se durmió sin que la incomodidad de su posición la desvelara.

Se vio avanzando por una Viena recordada, que en el sueño veía próspera y alegre como nunca la había conocido, como no lo había sido desde el final de la otra guerra. Avanzaba en medio de la nieve, sin frío ni esfuerzo, como si no llevara cosidos al ruedo del capote militar veinte kilos de dientes de oro. Buscaba a cincuenta metros del Schottenring al joyero que había entrevisto en su infancia, el hombre con quien se acostaba su madre. Él tenía que reconocerla: la dejaba jugar, a ella, la hija de la sirvienta, con collares y pulseras de fantasía mientras los grandes hacían crujir el diván de la trastienda y del lado de adentro de la puerta se balanceaba un cartón que anunciaba MITTAGSPAUSE. Sí, él no podría dejar de comprarle el botín que le permitiría huir de Europa antes que Europa desapareciera para siempre bajo los soviéticos y los norteamericanos. Ella no entendía de política, sólo sabía que todos se las iban a arreglar para sobrevivir bajo los nuevos amos, menos ella y los suyos, marcados por un servicio que los judíos no perdonarían.

Ese sueño, impregnado de impaciencia y deseos tan fuertes que borraban toda angustia, toda incertidumbre, iba a volver varias veces, después de abandonar el refugio del palco para subir al pescante del carro, donde cada barquinazo la despertaba entre árboles blancos, esqueléticos. Entreveía al borde del camino a individuos, a familias enteras que arrastraban en la nieve carretillas cubiertas por lonas, cargadas sin duda con bienes que imaginaban salvar del desastre. El hombre –en algún momento advirtió que no sabía su nombre, que se había confiado a un desconocido, a un grog y a un palco de teatro donde descansar– azuzaba al caballo sin obtener más que un trote fatigado, resoplidos espasmódicos, ninguna energía. Al anochecer se levantó viento y la nieve empezó a golpearles la cara.

En las afueras de Ostrava durmieron en un establo. El

hombre anudó las riendas del caballo a su brazo derecho para despertarse si intentaban robárselo. Cuando ella se despertó, él ya estaba de pie y ponía en la boca del animal pienso que había descubierto amontonado en un rincón. El caballo masticaba sin entusiasmo. Recordó entonces que el hombre había pagado por ese precario alojamiento y sin duda también por ese alimento ya seco; extrajo de un bolsillo anterior la barra de chocolate vitaminado y le ofreció un cuadrado. Él lo examinó sin ocultar su admiración.

–*Schweizer Schokolade*!

Y para justificar su reacción buscó en un bolsillo el resto de una oblea recubierta de chocolate. El papel anunciaba la marca Olza. Se la mostró riendo. Ese nombre, que para tantos polacos y checos era el del chocolate más popular, para ella era sólo el del río helado que había tenido que cruzar entre ambas secciones de Teschen.

Un sol tímido se abría paso entre las nubes. Habían vuelto a sentarse en el pescante, el carro había recorrido apenas un centenar de metros, cuando de pronto, sin un gemido de advertencia, el caballo se desplomó y el carro quedó ladeado, parte de su carga desparramada sobre el empedrado. Más sorprendida que asustada, se incorporó y observó al hombre que se inclinaba sobre el caballo, le hablaba, lo acariciaba, finalmente se echaba a llorar sobre él.

Ella no se demoró en ese momento de duelo. Recorrió con la mirada el poblado suburbano en medio del cual se hallaba hasta descubrir una silueta que se desplazaba rápidamente, pegada a la pared de la vereda de enfrente, cabizbaja, sin atender al llanto y a la muerte que ocupaban el centro de la calzada: una mujer con la cabeza y los hombros envueltos en un chal. Se le acercó y sin titubear le preguntó en alemán por la estación de tren. La mujer no alzó los ojos ni habló. Con la mano indicó una dirección y continuó su camino. Ella miró una vez más al hombre que

lloraba sobre el caballo derrumbado. Luego se alejó.

Iba a recordar esa imagen, ante la que sólo se había demorado unos segundos, con más nitidez que los episodios siguientes: la calesita abandonada donde durmió en las afueras de Brno, primero sentada en un minúsculo cupé que alguna vez había estado pintado de blanco y dorado; luego, cuando el frío la obligó a buscar abrigo, en el cilindro central, en medio del olor a metal herrumbrado y a bosta seca; las horas echada sobre un banco de madera en la sala de espera de tercera clase de la estación de tren de Brno, por donde ningún tren pasaba. De allí quiso desalojarla el jefe de estación, el mismo que, después de intentar devolverla a la intemperie, se había apiadado y la había invitado a su casa, un pequeño pabellón de arquitectura fantasiosa edificado a un extremo del andén; la sopa de nabos y repollos que le había servido su esposa y, sobre todo, el baño caliente que le habían ofrecido, y que ella vaciló en aceptar por miedo a desprenderse del capote donde cargaba toda su esperanza de porvenir, hasta que finalmente se decidió a sentarse en una especie de palangana, en medio de la cocina, con el capote visible sobre una silla cercana.

Al alivio de una higiene rudimentaria sucedió el disgusto de volver a vestirse con prendas sucias, que ahora picaban sobre la piel limpia, que olían como antes no lo había advertido. Se preguntó qué la hacía merecer, por segunda vez, la hospitalidad de desconocidos. No podían tomarla por checa... ¿Simpatizaban con el ocupante alemán? ¿Y si la creían judía? Mientras la esposa del jefe de estación aceptaba su ayuda para lavar los platos, oyó por primera vez, en el alemán aproximativo en que la mujer pronunció pocas palabras, una que respondió a sus dudas:

–... *eine Vertriebene*...

Sí, era eso: la reconocían como una fugitiva, y esa condición importaba más que su identidad registrada en cualquier documento, más que los poderes en conflicto de los cuales quería escapar: ante los ojos ajenos, era una mujer que huía y eso bastaba.

Tres días más tarde, después de haber subido a vagones de carga de donde era expulsada en alguna parada en medio de un despoblado, de haber vuelto a caminar, de haber logrado que la llevaran en el pescante de algún carro que ya no transportaba accesorios de escena sino alfalfa y algunas verduras macilentas, llegaba finalmente a Viena: una ciudad oscura, con poca gente en la calle, donde muchos negocios parecían no haber subido su cortina metálica desde hacía tiempo.

Tuvo la impresión de que su aspecto descuidado, el capote sucio, las botas embarradas, llamaban la atención de los pocos transeúntes que cruzaba. Era algo que no había sentido al pasar por Ostrava ni en Brno: los vieneses, pensó, aún no han visto fugitivos del Este, no se han habituado a esas presencias huidizas, a esas miradas donde conviven recelo, astucia y una desesperación apenas dominada.

Mientras avanzaba en dirección al Donaukanal, no pudo dejar de pensar que atravesaba un distrito que alguna vez había sido barrio judío, y la tranquilizaba saber que ahora Leopoldstadt ya estaba *Judenrein*, limpiado de judíos, devuelto a los verdaderos austríacos. Bajaba por la Nordbahnstrasse cuando vio el cartel que anunciaba SOLDATENHEIM. No vaciló en entrar y pedir ayuda. Mientras hablaba, tuvo la impresión de que no le costaba convencer al suboficial a cargo del albergue: líneas de ferrocarril interrumpidas, trenes de carga que no se detenían, todo le impedía volver al campo donde revistaba, de donde había partido una semana antes para pasar la Nochebuena con su familia en Klagenfurt. En los ojos de ese oyente mudo le pareció advertir un brillo irónico. ¿Era posible que adivinase la verdad?

En todo caso, en el Soldatenheim pudo lavar la ropa que había llevado puesta más de una semana, cambiarla por algunas prendas limpias que guardaba en la mochila, poner un poco de orden en su pelo, prepararse para enfrentar al día siguiente al joyero de la Währingerstrasse. Esa noche, antes de retirarse a su cuarto, al lujo inédito que a esas alturas de su éxodo significaba un colchón, un

edredón maltrecho pero protector, permaneció en la sala común, observando distraída a los soldados que jugaban al billar. En la pared, grandes letras góticas anunciaban que ése era *Ein Heim fern der Heimat*, y la verdad es que los adornos navideños aún no retirados, las mismas guirnaldas baratas y hojas de muérdago artificiales que habían adornado el campo, ahora le parecían menos fuera de lugar en ese «hogar lejos del hogar».

Los soldados y suboficiales bromeaban y reían a menudo, como si no hubiesen oído del peligro que se acercaba. En el campo se sabía que meses atrás, en el verano pasado, París había sido ocupado por los norteamericanos y la Wehrmacht había tenido que replegarse hacia Alsacia; también que en el Este, aunque nadie quería afirmarlo con precisión, el ejército soviético avanzaba sin pausa. Esas noticias, que en el campo se susurraban con cautela, parecían no haber llegado al Soldatenheim. ¿Acaso la derrota no era inevitable? ¿Se habría dejado ella influir por el aislamiento, por la angustia infiltrada en el campo?

Desde un disco ya gastado le llegaba una voz de mujer: cantaba en alemán, con un levísimo acento inubicable, una melodía exótica a ritmo de habanera. Algunos soldados y suboficiales callaron para escucharla mejor, y una expresión soñadora invadió esos rostros poco sensibles. Ella preguntó con timidez quién cantaba.

–Kennen Sie Rosita Serrano nicht, die chilenische Nachtigall?

No, no conocía a ese «ruiseñor chileno», y Chile no evocaba en su imaginación algo diferente de otros nombres sudamericanos, confundidos todos en imágenes de almanaque, una dudosa síntesis tropical donde se mezclaban calor, palmeras y colores vivos.

En ese momento, mientras escuchaba una canción llamada *Roter Mohn*, nada le anunciaba que su periplo iba a terminar en un país vecino de Chile, e igualmente desprovisto de esa languidez sensual que le habían prometido las ilustraciones de tantas novelas por entregas,

frecuentadas en las revistas femeninas de años menos aciagos. No podía figurarse ningún puerto de destino, sólo la huida de una venganza inevitable. Su confianza inmediata estaba puesta en ese joyero con quien se acostaba su madre, un hombre que podría canjearle veinte kilos de dientes de oro por algún salvoconducto, algún pasaje, alguna promesa de seguridad.

La joyería de la Währingerstrasse ya no existía. En el local que ella recordaba sin confusión posible encontró instalada una confitería; en la vidriera, unas pocas tortas y budines ocupaban el lugar donde de niña no se cansaba de examinar auténticas fantasías y joyas falsas; adentro, tres mesas pequeñas hacían las veces de salón de té. Una mujer madura, delantal blanquísimo y horquillas en el pelo, parecía esperar clientes que la dureza de los tiempos hacían escasear. Su rostro se iluminó al verla entrar, pero inmediatamente recuperó su escepticismo al observar la indumentaria de la desconocida.

Cuando esa mujer vestida con un incongruente capote militar preguntó por el joyero Ezechiel Lanzmann, ese escepticismo se transformó en perplejidad. No, la señora no lo conocía, nunca había oído ese nombre, sólo sabía que el local estaba desocupado cuando lo alquiló en la primavera de 1941. Luego de una pausa, ante el silencio que acogió estas informaciones, como para clausurar una entrevista que se volvía incómoda, agregó que con semejante nombre uno podía imaginar que el individuo había preferido dejar Viena.

Ella entendió en ese instante lo que nunca se le había ocurrido: Lanzmann era judío... Su madre no sólo se había acostado con un judío: había sido su sirvienta... Sentimientos confusos la asaltaron: deseó que lo hubiese hecho por la fuerza, quiso desterrar de su memoria las sonrisas con que su madre lo saludaba y se despedía, la canción que entonaba (*Bei dir war es immer so schön*) mientras iban tomadas de la mano a la parada del tranvía

que las devolvería al minúsculo departamento del distrito XXIII. Su madre y un judío... Sin despedirse, salió a la calle casi corriendo, como para poner distancia con el escenario de una humillación retrospectiva, que ensuciaba el recuerdo de su infancia.

A pesar de que había empezado a nevar, se sentó en un banco del jardín de la Votivkirche. Respiraba con dificultad. Por un momento se había dejado distraer de su plan; ahora se esforzaba por relegar a algún desván acogedor de su conciencia la degradante revelación, buscaba aferrarse a la realidad más urgente. Si, como había oído decir en voz baja al cocinero del casino de oficiales del campo, los rusos iban a llegar allí dentro de una semana o dos, no tardarían mucho más de un mes en alcanzar Viena.

Miró sin nostalgia la ciudad donde había nacido y que ahora estaba impaciente por dejar atrás: percibía estrechez, incertidumbre, impalpables pero inconfundibles, en lo que había sido una capital exultante en el momento de unirse al Reich, de convertirse en su Ostmark. Ella había agitado una pequeña bandera con la cruz gamada bajo los balcones del hotel Imperial, engalanados con otras banderas y cruces gamadas, enormes éstas; en uno de ellos había aparecido el Führer para saludar a su pueblo, ayer abandonado, hoy reencontrado. ¿Qué la había guiado a ese lugar? No había sido ninguna idea política, por cierto, pero tampoco el gusto de una distracción gratuita en un día feriado, acaso la mera satisfacción de sentirse parte de una muchedumbre fervorosa, embriagada con la promesa, tan intensa como indefinida, de un porvenir que borraría el hambre y la miseria impuestos por los vencedores de 1918.

Casi siete años después de aquel mediodía de marzo de 1938, apagado ya el entusiasmo, disipada la ilusión de un nuevo imperio, los habitantes de su ciudad se empecinaban en un remedo de vida normal, ciega. La animación menguada de la calle, sin duda, era la de gente que iba a su trabajo o volvía al hogar. En algún ayuntamiento una pareja se casaba, en algún hospital una madre paría.

Nada de esto podía consolarla. Ahora, sentada en un

banco en medio de la nieve, sintió que el capote le pesaba más que en los caminos empantanados de Silesia, o mientras cruzaba un río de hielo aferrada a las ruinas de un puente bombardeado. No podía seguir manteniendo sobre los hombros el peso de la carga escondida en su ruedo. Tampoco podía permanecer indefinidamente en el Soldatenheim. Se incorporó y echó a andar con renovada fuerza, ahora sin rumbo.

Tenía hambre. Entró en una panadería y miró fijamente a la muchacha muy joven que atendía. Murmuró, sorprendida por el acento plañidero que por primera vez oía en su voz:

–*Ich habe kein Geld*.

La muchacha le sostuvo la mirada durante lo que le pareció un largo instante. Luego desapareció en la trastienda y volvió con un sándwich de salchichón. Se lo tendió sin una palabra. Ella lo aceptó. No supo qué decir, cómo agradecer. Intentó sonreír. Nunca le habían dado algo que no tuviese que pagar.

Al salir, al volver al frío y a la nieve, empezaron a dolerle los párpados: se le habían humedecido los ojos.

Pocos meses más tarde, en el mismo banco en que esa mujer abatida, asustada, buscó descanso en una pausa de su huida, o en otro idéntico del Volkspark, iba a haber cadáveres. Ya no en medio de la nieve, sino en la verdísima primavera que coincidió con el final de la guerra.

Los va a fotografiar, en los primeros días de ocupación soviética en Viena, el joven Yevgueni Khaldei, que acompaña al Ejército Rojo como corresponsal de la agencia de noticias Tass. En su imagen aparecen tres cadáveres, dos de ellos sentados, el tercero acostado, sobre bancos contiguos. La vestimenta de esas personas es decorosa: abrigos de paño, piernas cubiertas por medias oscuras, knickerbockers en un caso, zapatos sencillos. La boca de la mujer acostada no está visible: la cubre su hombro, pero las dos personas sentadas tienen la cabeza echada hacia atrás,

los ojos cerrados y la boca muy abierta, como en una última, inútil respiración. No hay huellas de sangre ni de violencia alguna. Sería plausible que se hubieran envenenado.

Khaldei había tomado en mayo de 1945 la célebre fotografía del soldado que planta la bandera soviética sobre el techo en ruinas del Reichstag. Durante el avance del Ejército Rojo, su mirada infalible dejó testimonio de algunos de los momentos más elocuentes de aquellos primeros días de la posguerra: frente al aeropuerto de Tempelhof, en Berlín, dos hombres cortan trozos comestibles de un caballo muerto ante la mirada de un transeúnte que no se detiene; otro transeúnte (abrigo negro, barba blanca, sombrero, bastón) observa desde la calzada los cadáveres que yacen en una vereda de Viena, ante las cortinas metálicas bajadas de una casa de modas; en el gueto recién liberado de Budapest, una pareja de judíos con la estrella de David aún cosida a sus abrigos enfrenta, entre sonrisa y desconfianza, el objetivo del fotógrafo.

Khaldei tenía entonces veintiocho años. Había nacido en una familia judía de Ucrania, el menor de seis hermanos. Tenía un año cuando una bala disparada por oficiales durante un pogromo le rozó la sien y mató a su madre, que lo llevaba en brazos. Adolescente, se fabricó una cámara con los lentes que habían sido de su abuela y practicó tomando retratos de sus hermanas. Tenía quince años cuando un periódico de su ciudad natal publicó por primera vez sus fotografías de mineros y obreros de las acerías locales. A los diecinueve ya trabajaba para la agencia Tass, y cuando la Unión Soviética entró en guerra con Alemania fue enviado al frente, con el grado de teniente del Ejército Rojo, para registrar las peripecias de la «Gran Guerra Patriótica». Sirvió bajo bandera mil cuatrocientos ochenta y un días, desde Murmansk, en el Ártico, hasta Sebastopol, en el mar Negro.

Existe otro enfoque del mismo grupo de personas muertas sobre dos bancos del Volkspark. En él aparece el cadáver de un hombre en el suelo, a poca distancia de los

otros tres. Un catálogo francés cita a un «testigo ocular» no identificado para explicar que ese hombre, que identifica como el padre de familia, luce una medalla que lo declara miembro del Partido Nacional Socialista y tiene un revólver cerca de la mano; antes de suicidarse habría matado a su esposa, al hijo, y a la hija, que le suplicaba que no lo hiciera.

Éste es el enfoque que iba a aparecer, sin el nombre del fotógrafo, registrado por una agencia española, en el diario *El País* de Madrid el 8 de mayo de 2008: ilustraba una nota sobre el aniversario de la capitulación del Reich y la leyenda lo describía como «suicidio de una familia alemana ante la entrada del Ejército Rojo».

Sesenta años sobran para borronear toda identidad, más aún la de individuos anónimos.

DER FÜHRER, EIN KIND AUS ÖSTERREICH, proclamaba un afiche ya ajado, clavado con chinches a la pared de la trastienda. Sin curiosidad, buscando distraerse del lento examen al que el joyero estaba entregado, ella fijaba la mirada en esa imagen tantas veces vista donde el Führer, sonriente, acariciaba la cabecita rubia de una criatura cuya mano alzada sostenía una bandera con la cruz gamada.

El hombre había ajustado a su ojo derecho, a modo de monóculo, un lente de aumento voluminoso, como el de una cámara fotográfica; su experiencia, la adecuación de su mueca al ajuste del instrumento explicaban sin duda que el peso de éste no lo desprendiera de esa precaria posición. Con gestos precisos, sin prisa, sus manos cubiertas por delgados guantes de algodón operaban sobre una mesa, en el círculo de luz proyectado por una lámpara cuya pantalla de vidrio verde se recortaba en la oscuridad del cuarto. Esas manos iban separando los dientes, reuniéndolos en distintos montículos: los había brillantes, donde el oro parecía guardar su lustre original; otros estaban opacados por una suciedad no siempre identificable; podía ser negra, y en ese caso el joyero la limpiaba con un paño apenas húmedo, y si

este tratamiento no bastaba la raspaba suavemente con una pinza hasta que la capa negra se deshacía en un polvo muy fino. Sonreía, entonces, y mirándola con expresión tranquilizadora decía:

–Blut, nur trockenes Blut.

Luego colocaba sobre una pequeña balanza uno de los montículos que había formado; elegía con cuidado la pesa que probaba en el otro platillo hasta encontrar la que obtenía el equilibrio y anotaba el resultado en una libreta. Ella ya había perdido toda noción del tiempo que llevaba en esa estrecha habitación, más de una hora sin duda, cuando el hombre dio por terminado su examen, separó de su ojo derecho el lente de aumento con un carraspeo de alivio y sonrió. No parecía fatigado. Procedió a explicarle la dificultad de evaluar el cargamento: algunas piezas estaban en buen estado; en otras, el oro, sumamente gastado, sólo podía ser utilizado en alianzas con materiales menos nobles. En fin: ignorando las expectativas que ella podía haberse hecho sobre su valor, podía asegurarle «con total honestidad» que no podía ofrecer por el conjunto más que la suma que, tras una breve pausa y una enésima consulta a su libreta, anunció mirándola fijamente, ya sin sonreír.

En el campo ella había oído murmurar que convenía desembarazarse de los Reichsmark antes que la derrota (palabra impronunciable en voz alta pero acaso por esa misma razón cada vez más frecuente entre suboficiales y guardianes) decretase su violenta devaluación, aun su caducidad. La suma que el hombre ahora anunciaba le pareció ínfima, pero no se sentía tan inerme como para aceptarla sin discutir.

Pidió francos suizos o dólares. El joyero pareció sorprendido ante tanta prudencia por parte de una mujer cuyo aspecto y vocabulario no permitían suponer ninguna experiencia mercantil. Vaciló un instante y, tras explicar que los dólares eran prácticamente inhallables en ese momento, propuso una cantidad de francos suizos que ella no supo evaluar; supo, sí, que no sería capaz de volver a embolsar los veinte kilos de dientes de oro, guardarlos en

una mochila, ya no en el ruedo del capote, y buscar otro joyero, que podía resultar menos discreto: éste, cuando ella había anunciado que quería vender oro, la había escrutado apenas un instante antes de hacerla pasar, sin responder, a la trastienda.

Nunca había visto francos suizos. En los billetes que el joyero extrajo con cierta parsimonia de una caja metálica, haciendo girar lentamente la llave en la pequeña cerradura, ella estudió no sólo la imagen de un labrador en mangas de camisa, que blandía una hoz en medio de un sembrado en un paisaje de montañas que se multiplicaban sin descubrir horizonte alguno, y del otro lado el rostro melancólico de una mujer de cejas y labios muy finos, enmarcada por un óvalo de perlas; se demoró sobre todo en la denominación: bajo las palabras tranquilizadoras en alemán, había inscripciones en idiomas desconocidos, que –le contó el joyero– también se hablaban en la confederación y estaban reconocidos como lenguas nacionales.

¿Qué país podía ser ése, sin lengua madre, o con varias? Tras un momento de desconfianza, procedió a guardar los tres billetes azulados, verdosos, de cien francos, a los que, con un impulso inesperado, el hombre añadió otro, éste de veinte francos, acompañándolo con una sonrisa y un deseo de buen viaje.

Estas últimas palabras la inquietaron. ¿Qué había en su aspecto, en su conducta, en sus palabras que delataba la intención de huir? En Brno, la mujer del jefe de estación había murmurado «una fugitiva» y en esa palabra ella había entendido la razón por la que prestaba ayuda a una desconocida; ahora le sumaban al pago convenido una suma –cuán pequeña, cuán generosa era, ella no podía saberlo– y un deseo de buen viaje... Este hombre había comprendido sin duda la urgencia de la transacción, la ignorancia del valor real de lo que ella había aceptado canjear por unos billetes que acaso no la llevasen demasiado lejos. Era tarde para volver atrás en la negociación y, de todos modos, ya no le quedaban fuerzas. Examinó una vez más esos billetes políglotas que le

suscitaban desconfianza y procedió a plegarlos y guardarlos en el dobladillo de su enagua, que aseguró con un alfiler de gancho.

Esa noche sería la última que pasaría en el Soldatenheim. Hacía años que no iba a misa, pero cuando recordó la iglesia parroquial de la Schreckgasse, donde había tomado la primera comunión, con su imagen volvió el barrio modesto donde había vivido con su madre, y su memoria revistió esos escenarios con un aura de afecto, de calidez que durante un momento borraron el sentimiento de humillación que le había dejado la visita a la Währingerstrasse.

En la parroquia, decidió, podrían escucharla y aconsejarla, posiblemente ayudarla, tal vez salvarla.

Esa mujer que en los primeros meses de 1945, sin protección de cómplices o superiores, elige sobrevivir y procura escapar de una amenaza que puede parecer desmesurada, sin relación alguna con la humildad de su condición, sin embargo no se equivoca: son los indiferentes, los meros espectadores, no sólo los amanuenses, quienes corren peligro de ser sacrificados primero, anónimamente, brutalmente; los vencedores pondrán en escena, ante un público de periodistas, diplomáticos y cinematógrafo, juicios que se querrán ejemplares para condenar a algunos protagonistas.

A esa mujer el párroco del barrio de su infancia en Viena le ha aconsejado ir directamente a Génova, ciudad donde «tenemos amigos», y le ha dado una carta para el párroco de Santo Stefano; ella, sin embargo, ha bajado, impaciente, a Trieste, donde un viento helado arrasa el Molo Audace. Los muelles están desiertos y en la Piazza Unità d'Italia sólo se ven patrullas de la Wehrmacht, armas en mano, ojo avizor. Hay poca gente en la calle, caminan rápido y en silencio, pegados a edificios de ventanas cerradas. Todo le parece una versión en mayores dimensiones de lo que semanas antes vio en los suburbios

de una pequeña ciudad morava, y aunque algunas fachadas le recuerden a Viena, esa reminiscencia no la tranquiliza. Le bastan unas pocas horas para entender que el viejo puerto del imperio donde ha nacido es hoy una ciudad maldita, que ningún barco zarpará de allí hacia esa América que algunos llaman del sur y otros latina, un continente que la guerra no tocó, donde cree que podrá hallar simpatía, acaso olvido.

Ella no conocía la ciudad. Trist... El nombre oído alguna vez en la infancia es el de un puerto de donde partieron vecinos aún más pobres que su familia; se dirigían a pampas y selvas que su imaginación desvalida confunde con otros nombres exóticos: Argentinien, Paraguay. Sabe, sí, porque la noticia llegó al campo, que los enemigos han desembarcado en el sur de Italia y avanzan hacia el norte; sabe también que Alemania ha rescatado al aliado italiano sumiso, traicionado por sus propios compatriotas, y lo ha instalado en un lugar del norte, no lejos de Suiza, no lejos de Austria, pero si le dijeran que ese sitio ha sido bautizado República Social Italiana, o pronunciaran el nombre de Salò, su improvisada capital, no sabría de qué le hablan.

Entiende, en cambio, que las tropas alemanas se han replegado hacia esa estrecha franja fronteriza: por eso ve tantos uniformes en las calles de la ciudad. Se enterará más tarde, en Génova, que Trist ha de ser la última ciudad de Italia donde resistan los suyos hasta principios de mayo, que pocas semanas antes de rendirse harán volar los hornos crematorios de una fábrica, molino arrocero donde habían instalado un campo que reproducía, a escala reducida, aquél donde ella trabajó, en el sur de Polonia. La Risiera di San Sabba... No, no son palabras que alguien pronuncie durante los dos días que pasará en la ciudad.

El capote militar que la cubre, aunque lavado en el Soldatenheim, no ha perdido su aspecto maltrecho, incongruente sobre los hombros abatidos de una mujer aún joven que en pocas semanas ha cruzado varias fronteras empujada por el miedo. Es, tal vez, lo que llama la atención de una patrulla. La interrogan y ella debe exhibir el

salvoconducto que la declara *Aufseherin* en los servicios disciplinarios del Reich. Su buen alemán inspira confianza. Uno de los suboficiales le replica con una imitación burlona, afable, de su acento vienés, y ella se siente segura porque no le exigen explicar qué hace en Trieste. Pregunta dónde puede comer algo caliente y la invitan a compartir un gulasch en una taberna de cuya puerta cuelga un cartel: WIR SPRECHEN ITALIENISCH, KEIN SLOWENISCH.

Por debajo de la mesa el suboficial le acerca una rodilla y luego frota una pierna entre las de ella. Ella se deja hacer, sin mirarlo, sin sonreír, cuestión de no darle ánimo sin llegar a disuadirlo. El suboficial es joven, más joven que ella en todo caso, y luce en la frente una cicatriz que presta carácter a un rostro más bien anodino. Pero la prioridad es el guiso, caliente, espeso, donde los trozos de carne de origen dudoso y los *Spätzle* de harina sin huevo, todo lo que unos meses antes no hubiese despertado su apetito, ahora bastan para saciar su hambre. Remoja en la salsa trozos de pan negro hasta que el plato queda limpio. Los suboficiales la miran divertidos, comprensivos, solidarios.

Una hora más tarde, en un cuarto del piso superior, ella tirita al lavarse entre las piernas con el agua fría de una jarra de cerámica, colocada sobre una palangana decorada con las mismas flores y cintas pintadas que rodean el borde de la jarra; observa una rajadura en una esquina, un borde descascarado, y su atención se concentra en esos detalles como para no prestarle atención al suboficial que se demora en la cama, el uniforme desprendido, la bragueta todavía abierta, entonando con los ojos cerrados *Der Wind hat mir ein Lied erzählt*.

¿Se animará a pedirle dinero o debe considerar que el almuerzo ha sido su pago? Ella se viste lentamente y, una vez más, la ropa usada le provoca escozor sobre la piel recién lavada. Cuando se anima a pedir «una ayuda» para continuar el camino, el suboficial le explica, con una sonrisa pícara, que le dará algo mejor que dinero devaluado; al bajar, entra en la cocina como en su casa y

sin disimulo corta un trozo de *speck*. Se lo entrega envuelto en una hoja de diario cuyo titular proclama: IL DUCE ACCLAMATO A VERONA; una fotografía muestra el rostro demacrado, el cráneo ya no imponente en su agresiva desnudez sino encogido, descarnado, con algo de madera tallada, como el de un títere, del hombre que diez años antes había proclamado un imperio y ahora gobierna una república minúscula, ficticia.

El dueño del local lo ha visto todo, no dice nada y cuando ellos salen los saluda con el brazo derecho en alto.

Con ese trozo de tocino ella pagará su viaje a Génova.

El camión atraviesa controles frecuentes. Piden papeles de identidad y revisan la carga como si pudiesen transportar armas o algún prófugo escondido entre los cajones de materiales de construcción. A menudo el conductor prefiere desviarse y tomar caminos secundarios para evitar zonas de peligro. Salvo las patrullas alemanas, sólo cruzan a algún campesino que, desde el pescante de su carro, mantiene los ojos firmes en el lomo del caballo, como si en esos días previos a una rendición, de la que nadie duda, de la que nadie habla, temiera rozar la mirada de quienes mañana serán los apestados.

Cuando finalmente llega a Génova, busca la iglesia de Santo Stefano para presentar la carta que le confió el párroco de la Schreckgasse. Sólo encuentra, en una altura, escombros, piedras, ladrillos, restos sucios de colores alguna vez luminosos que parecen haber caído en cascada hasta las veredas de la Via Giulia, y de allí haber sido barridos, amontonados para despejar el paso. Se demora ante esa ruina, la recorre con la mirada, desde lo alto hasta la vereda donde se ha detenido, como si pudiese darle un indicio, indicarle dónde encontrar, si es que no ha muerto, al sacerdote que debería ayudarla.

Una mujer se detiene a su lado, le sonríe con un dejo de compasión. Está vestida de negro y envuelta en chales y pañoletas también negros; sólo el pelo blanco, recogido con

una hebilla, alivia ese luto quizá no deliberado. Cuando habla lo hace en italiano y ella vacila en admitir que no le entiende, pero el sentido de sus palabras, apoyadas en gestos elocuentes, le resulta claro.

–Tutto distrutto, tutto rovinato… Chiesa della Consolazione, chiesa della Annunziata, anche la chiesa di San Siro. Pure il Palazzo Bianco e il teatro Carlo Felice. Gli inglesi non hanno avuto pietà…

La mujer prosigue su letanía sin esperar respuesta: es evidente que sólo quiere ventilar su dolor, su instintivo rechazo de la lógica de la guerra. Cuando se le agotan las palabras, extrae de entre las lanas que la envuelven una estampita, la besa y la coloca en la mano inerte de esa desconocida que la ha escuchado en silencio, con la mirada absorta de quien procura descifrar algo de cuyo sentido sólo le llegan atisbos.

En la luz menguante del atardecer, ella alcanza a leer el nombre de Santo Stefano, el patrono del templo ante cuyas ruinas se ha detenido. San Esteban, el primer mártir de la Iglesia… La imagen lo muestra con los ojos en alto, en el momento de ser lapidado; sólo uno de los hombres que lo rodean no tiene una piedra en la mano: asiste, cómplice, al suplicio sin participar en él ni hacer nada por impedirlo. Ella no sabe que esa figura representa a Saulo, el feroz perseguidor de la nueva fe que ha de redimirse para convertirse en Pablo; también ignora que san Esteban y san Pablo, como Jesús de Nazareth, eran judíos.

Cuando levanta la vista ve alejarse a la mujer. Lleva en la mano un canasto del que asoman dos puerros, un canasto demasiado grande para las únicas provisiones que en ese momento pueden obtenerse fuera del mercado negro.

Anochece. Ella se ha sentado sobre una piedra que puede haber sido un fragmento de muralla, si no de la iglesia. Está cansada más allá de toda fatiga física, está desorientada y acaso intuye por primera vez que la huida ciega a la que se ha confiado desde hace semanas podría carecer de sentido. Es posible que en algún momento se haya quedado dormida, allí, en plena calle, sentada en esa

piedra, porque de pronto advierte que ya no hay luz en el cielo, que tras algunas ventanas cercanas han encendido una electricidad mortecina. Tiene entumecidas las piernas y el frío parece reptar desde las botas hasta la espalda.

Entre los escasos transeúntes que pasan sin prestarle atención ve a un cura, un hombre joven pero de aspecto poco juvenil. Con energía inesperada se incorpora, corre hasta alcanzarlo, le habla en alemán, le pide ayuda. El cura no parece mirarla con simpatía, más bien la escucha con desconfianza, acaso con temor; del torrente de palabras confusas que pronuncia esa mujer sucia y desarrapada sólo logra entender que ella busca al sacerdote de Santo Stefano. Sin una palabra, con un gesto la invita a seguirlo. Ella siente que debe obedecerle. Ante esa mirada que parece llegar desde muy lejos, de muy atrás de esos ojos inexpresivos, recuerda haber oído que hay estrellas muertas, cuyo resplandor todavía es visible desde la Tierra porque los espacios siderales que la luz recorre con lenta velocidad permiten a ese brillo sobrevivir a su fuente.

Una hora más tarde, ante los ojos atentos de ese sacerdote que en ningún momento ha sonreído, bebe un tazón de leche y remoja en él una tajada de pan negro. Aunque agradece el alimento, su inquietud no halla sosiego en esa sacristía que la acoge: no sabe cuánto tiempo podrá quedarse, dónde pasará la noche, dónde la sorprenderá la mañana, qué será de ella en los días que vendrán más tarde, si deberá quedarse en Génova, si podrá partir hacia alguna orilla lejana donde a nadie le importe esta guerra que no termina de morir.

No sabe que ese sacerdote adusto y silencioso la ayudará, le buscará refugio y trabajo, que ese encuentro será el primer paso de una cadena que finalmente la llevará al otro lado del océano, a un puerto que no sabe de bombas ni de ruinas, un puerto donde podrá creerse a salvo del pasado.

2

Noviembre de 1948

La novela surge de los huecos y grietas de la Historia.

Novalis

La mujer que tiene escondido en el fondo de un cajón, entre mudas de ropa interior, medias y pañuelos, un pasaporte a nombre de Taube Fischbein, está sentada en una silla que ha sacado al balcón de su cuarto de la Pensión Dorsch.

Ha apagado la luz del cuarto para proteger su intimidad: el improbable paseante que alzara la vista hacia ese balcón difícilmente distinguiría la silueta de una mujer envuelta en una bata liviana, entreabierta, a la espera de una brisa que alivie el calor húmedo de la noche de primavera. Pero del río, cercano e inmóvil, no le llega más que el rumor indistinto del motor de algún barco, apenas sofocado por el tráfico escaso que a esa hora de la noche circula por el paseo Colón. Del parque vecino, cuyas laderas y glorietas le regalan un atisbo de naturaleza y fantasía decorativa en su paseo dominical, tampoco le llega perfume ni frescura: sus árboles recargados de ramas y follajes rehúsan ese mensaje invisible.

Las horas pasan lentamente. Hace poco que la noche protectora le ha permitido asomarse a ese balcón desde donde la mezquina iluminación pública no le revela nada capaz de atraer su atención. Para esta fecha en que la noche llega temprano en Europa, en Buenos Aires la luz del día ya ha empezado a demorarse.

Ella sabe que a sus espaldas se extiende una ciudad interminable y monótona, que se deshace en barrios sin carácter. En sus primeras salidas había invertido el precio de una entrada al cinematógrafo o a un salón de baile tomando sucesivos tranvías que le habían descubierto ese mundo ajeno. Había pasado por los jardines tan cuidados del barrio de Belgrano, donde le habían dicho que vivían muchas familias alemanas, y, por cierto, allí había visto un almacén con la palabra *Delikatessen* pintada en la vidriera. Poca gente circulaba en esas calles sombreadas por árboles

de flores color violeta; su mirada siguió a una niñera que empujaba lentamente un cochecito: en algún momento asomó la cabeza de un niño, rubio como los de su patria. En Colegiales y Paternal, había cruzado calles ruidosas o dormidas, garajes, baldíos e innumerables casas bajas, modestas, pero generosas en molduras, bajorrelieves y mampostería. Por la ventanilla del tranvía también había podido distinguir algunos ángeles de metal y las cabezas de yeso de muchas esculturas alegóricas, ostentación póstuma más alta que los interminables paredones, ya encalados, ya de ladrillos desnudos, del cementerio de la Chacarita.

Sólo en el centro de la ciudad, en sus aceras estrechas y transeúntes impacientes, le pareció descubrir un resabio de algo que había conocido en Europa, pero la humanidad que se apresuraba silenciosa por esas veredas le parecía distante cuando no hostil: hombres adustos, de bigote frecuente y pelo aplastado con fijador bajo el sombrero, mujeres también cubiertas por un inevitable sombrero, de expresión bovina y trasero que ningún corsé lograba encubrir. Pronto aprendió los rudimentos del código local: sólo el personal de servicio salía a la calle con la cabeza descubierta; una mirada curiosa, sin malicia alguna, podía ser interpretada como una agresión; la comunicación entre los sexos estaba regida por reglas tan tácitas como rigurosas.

No se le ocurrió pensar que si en Génova no le había interesado conocer la ciudad, y ahora cruzaba Buenos Aires de un extremo a otro escrutando con avidez sus fachadas más anónimas, debía de ser porque intuía, aun vagamente, que en este mundo nuevo no estaba de paso. Cuál podía ser su lugar en él era, en cambio, una pregunta que evitaba: no le entreveía respuesta, y amenazaba con inquietarla. Pensaba que, como tantas otras cosas de la vida, el tiempo lo decidiría sin que ella necesitara ocuparse del asunto.

Cuando descubrió ese trecho del paseo Colón que mira hacia el puerto y da la espalda al resto de la ciudad, su arquitectura pesada, sin ornamentación ni pretensiones de elegancia, sus arcadas robustas, que no podían haber sido construidas para proteger de una nieve ausente en estas

latitudes, todo había despertado en ella cierta simpatía, como si la ausencia de color, de toda reminiscencia de lo que había conocido en su juventud, la ayudase a familiarizarse con el olvido. Se había impuesto la obligación de aprender los rudimentos de la vida cotidiana en una ciudad donde, intuía, nunca llegaría a asimilarse pero en la cual, con un poco de esfuerzo, podría mimetizarse hasta pasar inadvertida. Esa Buenos Aires, imaginada desde Europa ante todo como refugio, iba a terminar convirtiéndose en algo parecido a un hogar. «Un hogar fuera del hogar...» El cuarto de pensión es un poco más amplio que el del Soldatenheim, menos estrecho por cierto que el compartido en el pabellón del campo. ¿Acaso como el que ocupaba con su madre, en Viena, acostadas las dos en una misma cama, abrazadas en invierno, en esa infancia que se le ha manchado para siempre después de la visita a la Währingerstrasse?

Lentamente va internándose en los misterios de un idioma donde los géneros contradicen las imágenes con que había aprendido a nombrar el mundo. La luna, *der Mond*, era masculino en alemán y femenina en español; el sol, *die Sonne*, femenina en alemán y masculino en español. Allí no terminaban sus confusiones: *die Zeit*, el tiempo, era femenina en alemán así como la noche era masculino: *der Abend*. Más inquietante era *der Tod*, masculino en alemán y femenina en español: la muerte.

El tiempo, *die Zeit*, que en Europa había acumulado en pocas semanas fronteras y peligros, desamparos recurrentes y refugios precarios, ahora parece haberse detenido. En Buenos Aires los días se arrastran, se parecen, tiñen de inverosimilitud todo lo que ella ha vivido solamente tres años atrás: si lo recuerda, ve imágenes de una película mal contada, con demasiadas casualidades y fallas de continuidad, una película cuya protagonista se le parecería vagamente. Ahora pesa unos kilos más y vacila en dejar que su pelo recupere, entre algunas canas precoces, el color

claro que alguna vez tuvo, antes que los tiñese de un castaño oscuro. Esta prudencia ingenua la hace sonreír cuando algunas mañanas sus manos tropiezan en el fondo de un cajón con el pasaporte de Taube Fischbein y ve en él un rostro al que nunca podría parecerse. Se sonríe, sí, pero no sabe si lo hace porque su ardid, que ahora le parece poco convincente, le resultó útil, o porque la conmueve su propia ingenuidad.

Hace meses que trabaja en la cocina de un restaurant alemán de la calle Maipú, en la pendiente que al borde de la plaza San Martín baja hacia la estación de ferrocarril de Retiro. Todas las noches, al salir del restaurant, debe caminar media hora para volver a la pensión. Pasa delante de bares de marineros, cuyas puertas se abren ocasionalmente para dejar entrar a algunas mujeres de maquillaje enfático y dejar salir una ráfaga de saxofones y clarinetes; también bordea, más lejos, una ridícula construcción, enana y obesa, pintada de color rosado, que, le explicaron, era la sede del gobierno; prosigue luego a lo largo de largas veredas desoladas hasta llegar, por el paseo Colón, pocos metros antes de la calle Garay, a la pensión de Frau Dorsch. No había querido buscar un cuarto más cercano al lugar de trabajo. En ese barrio sin carácter se siente independiente, anónima.

Al restaurant llegó recomendada por un franciscano que le había tomado simpatía cuando ella trabajaba en la residencia de Génova. La cadena de protección eclesiástica, reconoció, no se había interrumpido: así como había llegado a esa ciudad con una carta del párroco vienés que había podido verificar su bautismo, ahora el sacerdote le daba una carta de presentación para el dueño, un bávaro residente en la Argentina desde la primera posguerra, conocido por atender generosamente a los refugiados, sin hablar de política ni esperar confidencias. Sonriente detrás del bar, abandonaba rara vez su taburete ante la caja, pero su mirada penetrante, y sin duda un oído aguzado, atendían sin reposo a las conversaciones y conductas de los clientes habituales. El local confiaba la evocación de una patria

lejana a algunas astas de ciervo fijadas a las paredes, a láminas desteñidas del Starnbergersee, del Immensee, de paisajes tiroleses; de ellas se esperaba que compensasen con cierta nostalgia sucinta las vacilaciones de la cocina. A cierta hora de la noche menguaban los clientes locales, poco numerosos de todos modos, y se oía hablar más alemán que castellano.

En Génova había aprendido a no hacer preguntas. Más tarde iba a disimular su asombro cuando varios pasajeros del carguero en que había viajado, vestidos de civil durante la travesía, aparecieron con sotanas después de la escala en Montevideo y con ese atuendo desembarcaron en Buenos Aires. Ahora frecuentaban el restaurant sin los hábitos eclesiásticos; entre ellos hablaban croata, como en el barco, pero se dirigían a los camareros y al dueño en alemán. Prolongaban la sobremesa y festejaban con entusiasmo los chistes procaces que ella oía desde la cocina. Como no había puerta de servicio, para dejar el restaurant una vez terminado su turno, debía atravesar el salón; fue así como más de una vez alguno de ellos la había detenido, la mano en la nalga, para invitarla a un vaso de slivovitz.

Al salir a la calle, el aire fresco la serenaba. Dejaba atrás los olores de la cocina y del humo del salón, grasa y tabaco. Respiraba con fruición durante un momento, como si de los árboles de la plaza pudiera llegarle algún perfume, y luego emprendía el monótono trayecto de todas las noches. A menudo cruzaba en el camino a marineros vacilantes, que entraban o salían de bares con nombres como First and Last, Safe Harbour, May Sullivan's; cantaban, reían, las manos de uno apoyadas en los hombros de otro, intercambiaban palmadas, golpes afectuosos; nunca le prestaron atención. Caminaba, lo sabía, cerca del puerto, pero no podía verlo: la ciudad daba la espalda al ancho río que se confundía con el océano, a sus dársenas y muelles: como si quisiera ignorarlo, a pesar de que era allí donde la mayoría de sus habitantes habían desembarcado.

De Génova recordaba que la ciudad se despertaba envuelta en una luz grisácea, mortecina. Una bruma densa se levantaba del mar, invadía las calles cercanas al puerto y arrastraba el olor a herrumbre de barcos y a pescado podrido más allá de la Piazza Caricamento, hasta la Via San Luca.

Ella prefería hacer las compras a esa hora temprana, estar de vuelta en Via Lomellini 6 a tiempo para preparar el desayuno y no volver a salir. No sentía curiosidad por explorar esa ciudad extraña, sus arduas escalinatas y edificios ruinosos que parecían dispuestos a desplomarse a su paso, su desorden incomprensible. Sólo el puerto la atraía, muelles y dársenas de donde un día podría partir hacia otro continente, lejos de las venganzas que en Europa amenazaban a quienes habían estado cerca de los perdedores. Más de una mañana descendía hasta la orilla del Porto Antico para distinguir a lo lejos, del otro lado del Porto Vecchio, los transatlánticos que dormían junto a los *ponti*. Había aprendido no sólo los nombres de esas embarcaciones sino también los de las compañías a las que pertenecían, como si esa partícula de conocimiento le confirmara la promesa del viaje tan deseado: *Cabo de Buena Esperanza*, de Ybarra; *Buenos Aires*, de Dodero. Uno de ellos la esperaba, no tenía duda.

A veces se detenía a observar frente al puerto la mole del Grand Hotel Miramare, todavía imponente aunque prometido a una ruina ya visible. Le hubiese gustado ser mucama de piso allí, dormir en un cuarto exiguo bajo el techo, pertenecer de algún modo a un orden claudicante pero aún abierto al mundo, tener un atisbo, aun a la distancia, de huéspedes distinguidos, su ropa, sus modales, acaso algún indicio de su vida privada... En todo caso, no verse obligada a aceptar el refugio de la residencia de Via Lomellini, donde le habían ofrecido trabajo con la condición de no cruzar la mirada con los huéspedes ni preguntar sus nombres. El Miramare, le habían explicado, ya no recibía clientes. Estaba ocupado por soldados norteamericanos y británicos, los nuevos dueños de Europa.

Parte de él había sido convertida en prisión militar.

En la residencia tenía a su cargo la cocina, pero más de una vez debió dar una mano para tender las camas, incluso para llevar o traer algún sobre sellado, y esta muestra de confianza a la vez la halagaba y la asustaba: había pensado ingenuamente que esos sobres contenían dinero, pero un día en que el destinatario quiso comprobar el contenido y abrió ante sus ojos el envío descubrió que contenían pasaportes de la Cruz Roja. Había aprendido a encontrar esas direcciones –Via Albaro 38, Via Ricci 3, Via Balbi 9– en esa ciudad extraña de la que, en los primeros meses, sólo había recorrido el puerto durante las salidas matinales.

Sí, le tenían confianza porque había sido presentada por una carta del párroco de la iglesia de Viena donde treinta y cinco años antes la habían bautizado. Volvía a ver al anciano alerta, desconfiado, que buscó su nombre en los registros parroquiales, y decidió creerle cuando ella recitó, con el acento vienés que unos pocos días de regreso en la ciudad natal le habían devuelto, los nombres de sus padres, la fecha de nacimiento y la de la primera comunión. Ese acento, esas informaciones verificables habían despertado una sonrisa irónica en el sacerdote.

–*Sie sind keine Taube Fischbein*... –había murmurado por toda conclusión.

Esa simpatía liberó la angustia reprimida desde el principio de la entrevista. Estalló en sollozos y le rogó al sacerdote que comprendiera la enormidad del miedo que la había impulsado a adueñarse de un pasaporte cuyas páginas estaban cruzadas por la palabra Jude en letras góticas. El anciano la abrazó como a una niña, le palmeó la espalda mientras la dejaba llorar sobre su hombro, la arrulló con palabras consoladoras. Cuando ella empezó a calmarse le explicó que el único deber que tenían, ella y los suyos, era sobrevivir a la persecución, permanecer en este mundo para honrar a Jesucristo y a Austria, que la Iglesia y la patria eran eternas, que cualquier ardid necesario para resistir en los tiempos aciagos que les había tocado vivir iba a serles perdonado. Más tarde le redactó una carta para un

sacerdote italiano que podría ayudarla, un asistente del padre Petranovic´.

En Génova ella nunca llegó a ver al poderoso prelado croata, aunque la residencia estaba bajo su supervisión; tampoco al otro eclesiástico cuya autoridad era frecuentemente mencionada en la casa, un franciscano húngaro, el padre Dömöter. Había advertido sin embargo que esos nombres, cuyo prestigio percibía sin poder explicarlo, nombres pronunciados a menudo en voz baja, suscitaban un silencio donde parecían mezclarse admiración, temor y la tácita esperanza de una dádiva. Una vez, en cambio, vio a un cardenal vestido con esa púrpura de la que sólo había oído hablar de niña. Visitaba la residencia para bendecir el edificio. Ante él se inclinó, plegando la rodilla derecha como le habían enseñado en la infancia, y le besó el anillo.

Más de una vez la sorprendía el recuerdo de algún episodio vivido apenas tres años antes de esta vida rutinaria, aceptada con menos resignación que alivio, que era la suya en Buenos Aires.

Se veía avanzando penosamente, las botas hundidas en la nieve, el pesado capote militar que la encorvaba, buscando alguna señal que le confirmase el rumbo elegido, el destino del que sólo esperaba la posibilidad de continuar huyendo cada vez más lejos, lejos de un peligro cada vez más cercano, un peligro sin cara pero que sabía implacable, sólo confiada a la bondad de desconocidos. ¿Cómo había sido capaz de sobrevivir a esas semanas donde las pocas horas de sueño debía arrancarlas a algún refugio casual, inhóspito, clandestino? ¿De dónde había sacado las fuerzas necesarias, habituada como había estado a pasar las jornadas en el campo sentada ante un escritorio, llenando fichas con datos de identidad, apellidos llenos de consonantes que en alemán nunca se rozaban, fotografías de caras anodinas donde había aprendido a reconocer las fisonomías condenadas de una raza inferior?

En esos momentos, los recuerdos de aquellos días de angustia, llenos de un cansancio que parecía hallar en sí mismo el aliento para proseguir, aun sin la certeza de una meta, se le aparecían como un sueño del que había despertado a la monotonía casi sonámbula de esta vida nueva, una vida donde pocos gestos, pocas palabras bastaban para llenar una jornada que sería igual a la anterior y a la siguiente.

El letargo se llamaba Buenos Aires.

Si una brisa esquiva se levantase en las noches de primavera de Buenos Aires e hiciera oscilar levemente los escasos follajes del paseo Colón, no traería desde el puerto cercano, invisible, ninguna promesa de mar: el agua del ancho río no es salada y el olor acre, a herrumbre, de los barcos que duermen en las dársenas no alcanza a atravesar el humo de las parrillas improvisadas al aire libre, al borde de los canales paralelos que separan el río de esos primeros signos de la ciudad que son los edificios de la aduana, los galpones y depósitos de mercaderías.

Es un olor que ella había aprendido a reconocer en esta ciudad. En esas parrillas se asaban, dispuestos sobre fierros que los separaban de las brasas, trozos de carne generosamente bordeados de grasa, intestinos trenzados, glándulas, vísceras y embutidos de negra sangre porcina. Sobre un pasto anémico, o directamente sobre la piedra del muelle, media docena de mesas y sillas de lata convocaban a un público del que hubiera sido arriesgado suponer cuál podría ser su lugar en la sociedad o más bien en sus márgenes, cuál su ocupación, qué los había llevado hasta allí esa noche, tan inexplicables parecían los arrebatos de risa de algún grupo como el silencio ensimismado de los hombres solos. La comida se rociaba con cerveza. Los menos prudentes, o los estómagos más curtidos, se arriesgaban a un vino tinto, pesado, que dejaba en el paladar un regusto ácido.

Una día feriado de octubre, ese olor la había guiado

por la avenida de Mayo hacia la plaza del mismo nombre. No lo había reconocido inmediatamente, y al principio le evocó un recuerdo ingrato, el del último verano en Europa, ese julio de 1944 en que los hornos del campo, exigidos más allá de su capacidad, rehusaron funcionar y, ayudados por el calor y la humedad, difundieron un vaho pestilente, olor a carne quemada, mientras emitían cenizas oscuras, pesadas; llevadas por el viento, ensuciaban el verde del paisaje.

Ahora era ella la única persona que caminaba sin prisa. Los demás avanzaban por la avenida con paso decidido, entonando una canción con ritmo de marcha; iban en grupos y muchos llevaban enrolladas las banderas que, una vez en la plaza, desplegarían para proclamar con letras enormes la presencia del grupo que representaban. Ella los siguió, uniéndose al movimiento colectivo con miedo de llamar la atención si se sustraía a él. Una mujer madura pero ágil se le acercó sonriente y le pinchó sobre la blusa una pequeña insignia de colores brillantes. Ella murmuró la primera palabra que había aprendido en el idioma nuevo: «Gracias».

El olor provenía de parrillas pequeñas, precariamente instaladas en las esquinas de la plaza más lejanas del edificio pintado de color rosado, el mismo del que sólo veía la parte posterior durante la cotidiana caminata nocturna de vuelta a la pensión. El sol de esa tarde de octubre acentuaba lo incongruente de la arquitectura y el color; le daba aspecto de juguete que la mano de un niño gigante hubiese abandonado entre las moles severas de ministerios y bancos.

Cerca de donde se había detenido, ya sin poder avanzar, funcionaba una de las parrillas: vio cómo se asaban lentamente, sobre los fierros, salchichas gruesas, color rojo oscuro, de carne picada, no molida; de ellas se desprendía un jugo grasiento de un color rojo más claro, casi anaranjado, como de paprika, que iría a empapar la miga fofa de panes cortados por la mitad. Ella había probado esos sándwiches al poco tiempo de llegar, había

visto el entusiasmo con que la población local los devoraba, y aunque no pudiese compartir ni entender ese gusto, como tantas otras cosas del país, en alguna ocasión los había aceptado y había fingido, obediente, saborearlos.

De pronto, un rugido unánime recorrió la plaza y una misma, gozosa descarga eléctrica pareció sacudir a la multitud. En el balcón lejano había aparecido la silueta de una mujer rubia, esbelta, que alzó los brazos. Su voz, deformada por los altoparlantes atados a las palmeras, trasmitía sin embargo un sentimiento conmovedor más allá de las entonaciones emotivas o rencorosas, alternadas entre párrafos cuyo sentido se le escapaba. El discurso estaba escandido por pausas donde la multitud reconocía el momento previsto para que estribillos y aplausos refrendaran las palabras.

Permaneció al borde de la plaza casi una hora, contagiada de tanto entusiasmo, aplaudiendo palabras que no entendía. En algún momento surgió una brisa tenue. Hizo oscilar las hojas, pesadas, polvorientas, de las palmeras y le trajo ese olor a carne chamuscada, a grasa derretida, que por un instante amenazó con devolverla a un pasado que había buscado cancelar.

De ese pasado, en Génova, no le habían llegado ecos. En la residencia no había diarios en alemán, y ella no sentía curiosidad por mirar los italianos, que no podía leer. No iba a saber hasta mucho más tarde que en Nuremberg se habían celebrado procesos que se querían ejemplares. Y nunca iba a ver las fotografías que en ellos se tomaron.

Yevgueni Khaldei estuvo en Nuremberg y registró no sólo los rostros de jueces, acusados y testigos sino también los de simples empleados, por ejemplo los que en la cantina debían preparar comida para esa asamblea numerosa, internacional. Sus fotos de las sesiones del tribunal son menos dramáticas que las más famosas, pero detrás de los rostros petrificados en una identidad del momento, en la representación buscada de la justicia o del oprobio, se

reconoce una misma conciencia de estar viviendo un momento histórico, una misma inconsciencia de la dimensión y los límites de la justicia que allí se está dispensando.

En otros lugares, en Alemania o en Austria, entre fronteras desdibujadas o renegociadas, los cuadros medios, los jefes de escuadrón, los capataces, las manos armadas o las cabezas pensantes de crímenes para los que aún no hay nombre, sabrán mimetizarse, crear redes de socorro mutuo, escurrirse ante la mirada fatigada, o ignorante, cuando no cómplice, de quienes estarán sólo atentos a la ocupación de nuevos espacios de poder.

Pero en ese 1948 en que ella explora la ciudad donde busca hacerse una vida nueva, protegida por una identidad ficticia que no necesita, Khaldei va a ver sacudida la suya por acontecimientos imprevistos. La creación del Estado de Israel suscita pedidos de emigración de miles de judíos de la Unión Soviética y este movimiento dispara en el Kremlin una ola de antisemitismo. Stalin, que en 1939 había firmado con el Tercer Reich el pacto de no agresión que permitió repartirse Polonia entre ambas potencias, y dos años más tarde, ante la invasión alemana, declaró la «Gran Guerra Patriótica» y creó un «Comité Judío Antifascista» donde enroló a Ilya Ehrenburg, a Serguéi Eisenstein y a otros notables, no vacila en hacer liquidar con un accidente fraguado a Solomon Mikhoels, director del teatro judío de Moscú.

Menos visible, Khaldei, hasta ese momento cronista emérito de los triunfos del ejército soviético, recibirá la notificación de que la agencia Tass ha decidido prescindir de sus servicios. Aunque no abandone el país donde nació, también para él empiezan años de oscura supervivencia.

En la pensión de Frau Dorsch el idioma común era el alemán aunque entre los inquilinos había un matrimonio rumano y una mujer húngara. Los hermanaba, más allá del idioma compartido, la modestia de la posición obtenida en

el país donde habían hallado refugio, sí, pero nada comparable a lo que en Europa habían conocido.

Tres de los inquilinos habían trabajado como técnicos, nada menos que en Daimler-Benz y en IG Farben, hasta que llegó el momento de emigrar; ninguno de ellos había logrado hacer valer sus conocimientos en la industria local, a pesar de que el desarrollo impetuoso de ésta requería la experiencia de ingenieros y químicos. Dos de ellos, los más jóvenes, impacientes tras seis meses de falsas promesas en la capital, se habían resignado a instalarse en Tucumán, empleados por la Capri, empresa ligada a la estatal Agua y Energía, creada por un germano-argentino, muy próximo al General presidente, con la misión de medir el caudal de los ríos de la provincia. El nombre de esa empresa de ingeniería acaso pretendiese evocar paraísos mediterráneos, pero entre los alemanes a los que empleaba era conocido como las iniciales de Compañía Alemana para Recién Inmigrados.

El mayor, en cambio, permaneció en Buenos Aires, confiado en que sus antecedentes le conseguirían un destino mejor. Había trabajado en Alemania cerca del célebre creador de los aviones Fokker, el ingeniero Kurt Tank, ahora contratado para diseñar un equivalente criollo, el Pulqui II; pero el patrón había decidido rodearse en el país de un equipo de colegas alemanes de alto nivel y había delegado las tareas subalternas a técnicos argentinos declarados «en formación», fórmula con que procuraba no herir susceptibilidades y de paso halagar, aun tangencialmente, al presidente que lo protegía. Tras meses de espera infructuosa, ese asistente del Ingeniero en tiempos idos había terminado como mandadero en Vianord, una agencia de turismo vinculada a exilados más prósperos.

El matrimonio rumano también había conocido el desencanto. Desembarcaron esperanzados con los contactos que el embajador Ghenea les había prometido desde Madrid con un doctor Peralta, presidente del Instituto Étnico Nacional y también creador de una Comisión de Potencial Humano para el Consejo Nacional de Defensa. Muy pronto

la autoridad prometida por tantas mayúsculas se reveló falaz: el clima internacional de la posguerra había aconsejado al Ejecutivo prescindir de ese personaje inoportuno, disolver el instituto y trasladar sus funciones a la División Informaciones de la Presidencia, donde éstas podrían proseguir discretamente, sin proclamar desde el nombre cierto racismo que ahora convenía mantener tácito. Los rumanos habían terminado, oscuramente, como intérpretes en la Dirección General de Migraciones. Como a tantas parejas, los años de convivencia los habían llevado a imitarse mutuamente, insensiblemente. Los gestos reproducidos habían ido modificando los rasgos, hasta convertirlos en versiones fraternas de un mismo rostro.

El personaje más esquivo de la pensión, rara vez visible, no almorzaba en la mesa común: dormía hasta las primeras horas de la tarde. Se trataba de un hombre de edad indefinida, mirada huidiza y pelo escaso, teñido de un color rojo desconocido en la naturaleza. Frau Dorsch había informado en voz baja, no sin cierto respeto, que su profesión de podólogo, palabra respetable que era necesario pronunciar en vez de la vulgar pedicuro, lo había llevado a atender los pies de un artista de la danza como Harald Kreutzberg, *der grosse Reichskünstler*, que había bailado descalzo sobre la hierba del estadio olímpico de Berlín en el festejo inaugural de las Olimpiadas de 1936. Una red de amistades y lealtades innominadas le había permitido, poco después de llegar al país de asilo, acceder al cuidado de los pies de la señora Larrauri, diputada que había sacrificado una carrera como cantante de tangos para consagrarse, al lado de la señora del General presidente, a la política de bienestar social.

De los percances y desventuras de todos estos desterrados ella se había enterado gracias a la locuacidad de Frau Dorsch, a quien acompañaba al mercado más de una mañana; mientras se iba familiarizando con los nombres locales de frutas y verduras, recibía nuevas entregas de una novela sin sorpresas. ¿Acaso su condición de mujer sola, silenciosa, de quien no se conocían amistades

ni relaciones, suscitaba las confidencias de la dueña de la pensión?

A veces era objeto de algunas invitaciones de la inquilina húngara, siempre en busca de oyentes antes que interlocutores. Cuando se mencionaba a esta pelirroja, que se definía a sí misma como «burbujeante», Frau Dorsch se limitaba a encogerse de hombros con expresión escéptica más que despectiva. La húngara, lejos de lamentarse, evocaba con cualquier pretexto sus triunfos, siempre «pocos años atrás» aunque las fechas se alejaban ineluctables, con *Mam'selle Nitouche* y *Die Dollarprinzessin* en escenarios de Budapest. Cultivaba estoicamente el optimismo: perfeccionaba su español a la espera de la prueba, tantas veces postergada, en estudios de la compañía Emelco; se la había prometido el compositor Peter Kreuder, un conocido «de antes» ya bien establecido en el país. Más de un vez había convidado generosamente a su vecina a un pequeño cine de la calle Corrientes, donde reponían viejas películas alemanas (o, le gustaba precisar, austríacas), para ver *Opernball*, que pasaban a menudo bajo el título *Baile en la ópera*. Cuando llegaba la canción *Du bist zu schön, um treu zu sein* entonaba la letra al unísono con la pantalla y enseñaba a su amiga, aún titubeante en el nuevo idioma, la traducción del título: «Eres demasiado bonita como para ser fiel». Con un codazo cómplice, la invitaba a compartir su risa.

La hora del almuerzo reunía alrededor de una mesa a esos náufragos. Frau Dorsch practicaba una gastronomía rudimentaria pero enérgica: la ensalada de papas precedía a unas albóndigas rotundas, que le gustaba llamar Königsberger Klopse y cuyos ingredientes podían reaparecer al día siguiente, horneados dentro de un molde que les daba forma de liebre. La conversación eludía la actualidad, aunque algunas noticias, las peripecias del bloqueo de Berlín y sus consecuencias, se filtraban para consolar a los comensales de un destino oscuro pero a salvo del imperio soviético y sus secuaces. «La historia la escriben los vencedores» era una frase que podía escucharse a menudo,

en distintas bocas, durante esos almuerzos. Más de una vez, cuando el desamparo o la nostalgia amenazaban contagiar a la mesa, la húngara decidía aliviar los ánimos poniendo en un tocadiscos de púa gastada un disco crujiente; anunciaba que la oirían cantar *Meine Lippen, sie küssen so heiss*, y todos fingían creerle, aunque Frau Dorsch había detectado en la etiqueta borroneada sin demasiada pericia el nombre de Jarmila Novotna.

El frío húmedo, penetrante de agosto, el calor abrumador de enero se instalaban sin hallar obstáculo en ese piso de empapelado desteñido, de cielorraso manchado de humedad. Frau Dorsch había invitado a revisar sus habitaciones personales para que los inquilinos comprobasen que no escondía ningún felino; sin embargo, un olor pertinaz a pis de gato, ¿proveniente de qué piso del edificio?, impregnaba todos los rincones de la pensión. Todos rehusaron acompañarla: preferían creerle. Acaso pensaran que la desconfianza que demostraría aceptar esa invitación les quitaría la simpatía con que se les toleraba un ocasional atraso en el pago del alquiler. Todos habían llegado a la Pensión Dorsch como a un refugio provisorio, todos empezaban a entrever que sería un domicilio permanente, si no definitivo.

Una noche de noviembre, sentada en la oscuridad de su balcón, apenas iluminada por el vacilante alumbrado público del paseo Colón, la mujer que tiene escondido en el fondo de un cajón, entre mudas de ropa interior, medias y pañuelos, un pasaporte a nombre de Taube Fischbein, respira el aire caliente, inmóvil. Está a salvo del olor a pis de gato y ya no la inquieta el olor de las parrillas del invisible puerto cercano. Ya no le recuerdan lo que no debe recordar.

Una gélida mañana de enero de 1947, sólo un año antes (pero en un mundo para ella tan perdido como esa prehistoria cuyas hecatombes geológicas subsisten impresas en el suelo y las rocas del planeta), el obispo de Génova la

había llamado a su despacho, en el primer piso de la residencia.

Su reacción inmediata fue de terror. El tono severo, la mirada penetrante del eclesiástico, apenas mitigados por el gesto con que la invitó a sentarse, le hicieron temer lo peor; sabía que los vencedores practicaban una política llamada de «repatriación»: no sólo devolvían a los países ocupados por el ejército soviético a aquellos refugiados que habían huido ante su avance, sino también a cualquier individuo cuyo nombre apareciera en alguna lista de colaboradores con el Reich. Ella guardaba, su posesión más preciada, un pasaporte con el sello, anteayer infamante, que declara judía a la persona identificada; a menudo estudiaba con recelo la fotografía pegada en ese documento, y sentía cada vez más lejanos de ella sus rasgos. Pero había llegado a Génova, había hallado trabajo y protección gracias al párroco que encontró en los registros de la Schreckgasse su verdadero nombre y la fecha de su bautismo; aún recordaba la sonrisa cómplice, acaso divertida, del sacerdote vienés cuando había reconocido que no era judía, que no podía tener un nombre como Taube Fischbein. ¿En qué documentos podía haber vuelto a la superficie su identidad? ¿Acaso existían registros donde constaba su incorporación, aun como personal civil, oficinista, archivista, a la Wehrmacht?

Absorta en una cadena de asociaciones propiciadas por el miedo, no escuchaba las palabras tranquilizadoras del obispo cuya expresión adusta la había inquietado.

–Queremos ayudarla, pero es necesario que usted entienda la dificultad de su situación. La Argentina ha puesto en vigor una política de selección inmigratoria que han comunicado a sus embajadas y consulados: no quieren indeseables, enfermos, criminales, judíos, comunistas ni simpatizantes con ideas que el nuevo gobierno sabe disolventes. –Leyó un párrafo de una fotocopia, papel fotográfico negro donde aparecían en blanco renglones escritos a máquina y firmas de distintos funcionarios–. Este documento es confidencial. Si ha llegado a mis manos es

porque tenemos buenos amigos en los servicios diplomáticos argentinos. Y leerle este párrafo es una prueba de la confianza que usted me merece. Nuestra prioridad, en las circunstancias actuales, ha sido la de poner a salvo a los hombres de fe, austríacos y croatas en su mayoría, perseguidos por los nuevos dueños del escenario internacional. Usted es una auténtica católica, lo ha certificado uno de nuestros corresponsales en Viena; desgraciadamente su único documento de identidad es un pasaporte que cualquier legación argentina rechazaría si solicitara un «libre desembarco».

Hizo una pausa durante la cual su mirada se volvió aún más penetrante, como si intentase imprimir en ella la seriedad de las informaciones que daba. Tenía una nariz curva de pájaro, cejas demasiado pobladas y revueltas, labios delgados que apenas se movían cuando hablaba. Paralizada por el miedo, ella le sostenía la mirada sin señal alguna de entender lo que oía.

–Hasta no hace mucho el cónsul argentino en Barcelona vendía pasaportes válidos por dos mil dólares, una suma, no necesito explicárselo, exorbitante para los medios de que disponemos; por otra parte, ese diplomático ha sido destituido hace pocas semanas: los funcionarios de Buenos Aires buscan centralizar este tipo de transacciones sin interferencias por parte de subalternos y han decidido librarse de ellos prestando finalmente atención a las denuncias que desde hace meses dormían en sus escritorios. Hay otro consulado argentino muy activo en la emisión de pasaportes y permisos de «libre desembarco». Es el de Copenhague, pero su prioridad es rescatar y enviar a Buenos Aires a los hombres de ciencia que podrían ser útiles a la Argentina; no se ocupan de los hombres de fe. Para su caso, la solución sería conseguir un pasaporte de la Cruz Roja, a los que Cáritas tiene acceso. –Hizo otra pausa antes de agregar–: Aunque están reservados, como entenderá, a los casos más delicados, a las personas que los necesitan con urgencia.

El obispo calló. Había hablado con tono grave,

sopesando el sentido de sus palabras, y ahora esperaba algún gesto, alguna palabra. Parecía interrogarla con la mirada, una mirada que no había perdido nada de su dureza. Sólo entonces, en el silencio, ella pareció despertar. Balbuceó:

–Yo me ocupaba de los ficheros, las planillas de ingreso y las listas de bajas. Nada más...

El sacerdote la interrumpió.

–No me explique lo que no necesito saber. No me interesa. Me parece necesario, sin embargo, advertirle que usted no necesita buscar un refugio del otro lado del mar. Un año, dos, quién sabe, tal vez solamente unos meses, y podrá encontrar un empleo en Alemania, en cualquier municipio o en alguna empresa privada, sin que la acusen de nada. Ante la ley, usted ha sido y seguirá siendo una empleada administrativa que halló trabajo dentro del ejército sin participar en acciones bélicas. Entiendo su miedo ante el avance de un ejército de bestias enardecidas por la victoria. Pero es desproporcionado. Repito: usted no tenía, no tiene nada que temer.

Se quedó mirándola, como si esperara un gesto de asentimiento. Pero ante él sólo vio a una mujer todavía joven pero ya marcada, en cuyo rostro reaparecía el miedo que durante unos instantes se había aliviado. El silencio se hizo pesado y resultó evidente que de ella no vendría ninguna palabra de aceptación. El sacerdote se rindió ante esa mirada fija que lo confrontaba, esperando, desechando toda palabra sensata.

–La Argentina es hoy la única esperanza para quienes estamos en la cruzada contra el ateísmo. Tenemos amigos allí, gente que asesora a los funcionarios encargados de autorizar la inmigración de personas sin documentos válidos. Uno de ellos puede escribir en el margen de su solicitud una P: eso significa que su legajo, aun incompleto, está ya aprobado por la presidencia.

Un destello de esperanza apareció en la mirada de la mujer, vaciló, se impuso a la incredulidad y persistió, frágil, mientras escuchaba las palabras del sacerdote.

–Yo puedo prometerle un salvoconducto de la Cruz Roja a nombre de… digamos Therese Feldkirch, para conservar las iniciales del que tiene en su poder; también una declaración del Vaticano que certifique su condición de católica. Ese documento le permitiría desembarcar en Buenos Aires sin ser rechazada por pertenecer a una minoría indeseable, pero será guardado por la administración que se ocupa de migraciones. –Hizo otra pausa, esta vez aliviada por una sonrisa burlona–. Ese otro pasaporte que… lo entiendo y no la condeno… usted creyó en un momento de angustia que podía protegerla, guárdelo. No creo que pueda serle de utilidad, pero nunca se sabe y de todos modos ocupará poco lugar en el fondo de un cajón. Dentro de unos años, en Buenos Aires, cuando haya obtenido la ciudadanía argentina, podrá mostrarlo a los amigos y reírse con ellos, como de una broma pesada. Pesada y pasada.

Ella tardó en reaccionar.

–Pero… ¿por qué? ¿Por qué me ayuda?

Por primera vez el sacerdote le tomó la mano. La miró en silencio antes de hablar, con una sonrisa que ya no era burlona. Cuando habló, su tono había cambiado: ahora parecía impregnado de cierta lejana ternura.

–Acepte los designios del Señor sin preguntar. La caridad existe.

En Buenos Aires pasaba a veces ante las vidrieras de la compañía Dodero y se detenía a mirar el modelo a escala reducida del *Yapeyú*, el barco en que le hubiese gustado llegar de Europa, aun en la tercera clase, en vez del carguero donde había compartido una de las pocas cabinas destinadas a pasajeros indigentes con una anestesista belga, mujer mayor a quien no le gustaba, vaya a saber por qué, ser identificada como belga: insistía en cualquier ocasión en su origen flamenco.

–*Flämisch, bitte* –repetía secamente.

En el centro de la vidriera estaba la fotografía de una

mujer joven que saludaba desde la cubierta de una nave de la compañía: rubia, sonriente, su tez clarísima protegida del sol por un sombrero tan blanco como su traje sastre. Ella ya había aprendido a reconocer ese rostro: era el de la esposa del presidente. En otra vidriera de la misma compañía, un marco dorado, sobre el que se derramaba una cinta celeste y blanca, rodeaba otra fotografía de la misma mujer, evidentemente tomada en un estudio: la mostraba de perfil, ya no sonriente, sosteniendo una mirada segura, severa; la coronaba un nido de bucles intrincados y lucía un juego opulento, pesado, de collar y pendientes. Cruzaba la foto una dedicatoria autógrafa al señor Alberto Dodero. Frau Dorsch iba a explicarle que este potentado la había acompañado en su reciente gira europea y se había asociado al nuevo régimen para evitar la expropiación lisa y llana de la flota familiar. Y era cierto que la autoridad de la expresión captada en esa fotografía parecía declarar en esa hermosa mujer la conciencia de un poder recién adquirido: se dignaba dedicar su retrato, con monárquico desdén, al magnate al que ella misma había salvado de la ruina.

«La caridad existe»: las últimas palabras del obispo de Génova la visitaban a menudo, no invitadas. Había logrado relegar a un rincón no frecuentado de su memoria tantas cosas... Semanas antes de ser aceptada por la Wehrmacht había parido una niña y la llevó consigo al campo. Más tarde la confió a una familia de campesinos polacos que parecían aceptar de buen grado la ocupación alemana. Todos los domingos les llevaba provisiones para ellos inaccesibles, reservadas al personal del campo, y una barra de chocolate suizo para su hija. Llegó un momento en que empezó a espaciar las visitas, hasta que un día las interrumpió; nunca supo, ni intentó entender, si fue por intuir una catástrofe futura, por mera prudencia o simple desafección. La niña tenía entonces dos años y medio. Ahora, en Buenos Aires, el rostro recordado empezaba a borronearse, confundido con los de otras criaturas rubias y de ojos celestes, sonrientes desde la publicidad de jabones y talco pegada a las paredes de una ciudad donde tantos

niños tenían pelo negro y ojos oscuros.

Recordaba, sin embargo, al médico idealista, apenas entrevisto en el campo, una autoridad que no se codeaba con el personal subalterno. Lo habían autorizado a instalar un laboratorio propio, y sus asistentes sólo frecuentaban a los oficiales. A ella le habían llegado comentarios sobre los experimentos que realizaba con gitanos y judíos de ojos negros. Quería que todo el mundo pudiese lucir ojos celestes, claros, luminosos: ojos como los nacidos en tierra germana, ojos que habían aprendido a reconocer el mundo mirando sus montañas y valles, sus *Edelweiss* y *Maiglöckchen*, flores cuyo nombre no existía en el nuevo idioma, mientras respiraban ese perfume de tilos que anuncia el verano. Quién sabe dónde estaría ahora...

Tenía poca disposición para la nostalgia o el resentimiento. Lamentaba sin embargo que la pobreza en que había crecido, la falta de horizontes de su madre, la ausencia de un padre menos resignado, le hubiesen impedido estudiar para enfermera. Quién sabe si, en vez de ordenar en un fichero los documentos de los prisioneros que llegaban al campo, para luego mudarlos a un fichero paralelo cuando ya habían sido liquidados, no hubiese podido trabajar como asistente de ese médico, merecer su confianza, participar en el programa de eugenesia (había oído la palabra en el campo y la había guardado, humilde retazo de un saber del que se sentía excluida), en la elaboración de una humanidad superior, suscitar así el respeto de los oficiales...

Una noche, al volver a la pensión, como siempre a pie, desde el restaurant, al pasar por la avenida Independencia un brazo la retuvo, la arrastró detrás de la empalizada de un edificio en construcción, y le tapó la boca mientras otra mano, impaciente, hurgaba bajo el vestido y desgarraba la ropa interior. Nunca supo si eran dos o tres hombres. En la oscuridad vio brillar ojos oscuros, sintió el contacto áspero de caras sin afeitar, el olor a vino. A esos hombres no les importaba que ella ya se hubiese vuelto insensible a toda agresión; murmuraban palabrotas, insultos, como si todavía

pudiese sufrir un ultraje, como si guardase intacta alguna parte de su cuerpo después de cuatro años de servicio en un ejército de ocupación; esos hombres sin cara, de brazos enérgicos y vergas rígidas, necesitaban creer que al introducirse en su cuerpo le provocaban dolor y vergüenza: sólo la humillación de la mujer podía garantizar su satisfacción. Finalmente descargaron en su interior, uno tras otro, la urgencia de un deseo que no le despertó asco ni placer. De un empujón la arrojaron de vuelta a la vereda desierta del paseo Colón. Ella verificó que no le faltaba el dinero guardado en el monedero, que los rasguños en su brazo derecho no sangraban, que el taco roto de un zapato no le impedía caminar las pocas cuadras que la separaban de la pensión.

Cuando el período siguiente se hizo esperar, y finalmente entendió que había quedado embarazada, no se le ocurrió, como había sido habitual en el pasado, recurrir a un aborto. Años más tarde, verá jugar a sus pies a un niño de ojos negros y pelo oscuro: el Señor le había enviado el castigo merecido por haber abandonado años antes a una niña rubia, de ojos claros. Y a ese niño, de cuyo padre no había visto la cara, va a quererlo más que a nadie en toda su vida. Ha decidido que ese amor será su expiación.

Le dará el nombre de Federico por el emperador Barbarroja, cuyo retrato ilustraba los cuadernos de la escuela primaria donde dibujó las primeras letras. Lo verá crecer, ojos negros, pelo negro, y no le molesta que en las primeras salidas juntos al mercado de la calle Defensa el verdulero lo llame Chinito y le dirija a la madre rubia un guiño cómplice que dice sin palabras «vaya a saber quién es el padre». Ella se ríe sin amargura pensando que su hijo nunca tendrá una barba roja como el emperador.

Mucho antes de ese día, aquella noche de noviembre de 1948 en que, sentada en el balcón de su cuarto, esa mujer sigue con mirada distraída el escaso tráfico, los transeúntes ocasionales del paseo Colón, lo que ocupa su

pensamiento es una cuestión acaso trivial, pero que ha considerado y discutido consigo misma durante semanas.

Esa noche, finalmente, ha decidido no volver a teñirse el pelo, renunciar al poco convincente castaño oscuro que hubiese debido ayudar al parecido con la fotografía del pasaporte de Taube Fischbein. A partir del día siguiente va a dejar que aparezca el rubio descolorido con que ha nacido, sin que le importen los mechones grises conquistados con los años.

La decisión le procura cierto alivio.

3

Agosto de 1960

One need not be a chamber to be haunted;
One need not be a house;
The brain has corridors surpassing
Material place.

Emily Dickinson

Nunca se le ha ocurrido hacer planes para el futuro, como si no pudiese imaginar un mundo fuera de la cocina de la calle Maipú, de sus paredes cada vez más ennegrecidas por años de gulasch, *Eisbein* y *Sauerkraut* heredados de día en día, cuando no de una semana. Los años en el país de refugio antes que de adopción no le han borrado la sensación de precariedad que impregna cada uno de sus gestos.

Pero miedo no ha vuelto a sentir. Miedo era lo que había sentido cuando cruzaba fronteras en medio de la nieve y el hielo, ciudades abandonadas en vísperas de cambiar de dueño, cuando esperaba el salvoconducto llamado de «libre desembarco» que le permitiría embarcarse, soñaba, en una altiva nave de la compañía Dodero de la que la tranquilizaba el nombre del lejano gobernante amigo. Había ido invirtiendo los últimos francos suizos en mezquinos sobornos de eficacia siempre dudosa, para terminar embarcándose en un carguero maloliente. Ese miedo no había vuelto a sentirlo desde la llegada a Buenos Aires. Incertidumbre, sí. Aprensión, tal vez. Pero miedo no.

Una tarde, sin embargo, volvió a sentir algo parecido, más bien a recordarlo. En la cocina del restaurant se habían acabado los *Rollmops* y los *Gurken*. El proveedor no había entregado la remesa semanal, su número de teléfono permanecía obstinadamente mudo y empezó a cobrar verosimilitud la sospecha de que, acosado por acreedores, había decidido clausurar el negocio sin previo aviso. El dueño del restaurant le pidió que fuera a buscar una provisión suficiente para la cena del día a un almacén especializado, cuyos precios eran menos abusivos que los de las *Delikatessen* de Belgrano. Cuando ella le preguntó cómo se llamaban en castellano esos manjares, el viejo bávaro se echó a reír.

–No necesita saberlo. Si quiere, puede decir arenques

arrollados con cebolla y pepinillos en vinagre, pero le aseguro que le van a entender perfectamente si dice *Rollmops* y *Gurken*.

La dirección era la de una esquina ruidosa, rodeada de talleres de confección, de negocios mayoristas con vidrieras atiborradas de telas, cintas y botones. Los transeúntes se abrían paso en medio de un tráfico constante de camionetas y carretillas que cargaban y descargaban mercadería. El interior del almacén le pareció sucio y desordenado: el piso estaba cubierto de aserrín, los empleados hundían los brazos en grandes barriles de donde extraían pescados ahumados, secos o en salmuera; había bolsas de cereales desconocidos, fiambres permanentemente colocados sobre las máquinas que cortaban de vez en cuando finas tajadas; había, sobre todo, un olor, entre acre y dulzón, mezcla de repollo y remolacha, que ella no atinaba a identificar pero que, más allá de toda duda, respondía a algo archivado en algún rincón de su memoria.

Dos hombres discutían a su lado en lo que tomó al principio por un dialecto alemán; casi inmediatamente recordó que había oído esa jerga en el campo, en boca de las hordas descargadas diariamente por vagones que llegaban de cualquier lugar del Este. De pronto entendió.

Esa gente hablaba idish... Estaba en un almacén judío.

La arrancó del desconcierto un hombre que se frotaba las manos contra un delantal de hule. Se reía con ganas y no parecía tener dudas sobre la identidad de la clienta que visitaba por primera vez el almacén.

–La envía nuestro nuevo amigo, el viejo enemigo de la calle Maipú, ¿no? Le tengo preparado un paquete de *Rollmops* y *Gurken* como para varios días. Y dígale que si nos elige como proveedores no va a tener de qué quejarse, ni de la calidad ni del precio.

Incapaz de pronunciar una palabra, ella esbozó una mueca que no llegó a sonrisa, pero el hombre estaba demasiado atareado como para advertirlo. Volvió de la trastienda con un envoltorio que la iba a obligar a mucha prudencia cuando subiese al tranvía. Él murmuró algo así

como que por el pago no había apuro y amplió su sonrisa para despedirla con un *«Mazel tov»* que sonó burlón a sus oídos cristianos.

Ella salió a una calle que, en ese mismo momento, sintió que se le había transformado en territorio peligroso. Las piezas de tela de colores vivos desplegadas a la entrada de las tiendas le repugnaban como si ese comercio escondiera en sus fondos uno de esos prostíbulos de niñas secuestradas que, le habían explicado en Viena, eran el tráfico frecuente de la raza inferior. El chico que lamía perezosamente un cucurucho de helado le echaba una mirada torva. Dos mujeres que intercambiaban chismes en voz baja se callaron cuando ella pasó a su lado. En la vereda de enfrente se había detenido un anciano de barba blanca, sombrero negro de ala ancha y levita también negra. No despegaba los ojos de ella.

¿Sería posible que entre ellos hubiese sobrevivientes? ¿Sería posible que alguno la reconociera?

No, no era miedo lo que la asaltó entonces, sino una aprensión sorda, la posibilidad de que los esfuerzos por cancelar una parte de su vida hubieran sido inútiles.

Subió al primer tranvía que vio detenido en la esquina y eligió un asiento libre que le permitiese colocar a su lado el paquete, del que ya se desprendía un vaho donde parecía resumirse el olor impuro que impregnaba el almacén.

Sólo después de un rato advirtió que el tranvía no iba en dirección al restaurant.

En algún momento Frau Dorsch, cuya edad nadie se había interesado por calcular, se enfermará; con inesperada energía, se obstinará en permanecer en una vida a la que sólo parecían atarla algunos chismes y los magros alquileres de sus inquilinos. También éstos habrán envejecido: los rumanos, ya convertidos en caricaturas uno del otro, optarán por un asilo suburbano; la húngara emigrará a Asunción, legítima esposa de un oficial del ejército paraguayo encandilado por quién sabe qué promesas de

experiencia erótica o mundana.

El elusivo podólogo, en cambio, conocerá algo así como un final feliz, en todo caso un desenlace europeo: una noche de invierno, había esperado bajo la lluvia a su ídolo de antaño ante la entrada de artistas del Teatro Colón; Kreutzberg, a quien algunos kilos de más no impedían resucitar sus coreografías más celebradas para una tardía gira sudamericana, no sólo lo reconoció: allí mismo lo invitó a una cena de medianoche en el hotel Claridge. De sobremesa, el huésped, emocionado, incrédulo, recibió una propuesta que no se hubiese atrevido a imaginar: la de acompañar al *Tanzmeister* en la nueva etapa de su carrera que estaba preparando; sería su secretario en la escuela de danza que se proponía abrir en Suiza. Meses más tarde, Frau Dorsch recibirá una tarjeta postal con saludos de su ex inquilino desde Berna; en la imagen, una pareja de osos juguetones hacen piruetas en la fosa que les dedica la ciudad a la que han dado nombre.

Las habitaciones vacantes serán ocupadas por nativos de provincias pobres, por sobrevivientes de desastres familiares o de crisis económicas; ninguno de estos recién llegados guardará relación con el pasado cosmopolita, más bien turbio de la pensión. Postrada, Frau Dorsch confiará a su inquilina más reservada, único vínculo con los viejos tiempos, la atención de la cocina y una parte considerable de sus ingresos periódicamente devaluados. Esta forma de seguridad no hace feliz a esa mujer a quien una simple tarjeta postal de Berna le ha demostrado la posibilidad de lo que hasta poco antes consideraba imposible: volver a Europa. No le importa todo lo que ha oído decir: que Viena es una ciudad ocupada, que en Alemania enseñan a los jóvenes a avergonzarse del pasado, que reciben sin simpatía a los que vuelven. Una insatisfacción oscura empieza a inquietarla, una *Sehnsucht* sin nombre que hasta ese momento había desconocido.

Le hace falta el restaurant de la calle Maipú donde ya no trabaja. No soporta la perspectiva de pasar largas jornadas encerrada en la pensión, exigida menos por las

tareas domésticas que por la locuacidad de Frau Dorsch, a quien los años han aliviado toda discreción: «A los cincuenta y ocho años tuve mi último hombre, era de Hannover, nada para recordar y sin embargo lo recuerdo porque no hubo otro después». Más de una noche, tarde, volverá con paso casi automático a esa barranca que baja bordeando la plaza San Martín hacia una estación de ferrocarril de arquitectura británica.

El bávaro la recibe con efusiva alegría, la invita a cenar todas las noches, pero ella, por delicadeza, sólo acepta un postre y una cerveza, a lo sumo un vaso o dos de acquavit. Para los conocidos el patrón extrae de abajo del bar una botella de Malteser Kreuz cuyo contenido no ha sido adulterado; una botella idéntica, expuesta entre otras contra el gran espejo detrás del bar, contiene un aguardiente local cuya marca, Rikiki, hace reír al bávaro, que imita con un falso acento porteño su publicidad: «bebida de hombres»... A menudo comparten la mesa viejos *habitués*, caras que en sus años de cocina ella había entrevisto más jóvenes, aún no abotagadas. Nunca se habla del pasado que los ha traído a estas costas lejanas, a lo sumo se comentan los vaivenes de la política local.

Llega un momento en que un golpe de Estado sacude esa rutina. La caída del General presidente ha trastornado el tablero de protecciones e influencias en que habían confiado durante años. Todos los parroquianos habituales ya tienen documentos de identidad argentinos donde aparecen nombres a los que no se adhiere ninguna sospecha; se inquietan, sin embargo, como si viejos fantasmas pudieran volver y asediarlos.

Ella oye comentar a media voz que un tal Pavelic´, tras sobrevivir a dos disparos de Magnun en su casa de los suburbios de Buenos Aires, ha decidido emigrar a España. El nombre le suena pero no lo asocia con ninguna imagen, ninguna anécdota. Sigue la conversación, aun la controversia ocasional, con una vaga sonrisa de asentimiento, sin entender qué lealtades están en juego: algún escéptico se apresura a descartar una probable

venganza de chetniks contra ustashis; otro sostiene que menos verosímil aún es la hipótesis de un operativo judío en momentos en que la colectividad se esfuerza por mantener un perfil bajo; alguien recuerda, con mucha prudencia en el tono, la desaparición del oro del Banco Central de Zagreb, su traslado a Austria en momentos en que los guerrilleros de Tito abolían el Estado croata creado por el Tercer Reich, operación confiada a Pavelic´. Es la ocasión, también, de leer en voz alta cartas de amigos instalados en Canadá o en Australia, de lamentar no haberse arriesgado a buscar refugio en esas tierras de estabilidad política y amnesia generosa: los «hombres fuertes», como el General presidente, pueden sortear situaciones difíciles sin someterse a leyes, nadie lo discute, pero su permanencia en el poder no es eterna. «Aunque ahí lo tienen al Generalísimo...»

También los oye hablar de *Der Weg*, un periódico publicado en alemán por una librería de la calle Sarmiento. Alguna vez lo vio, olvidado sobre una mesa del restaurant. Lo había hojeado, esperando hallar en él alguna noticia de la patria, pero su contenido era sólo político: hablaba del destino de la emigración forzada exigida por los vencedores de la guerra, del esfuerzo de los emigrantes por mantener los valores de la cultura alemana en medio del materialismo impuesto por norteamericanos y rusos. Algún artículo firmado relataba las experiencias de su autor en tiempos del Reich. Nunca le interesó leerlo: la devolvía a todo aquello que había querido suprimir de su memoria. Escucha a los hombres contar que la difusión de *Der Weg* está prohibida en Alemania por decisión de los nuevos amos, alemanes que colaboran con los vencedores. En Austria, sin embargo, hay un correligionario que recibe de Buenos Aires paquetes de ejemplares y los hace llegar a quienes corresponde.

Ella los escucha en silencio. Esas intrigas, está convencida, no la conciernen. Además, se sabe ingenua, acaso un poco tonta. Cuando escucha hablar de intereses ocultos, de alianzas tácitas, piensa que hay un mundo ajeno a su experiencia, una trama que supera su comprensión.

Agradece que su vida fluya oscuramente, sin necesidad de atender a esas intrigas. Nunca le ha interesado la política: ha aceptado tácitamente, sin lamentarlo, que es cosa de hombres.

Tampoco se sentirá amenazada la noche en que una ráfaga helada parece haber golpeado a los clientes del restaurant. Demudados, le cuentan que un comando israelí ha raptado a un mecánico de la planta que Mercedes-Benz ha instalado en González Catán. Se trata de un alemán, o de un italiano del Südtirol, los *habitués* no se ponen de acuerdo, que en un tiempo había trabajado en Tucumán y ahora vivía en un suburbio pobre de la ciudad, en una casa de ladrillos construida por él y sus hijos; los agentes israelíes lo esperaban al atardecer, a la hora en que solía bajar del colectivo que lo llevaba de vuelta al hogar. Lo tuvieron varios días secuestrado en un lugar secreto, luego lo sacaron del país clandestinamente para llevarlo a Israel, donde le preparan un proceso no menos espectacular que los de Nuremberg.

Algunos creen haberlo conocido cuando trabajaba como supervisor en una fábrica de calefones, otros en cambio cuando había tenido un criadero de conejos. Los recuerdos no coinciden, a veces incluso se contradicen; a ella se le ocurre que hablan de personas distintas, pero también advierte que detrás de esas incongruencias palpita un personaje fuera de lo común. El bávaro se impacienta y desde la caja impone con voz fuerte, acompañada por una sonrisa dura, un cambio del tema de conversación.

A ella estas historias no la impresionan. Le hace gracia, en cambio, escuchar que en Bariloche quedaron abandonados, de la noche a la mañana, varios chalets de familias alemanas que decidieron cruzar la frontera, ir a pasar unas vacaciones no previstas a Chile, «hasta que las aguas se calmen». Entre ellos estaba la dueña de una repostería que elabora dulces artesanales; había dejado su pequeña empresa a cargo de una empleada incauta, que olvidó cerrar la puerta con llave un mediodía y al volver de su siesta encontró el salón de té lleno de alumnos de la

Deutsche Schule, jugando, cantando, riendo, con la boca y la cara embadurnada con dulce de saúco, rosa mosqueta y *Boysenberries*, especialidades regionales que habían hecho la reputación de la Konditorei Süsses Leben.

Hacia esa misma época en que una angustia que creían desterrada resurge y asalta a los refugiados en Buenos Aires, en Moscú Yevgueni Khaldei conoce un momento de tranquilidad. Hace varios meses que el diario *Pravda* lo emplea. Han terminado los años en que tuvo que limitarse a registrar torneos juveniles, cumpleaños, festejos familiares, sin contacto con esa actualidad cuya imagen pública la agencia Tass no confiaba a la cámara de un judío. Nikita Jrushev rige ahora los destinos de la Unión Soviética, después de haber defenestrado la figura histórica de Stalin.

Son tiempos de distensión para la Guerra Fría. Un fotógrafo norteamericano de paso por Moscú visita al que ha oído llamar «el Capa ruso»: habría cierta coincidencia en el instinto para aprehender el momento histórico entre Khaldei y Robert Capa. El visitante entiende, y por buena educación calla, que la obra del fundador de la agencia Magnum, por haber trabajado en los Estados Unidos, ha conocido una difusión internacional y ha procurado a su autor una prosperidad inimaginable para el fotógrafo ruso. Éste, halagado por la curiosidad del joven colega, le cuenta que coincidió con Capa durante los juicios de Nuremberg, y que el norteamericano le regaló una cámara Speed Graphic. El visitante va a revelarle que Capa es un judío húngaro y que en realidad se llama Endre Friedmann.

Los dos hombres entran en confianza alrededor de una botella de vodka. Khaldei sugiere que la inspiración para la fotografía de la bandera soviética sobre el techo del Reichstag pudo haber sido la que tomó Joe Rosenthal de un soldado norteamericano plantando su bandera nacional en Iwo Jima.

–Es una fotografía puesta en escena –explica el visitante–. Esto no significa que sea falsa, es simplemente la

repetición de un gesto que ocurrió en la realidad, reiterado para la cámara.

Khaldei relata entonces que también la suya fue una puesta en escena. Utilizó un rollo entero de película, treinta y seis tomas con pequeñas variaciones de ángulo y posición de los personajes. Fue el 2 de mayo, tres días después de la toma real del edificio. Había tenido la idea de esa imagen, que iba a simbolizar para los tiempos venideros el triunfo de la Unión Soviética sobre el nazismo, pero no encontró una bandera fotogénica entre el equipamiento del Ejército Rojo. Voló entonces a Moscú, donde tampoco la halló en las pocas horas disponibles. Pidió prestados unos manteles rojos a un tendero, un tal Grischa Lubinski, y recurrió a su tío, sastre de profesión, para unirlos y coserles hoz, martillo y estrella amarilla. Voló de vuelta a Berlín y con tres camaradas subió al techo del Reichstag mientras en el sótano se celebraba la victoria con vodka y en la calle, a pesar de que la noticia de la muerte del Führer ya era pública, aún combatían unos últimos resistentes y se oían disparos esporádicos.

–Agregué al negativo el humo negro que ensombrece el cielo, como si la batalla estuviera en su apogeo –explica el fotógrafo ruso–. Aumenta el efecto dramático. –Después de una pausa añade–: Contribuye a la autenticidad.

En Buenos Aires, esa mujer a quien no inquieta el secuestro de un criminal de guerra siente que su hijo le impide descartar esta noticia, archivarla lejos de sus pensamientos cotidianos. Federico ya tiene doce años y lee los diarios con avidez, el que Frau Dorsch recibe por hábito y apenas mira, los que nadie reclama en el restaurant y su madre le lleva casi todas las noches.

Hace tiempo que ella ha relegado el relámpago de violencia de una noche, la obra en construcción del paseo Colón, al mismo rincón oscuro de su memoria de donde nada incómodo surgirá cuando, al pasar ante una parrilla, le llegue el olor de la carne asada, casi quemada: como les

gusta a los habitantes del país. Su hijo va a crecer absorto en libros que a ella no le parecerán augurar ningún provecho. Un buen día le anunciará que ha hallado trabajo como vendedor en una librería. Otro, que se ha inscripto en la carrera de sociología. De pronto habrá cumplido dieciocho años y cultivará una barba rala, que le oscurecerá el rostro y prestará un ardor inesperado a su mirada.

Ella, que lo habrá querido con ahínco y sin vacilación, no necesita esperar ese momento para empezar a entender, o tener que admitir, que su hijo es un extraño. No llega a entender por qué, siempre callado, parece carcomido por una insatisfacción sin nombre, por el deseo de algo desconocido o por la nostalgia... ¿de qué?

Sehnsucht... Ella siempre despreció ese sentimiento. Conoció, sí, el miedo, un miedo atávico y la necesidad de saberse a salvo, incluso cierto oscuro resentimiento por la posición social a la que había sido condenada, pero incluso este rencor, aunque recurrente, nunca permanecía mucho tiempo con ella. Es cierto que nunca fue dada a la introspección; su hijo, en cambio, crece absorto en pensamientos de los que ella no se atreve a pedirle que le hable. En ciertos momentos llegará a sentir desconfianza ante ese ser independiente, inescrutable, en que el tiempo ha convertido a la criatura que años antes había llevado en su cuerpo.

Sí, Federico ya tiene doce años y sus preguntas se hacen cada día más difíciles de contestar. Ella no necesita explicarle que hubo una guerra, que los alemanes la perdieron, que ante los ojos del mundo han sido estigmatizados: la televisión, que empieza a difundir dosis masivas de películas norteamericanas, sólo le confirma lo que los «programas triples» del cine Cecil, a pocas cuadras de la pensión, ya le han enseñado. Son norteamericanos los héroes, actores simpáticos de facciones indistintas y sonrisa fácil; son alemanes los villanos, caras de rasgos marcados, donde la vida ha depositado surcos y arrugas, personajes adustos, vociferantes, de mirada fría y acento donde a veces el niño reconoce un dejo de la voz tanto más tierna de su

madre.

El Cecil se ha transformado en un refugio fuera del hogar. El cuarto de pensión le resulta estrecho, asfixiante, los vecinos le parecen gente gris, gastada, sin promesa alguna de ficción. Apenas su madre parte hacia el restaurant él sale a recorrer el barrio, no ya el parque Lezama, donde pasea los domingos con ella, sino esas calles de casas viejas que parecerían abandonadas, frente agrietado, revoque descascarado, donde una puerta entreabierta le permite atisbar un largo pasillo, un patio con macetas, de vez en cuando una mujer en bata que tiende a secar ropa recién lavada, y siempre un olor a cocina, el mismo, que no sabe identificar pero lo invita a seguir su camino sin detenerse.

El acomodador del Cecil lo deja entrar sin pagar. «Dale, Chinito, ahora», lo alienta a pasar corriendo hacia la sala oscura cuando el resto del público ya ha entrado y la mujer de la boletería ha retomado la lectura de *Maribel*. A la mañana siguiente la madre lo escuchará paciente. Le cuenta las películas que vio la víspera, un relato atropellado, con lagunas que lo hace difícil de seguir; pero ella prefiere esa oscuridad y no lo interrumpe para pedir explicaciones; sabe que al relato seguirán las preguntas.

La hora del desayuno es también el momento en que la espera un interrogatorio, preguntas sobre lo que el hijo ha visto la tarde anterior, y casi nunca se refieren a las comedias musicales o a los films «de acción y suspenso», menos aún a las películas argentinas, que lo aburren con sus actrices almibaradas e intrigas anodinas. Los films de guerra, en cambio, prenden en su curiosidad, y son casi siempre norteamericanos, alguna vez ingleses. Federico es buen lector, su vista recorre con rapidez los subtítulos, su oído atento ya ha aprendido a identificar muchas palabras en inglés y las repite con aplicación. Sus preguntas son inocentes pero pueden ser desarmantes.

Qué han sido esos campos llamados de concentración, por qué los judíos fueron deportados, es cierto que trabajaron allí como esclavos hasta que la enfermedad los

privó de toda utilidad, es cierto que entonces fueron eliminados... Ella no contesta, o posterga la respuesta, o la formula vagamente. Él entiende que esos temas tienen que ver con el pasado de su madre, un pasado que prefiere olvidar, pero que por eso mismo a él lo persigue como un misterio a la vez cercano e inaccesible. Ella quisiera demorar la compañía de su hijo, pero a menudo se descubre impaciente por abandonar el cuarto de pensión y refugiarse en la cocina del restaurant, donde nadie le preguntará nada.

En la escuela ya le han dicho a Federico Fischbein que es judío. ¿Por qué? ¿Qué significa?

–Vos te salvaste porque naciste aquí, pero si tu vieja no rajaba a tiempo de Alemania serías jabón...

Por qué, siempre por qué. Su madre sólo atina a decirle que no importa el apellido, que nunca la educaron dentro de la religión y que, aunque pueda parecer judío, son muchos los apellidos, Hirsch, Altenberg, Berger, que en Alemania llevan tanto judíos como arios.

–¿Qué significa ario, mamá? ¿Por qué es una raza superior? ¿Y por qué a los judíos les dicen que son una raza elegida? ¿Elegida para qué? ¿Para la destrucción?

Cuando llega la primavera y las noches se vuelven cálidas, Federico ha tomado la costumbre de acostarse en el balcón: la madre le advierte que suele refrescar al amanecer, que puede resfriarse, pero a él no le importa siquiera que lo despierte la luz primera del día mientras su madre, protegida por persianas y cortinas, dormirá dos horas más. A veces, mientras espera el sueño, ella piensa que a dos metros de su cama, invisible, duerme ese hijo que va poniendo, poco a poco, distancias con su madre. Entiende que lo fastidie dormir en el mismo, pequeño cuarto de pensión, que busque en las tardes del Cecil la vida imaginaria que mitigue la estrechez de la vida cotidiana, que muy pronto le llegarán la rebeldía, los impulsos de la adolescencia. Se levanta y en puntas de pie va hacia el balcón y corre la cortina unos centímetros, lo suficiente como para verlo dormir. Se pregunta si ya ha descubierto las inquietudes de la pubertad, si se masturba.

Lo mira con ternura, sonriente, pero también intuye en él algo que se le escapa, que no sabe nombrar. Acaso empiece a entender que ningún hijo acepta mansamente ser la prolongación de sus padres.

Sí, a medida que lo ve crecer, y oye cómo cambia su voz, y ve aparecer sobre su labio superior una precoz sombra viril, mucho antes de esos dieciocho años de edad que harán de él un hombre joven, desconocido, también crece en ella algo parecido al miedo.

Ella no sabe que muchas de esas noches de principios de primavera, cuando espía, oculta detrás de la cortina, cuidándose de no hacer ruido, al hijo que ha sacado su colchón al aire libre buscando un principio de independencia, el niño inmóvil al que observa no está dormido. Tiene los ojos muy abiertos, aunque ella no puede verlos porque su hijo tiene la cara vuelta hacia la calle.

Desde ese balcón del segundo piso de un edificio anónimo del paseo Colón, Federico espera descubrir los misterios, que a los doce años se le antojan muchos y fascinantes, de la vida nocturna: la verdadera, la que transcurre fuera del cuarto de pensión donde duerme su madre, la que el cinematógrafo le ha prometido. Esa pareja que avanza con paso rápido por la vereda de enfrente, ¿quiénes son?, ¿adónde van? Cuando pasan por el círculo de luz que proyecta el alumbrado público y distingue el pelo teñido, el maquillaje pesado de esa mujer, Federico los asocia con alguna película vista en las tardes del Cecil... ¿Y el automóvil que se detiene en la esquina para permitirles cruzar la avenida? ¿De dónde viene? ¿Quién está al volante? Hay un hombre solo, traje cruzado, corbata ceñida y sombrero calado hasta la frente, parado en otra esquina desde hace más de media hora; de pronto debe de haberse decidido a abandonar la espera porque ha desaparecido, ¿adónde?, ¿con qué decepción?, ¿acaso con alivio?

Las tardes del Cecil han despertado en la imaginación de Federico un apetito de ficción. Llegará una noche en que

el balcón del segundo piso no le baste. Con sigilo, sin duda innecesario porque Frau Dorsch sólo tiene ojos y oídos para la televisión, si es que el sueño ya no la ha vencido frente a la pantalla, se escurre hacia la calle. En un bolsillo guarda su posesión más preciada: la llave que su madre creyó perdida semanas antes, de la que sacó un duplicado. Sabe que ella vuelve después de medianoche, entre las dos y las tres. Tiene por delante varias horas de libertad, que espera sean también de aventura.

El paseo Colón, ahora que avanza por su vereda, no le revela ningún indicio de esa vida prometida por las visiones fugitivas, fragmentarias, que permitió el balcón del segundo piso. Cruza a unos pocos transeúntes: no los ve demasiado distintos de los que durante el día ha visto, sin que le llamen la atención, circular por la calle Defensa o Balcarce. Sigue su camino confiado en que más adelante lo esperen episodios, personajes menos anodinos. Su meta es esa gran plaza lejana, frente a la cual hay un restaurant donde sabe que trabaja su madre.

En su trayecto descubre fachadas pintadas de colores brillantes con imágenes de marineros, de caracoles y estrellas marinas prendidos a redes de pescador, de mujeres con faldas de paja y pechos ocultos por collares de flores, de barcos entre olas de espuma y notas musicales dibujadas sobre pentagramas que parecen levantar vuelo. Sobre las puertas, alrededor de ellas, hay guirnaldas de lamparitas de colores atadas con alambres. Se detiene para observar ese despliegue, los porteros le sonríen, uno de ellos le lanzará una frase que le va a doler aunque entiende que sólo corresponde al pobre sentido del humor de quien la dice: «Te falta tomar mucha sopa para poder entrar aquí...». En ese mismo momento salen dos mujeres de edad indefinida, collares y pulseras tintineantes; a Federico le parecen pintadas con los mismos colores de las imágenes que decoran la fachada. Ellas lo miran con curiosidad y festejan las palabras del portero como si fueran graciosas.

Más adelante los transeúntes se hacen más frecuentes. No le prestan atención a pesar de que él escruta fisonomías

y vestimentas, siempre a la espera de un personaje, de una conducta que lo rescate de lo cotidiano. De un automóvil baja una mujer de vestido largo. Le parece muy hermosa, una visión que pasa como una ráfaga ante él y entra sin detenerse en el edificio de departamentos cuya puerta le abre un hombre; a su paso ha dejado una estela de perfume que permanece unos segundos con Federico. Él los mira alejarse tras el vidrio esmerilado: el hombre pasa un brazo alrededor de la cintura de la mujer y ella apoya la cabeza en el hombro de él.

Casi sin darse cuenta, Federico ha llegado a la esquina de la plaza que era su meta. La cruza bordeando la barranca iluminada, hacia la vereda del restaurant. Dos grandes ventanas dan a la calle, pero una sola le permite ver el interior; una cortina bordada con un paisaje de montañas nevadas y flores azules cubre la otra. En medio del humo, en la luz amarillenta de lámparas con pantallas que imitan el pergamino, Federico estudia al público: hombres, la mayoría, locuaces aunque sus voces no llegan a la calle; pocas mujeres, sonrientes, atentas a la palabra de sus compañeros; tras la barra, de espaldas a un espejo deslustrado, un hombre corpulento, jovial, toma notas en un bloc, extrae una botella de abajo del mostrador, se afana con la caja registradora; al fondo, las hojas de una puerta de vaivén se abren y cierran con frecuencia al paso de los mozos, chaqueta negra corta, delantal blanco atado a la cintura que les llega a las rodillas; traen de la cocina platos llenos y devuelven platos vacíos.

Federico piensa que no llegará a ver a su madre: las puertas de vaivén se cierran antes que pueda ver esa cocina donde cree que trabaja. Ella no le ha dicho que desde hace más de un año sus visitas al restaurant buscan solamente escapar de la pensión, ir al único lugar donde hallará algo distinto del olor a pis de gato, de los recuerdos repetidos, cada vez más confusos de Frau Dorsch, de la frecuentación de esos personajes anodinos que desde hace demasiado tiempo pueblan su vida. Esta noche está sentada ante una mesa frente a un segundo vaso de acquavit, pero su hijo no

puede verla: la cortina bordada la oculta.

En cierto momento un hombre descorre esa cortina para echar una mirada a la calle y no vuelve a cerrarla. Federico retrocede: ha visto a su madre, pero no reconoce su expresión, su actitud. La observa como a una desconocida: parece atenta a la conversación de quienes la rodean, cada tanto esboza una sonrisa, de vez en cuando lleva a sus labios un pequeño vaso de algo incoloro que podría ser agua, de pronto ríe, como si festejara un chiste; pero al mismo tiempo hay algo ausente en su mirada: como si en realidad su pensamiento estuviese lejos de esa mesa a la que presta su presencia. Aunque en ningún momento mira hacia la calle, Federico siente que debe eludir su mirada y se refugia contra el tronco de un árbol que lo cubre con su sombra.

Permanece largos minutos absorto en un espectáculo para otros sin interés. Esa ventana, para él, se ha abierto sobre un aspecto hasta ese momento sólo imaginado de la vida de su madre, punta de iceberg sobre nueve décimos sumergidos de los que ignora todo y sólo ha entendido que ella prefiere callar. Los gestos más espontáneos, menos ambiguos, en el momento de descubrirlos se cargan para él de sentidos tácitos que intenta descifrar. Al rato las escasas variaciones del espectáculo que observa ya han agotado su novedad. Federico empieza a alejarse de su puesto de observación. Su madre no ha podido ver al niño curioso, de pie en la vereda, cuyos ojos negros buscaron en el restaurant algo exótico, y en su rutina descubrieron un solo personaje posible de ficción: su madre.

Federico no quiere volver a la pensión: el reloj de la Torre de los Ingleses indica las once y media y él piensa que la noche aún le reserva peripecias imprevisibles. Del otro lado de la avenida, frente a la torre, la imponente arquitectura de la estación de ferrocarril derrama sus luces sobre la calzada, sobre un tráfico incesante, peatones y vehículos empujados por una misma prisa. Se encamina hacia ella con andares seguros. Se abre paso entre la multitud que sale, que entra bajo las arcadas donde los taxis

depositan y esperan pasajeros; él no tiene tiempo de observar a esos viajeros de gestos bruscos, impacientes; bocinas, gritos lo distraen y debe evitar los automóviles que cruzan su camino. Todo pasa muy rápido: le recuerda el movimiento acelerado de esos cortos cómicos, viejos, mudos, que a veces proyectan en el Cecil a principios de la tarde, cuando no ha llegado la copia de la primera película programada.

Luego, en el hall central, advierte que todo es distinto: allí también hay gente ruidosa, malhumorada, pero su mirada va al cielorraso altísimo, abovedado, a los mármoles y molduras que presiden esa agitación: un decorado pensado para otros personajes. Muy pronto también advierte que en medio de ese ajetreo hay personas inmóviles: esperan, piensa, a los pasajeros de un tren por llegar, u observan los anuncios de los altos paneles cuyas letras y números giratorios indican el andén de donde partirán otros trenes. Otros rodean los quioscos en los que venden sándwiches y gaseosas, diarios y revistas. Entre el gentío observa a algunos soldados, jóvenes conscriptos que deambulan con mirada ausente.

–¿Qué estás haciendo solo a estas horas de la noche?

La pregunta le llega al mismo tiempo que una mano pesada sobre su hombro. Levanta la vista: un hombre muy alto, tez cetrina, pelo plateado, le sonríe a pesar del tono severo con que ha hablado. Federico no sabe qué decir, pero el desconocido no espera respuesta.

–¿Dónde están tus padres? ¿Los perdiste de vista aquí en la estación?

Federico atina a balbucear que está esperando que su madre termine de trabajar en un restaurant cercano. El hombre parece incrédulo, y él insiste en la respuesta. Menciona el nombre del restaurant alemán.

–¿Y qué hace tu madre en un restaurant alemán?

El desconocido parece divertirse con su propia incredulidad. Tampoco ahora espera respuesta.

–¿De qué provincia sos? ¿Catamarca? ¿La Rioja?

Federico responde que nació en Buenos Aires, que su

madre nació en Viena. El hombre se pone en cuclillas, su cara a la altura de la de Federico. Mantiene la mano pesada sobre el hombro del niño.

–Vamos, confesá que te escapaste de casa. ¿Llegaste en tren y ahora no tenés dónde ir a dormir? No me mientas: mirá que te puedo llevar a dormir a la comisaría... –Después de una pausa, su tono se vuelve amistoso–. Una estación de tren, sobre todo de noche, no es un lugar para un chico de tu edad. Hay gente mala que ronda por aquí..., borrachos, ladrones, degenerados... Vení, te acompaño al restaurant y te quedás allí esperando que tu madre termine de trabajar.

Federico quisiera escapar pero la mano pesada de ese hombre muy alto permanece firme en su hombro. Empiezan a caminar lentamente hacia la calle.

La voz del desconocido se vuelve cada vez más cordial.

–No hay que tener vergüenza de ser provinciano. Tu pelo renegrido, tus ojos como carbones... Deberías sentirte orgulloso. Sos un argentino auténtico, no uno de esos rubios, hijos de inmigrantes llegados quién sabe de dónde, que se quedaron cerca del puerto, listos para escapar en cualquier momento...

Federico lo escucha sin entender del todo lo que oye. El hombre habla de la patria, de tradiciones que el interior del país conserva y la capital olvida, de raíces, de la herencia de la sangre. Han salido a la vereda, donde la gente sigue abriéndose paso a los empujones, sin disculparse, como dominados por una fuerza ajena. Federico se da cuenta de que el desconocido lo está conduciendo en dirección opuesta a la del restaurant, hacia esas estaciones vecinas que no se parecen a la que han dejado: arquitectura humilde, galpones apenas, donde funcionan líneas de ferrocarril menos importantes. No dice nada pero, en el momento en que se detienen para dejar paso a un automóvil, se desprende de esa mano que, ya segura, ha cambiado su firmeza por una palmada afectuosa. Corre con toda la fuerza de sus piernas en sentido contrario, más allá de la gran estación, esquivando los automóviles que pasan

sin detenerse por la avenida e insultan al niño que podría provocar un accidente con su imprudencia. Sin mirar hacia atrás, se dirige a la avenida que más adelante será el paseo Colón. No puede explicarse por qué, pero intuye que el desconocido no lo va a perseguir.

Cuando su madre llega a la pensión, horas más tarde, lo ve dormido como siempre, despatarrado en ese angosto balcón que pocos años más tarde le resultará estrecho. Esta noche Federico no necesita fingir: el sueño lo ha derribado inmediatamente, y ni la primera luz del sol ni la brisa fresca de la mañana podrán despertarlo, solamente su madre cuando con un beso lo llame a desayunar.

Ella se desviste en la oscuridad y pocos minutos después también duerme. No sabe que en el aluvión de imágenes caóticas que pueblan el sueño de su hijo aparece una mujer, sentada ante la mesa de un restaurant, en la mano un vaso de alcohol límpido como el agua, esperando el momento de embarcarse en peripecias novelescas muy distintas de las que alguna vez vivió la madre del niño que duerme, las únicas que puede concebir un niño cuya visión del mundo ha sido formada por tantas tardes en el cine Cecil y una hora en la estación Retiro.

Para ella el restaurant se ha convertido en un refugio, así como el Cecil lo es para su hijo. Cada día retrasa un poco más el momento de volver a la pensión. Una noche en que la conversación le resulta aún más ajena que de costumbre, se distrae observando a los pocos clientes que se demoran ante un resto de *Strudel* o dejan enfriar su café. Entre los hombres que ocupan la mesa de un rincón poco iluminado, cree reconocer, apenas envejecidos, los rasgos del médico idealista que había admirado de lejos en el campo. El pelo tiene ahora un color que no es el recordado, y un bigote también nuevo encubre el labio superior, tan fino y severo; pero tras observarlo un momento ya no tiene dudas: es él.

Lo verá a menudo, en el mismo rincón, casi siempre en

medio de un pequeño grupo. Llega una noche en que se queda solo tras la partida de los hombres que han compartido su mesa. Parece pensativo ante un vaso de schnaps, y ella se anima a acercársele.

–Entschuldigen Sie, Herr Doktor…

Un relámpago de algo que podría ser miedo enciende brevemente la mirada del hombre, pero su expresión adquiere inmediatamente una dureza que no parece fácil de conmover. Sin una palabra, con un movimiento de cabeza señala la silla desocupada frente a él. Ella no espera ningún saludo, ninguna sonrisa para lanzarse a confesarle, atropelladamente, el recuerdo emocionado que guarda de él, la tristeza de no haber merecido ocupar un puesto de asistente a su lado, la admiración por los experimentos que permitían, con una simple inyección de productos químicos en la córnea, cambiar el iris sombrío de los ojos de los gitanos por matices de celeste grisáceo. Sonríe cuando evoca a la familia de enanos rumanos, esa orquesta cuyos números humorísticos, antes de la guerra, habían recorrido con éxito circos y music-halls desde Budapest hasta Belgrado. El doctor los había protegido cuando fueron internados en el campo: los eligió como objeto de estudio para comprobar, gracias a su anormalidad congénita, las variaciones de las leyes de la genética.

Él la escucha silencioso. Su expresión no delata halago ni rechazo. Cuando finalmente habla, lo hace en español, un español lento, laborioso, en cuya entonación ella reconoce, perfectamente conservado, un acento bávaro que en el dueño del restaurant han borroneado los años, la conversación con alemanes de otras tierras del Reich y la frecuentación del español; y ante los bávaros ella nunca se ha avergonzado de su propia entonación vienesa, ese canto que no ha podido corregir a pesar de las imitaciones burlonas de los camaradas del ejército.

–Disculpe que le hable en español. Entiendo perfectamente el alemán, pero lo hablo mal. Se lo oía a mis padres, que perdí hace muchos años. Me conmueve que usted recuerde con tanto afecto, con tanto aprecio, a ese

médico. Pero yo no soy la persona que usted ha creído reconocer.

Ante la incomprensión, la decepción que advierte en ella, el hombre cree necesario seguir hablando, aunque es evidente que hubiese preferido que la conversación terminase allí.

–Pasaron años, tal vez no tantos, pero años que fueron muy duros para todos los que debimos abandonar la patria. La gente no sólo cambió físicamente y envejeció antes de lo debido; también el sufrimiento psicológico ha dejado huellas en las caras... Quién sabe si esos cambios no me han hecho parecido a ese médico que usted creyó reconocer en mí... –Le toma una mano, la aprieta con una intensidad ajena a la suavidad del tono en que habla–. Si me permite un consejo, le diría que no comparta esos recuerdos con desconocidos. Lo que usted ve con justicia como experiencias científicas con fines humanitarios son consideradas por otros como crímenes, torturas injustificables, actos inhumanos. No necesito repetir algo que usted seguramente sabe, que todos hemos aprendido con dolor: la historia la escriben siempre los vencedores. Quién sabe..., algún día surgirá una generación más objetiva, sin los rencores ni los intereses que todavía gobiernan la opinión pública... Hasta que llegue ese momento, es mejor callar.

Un largo silencio sigue a estas palabras. Ella no se atreve a hablar. El hombre lleva a sus labios la mano que apretaba y la besa, luego sonríe brevemente, se pone de pie y deja el restaurant.

En la confusión que la domina, ella querría encontrar las palabras justas para expresar lo que siente; pero ni siquiera está segura de lo que siente: desencanto, sí, pero también certeza de no equivocarse, deseo de compartir con alguien un recuerdo, un afecto, un añico de ese pasado que ha procurado relegar a un olvido tenaz sin llegar a cancelarlo.

Se ha quedado un largo momento ante esa mesa, hasta que el silencio empieza a pesarle. No tiene ganas de volver

a la pensión y sin embargo siente que nada la retiene en el restaurant. Se siente incómoda a pesar de los modales perfectos del desconocido, como si hubiese cometido una falta cuyo carácter sin embargo se le escapa... Confundida, se incorpora y en ese momento cruza por primera vez la mirada del dueño: aunque parece ocupado ante la caja, como todas las noches a la hora de cerrar, ha seguido el diálogo con atención. Ahora le dirige un cursivo *bis morgen*, sin sonreír.

En los días siguientes querrá volver al restaurant con la esperanza de ver al desconocido, aunque sabe que ya no se atreverá a hablarle; pero se avergüenza del impulso por el que se dejó llevar y posterga todas las noches la visita. Cuando finalmente se atreve, nadie ocupa la mesa poco iluminada del rincón. Es una noche cálida de septiembre, el aire tibio ya anuncia el verano. El bávaro la saluda parcamente y le ofrece sin una palabra el vaso habitual de Malteser Kreuz. Ella lo bebe de un trago y se despide.

Al cruzar la calle Maipú en la esquina donde la plaza San Martín termina al borde de Leandro Alem, un automóvil pasa a toda velocidad y la atropella sin detenerse.

4

Febrero de 1977

Los cuentos no se inventan. Se heredan.
E.C., *El rufián moldavo*

La cara de su madre no era la que él recordaba.

Nunca se había dejado fotografiar, ni siquiera aquella mañana en que un vecino les mostró, muy ufano, cómo funcionaba su Polaroid. Estaban en el parque Lezama, el paseo de los domingos, uno de sus primeros recuerdos. ¿Qué edad podía tener él aquella mañana?, ¿cinco, seis años? Durante un momento, el funcionamiento de esa cámara que escupía inmediatamente un cuadrado de papel brillante donde la imagen captada iba surgiendo ante sus ojos, en contacto con la luz, lo distrajo de las cúpulas azules de la iglesia ortodoxa de la calle Brasil. La fotografía lo mostraba solo, la mirada interrogante dirigida a un punto fuera de la imagen, a esa madre que había evitado la cámara.

–¿Qué pasa, mamá? ¿Sos como los indios? ¿Tenés miedo de que la fotografía te robe el alma? –le iba a preguntar unos años más tarde, riéndose, cuando ya se había comprado una cámara propia y había intentado retratarla con la glorieta del parque como fondo.

El rostro ahora impreso en un óvalo de esmalte, fijado a una lápida como el de tantos judíos enterrados en el cementerio de La Tablada, era el de la fotografía del pasaporte con que su madre había llegado a la Argentina, y es sabido que en esas fotos llamadas de identidad rara vez el rostro se parece al de la persona que, se supone, identifican, por lo menos tal como los conocieron quienes los recuerdan.

Federico, en cambio, tenía su foto, la foto de su propia cara, perfectamente reconocible, en un pasaporte uruguayo con un nombre que no era el que alguna vez figuró en sus documentos de identidad argentinos. Palpó mecánicamente, como cada tantos minutos, el bolsillo interior donde había guardado ese pasaporte, un bolsillo cerrado con un botón; aliviado, comprobó una vez más que no había

desaparecido.

No sabía, cómo podía saber, que la huida que en ese momento iniciaba, planeada atropelladamente, o improvisada sin verificar muchas informaciones prácticas, impulsado no sólo por el resentimiento, por una violencia que aún no era capaz de razonar, iba a reflejar, en sentido opuesto, como en un espejo, la que su madre había emprendido treinta años atrás.

Al salir del cementerio esperó el colectivo 126. A esa parada próxima a la terminal, pensó, no llegaría lleno y podría elegir un asiento trasero, justo detrás de la puerta indicada para bajar: de allí era posible vigilar al conjunto de pasajeros que, cuando llegasen a la avenida General Paz, ya habrían colmado gradualmente la capacidad del vehículo; al mismo tiempo podía observar por la ventanilla si, entre quienes subían en las paradas, detectaba a algún sospechoso. La ventanilla también le permitía estudiar a los automóviles que circulaban en el mismo sentido: alguno de ellos podía llevar la chapa cubierta, cruzarse en el camino del colectivo antes que sus ocupantes, armados, vociferantes, lo abordaran y pidieran documentos de identidad. Es cierto que le correspondía al conductor abrir, desde su tablero, la puerta trasera para el descenso, pero confiaba en que su pedido, si lo hacía apenas detenido el colectivo, segundos antes del abordaje, suscitase no ya un gesto de solidaridad espontánea sino un mero reflejo. También confiaba en sus piernas para huir en el zigzag que hace difícil apuntar con precisión.

Repasaba mentalmente las etapas del itinerario que había elegido. Bajaría en San Juan y Jujuy, allí tomaría un taxi hasta la estación de ómnibus de Plaza Once, donde compraría un pasaje hasta Corrientes, y en Paso de los Libres cruzaría el río Uruguay hacia Brasil, mezclado entre las máscaras que cubrirían el puente, bailando y cantando en esas noches de carnaval.

Eran las once de la mañana. A esa hora la bomba ya

debía de haber explotado.

Por momentos se distraía de la vigilancia que se había impuesto. Sonriente, se perdía en una especie de cinematógrafo mental: veía las ruinas del departamento, refugio transitorio, redacción clandestina del periódico de quienes hasta unos días antes habían sido sus compañeros; también la perplejidad de los servicios parapoliciales y, mayor aún: la del movimiento al que había creído pertenecer. Para éste, la hipótesis de la traición no tardaría en imponerse; para aquéllos, la explicación sería un descuido durante el armado del explosivo. De figurar en una lista de los parapoliciales, su nombre sería el de los documentos que había quemado; los compañeros, en cambio, no tardarían en cobrarse la traición haciendo llegar a la policía el nombre fraguado para el pasaporte uruguayo, el documento con que hubiese debido protegerse en alguna provincia lejana de la capital.

Pero bastaba que un vehículo del que no llegaba a ver la chapa pareciera pegarse al itinerario del colectivo, o que subiera un pasajero con aspecto vigilante y expresión alerta, para que se disiparan hipótesis y peripecias imaginadas, para que una vez más palpase en el bolsillo interior el pasaporte que, por lo menos en un primer tramo, debería protegerlo.

Creía entender por qué lo habían elegido para llevar a la mesa del festejo en el Departamento Central de Policía un paquete envuelto en el papel de una conocida repostería, coronado por una cascada de cintas doradas. No se trataba solamente de su aspecto anodino, de su mirada tímida, de esas facciones casi pueriles que había escondido desde la adolescencia detrás de una barba espesa y ahora lucía bien afeitadas para la huida. Si el operativo fallaba, si no podía escapar antes que la bomba explotase, su vida, se había enterado, se consideraría dispensable; se lo había oído murmurar a su mando inmediato ante una compañera.

Pero le faltaba mucho para llegar a las razones profundas de su traición. Acaso nunca iba a llegar, si es que eran razones, accesibles por lo tanto a la razón, y no una

casi inextricable confusión de emociones e impulsos.

«Dispensable»...

La palabra lo había acompañado en los tres días anteriores a la misión, esa mañana durante la visita de despedida a la tumba de su madre, y la repetiría el ronroneo del motor del ómnibus que tomó en la terminal de Plaza Once, rumbo a Corrientes. De allí pasaría a Brasil, de Uruguaiana iría a Porto Alegre en ómnibus, y en el aeropuerto de esa ciudad tomaría un vuelo hacia Europa... Pero antes debía llegar.

Un pasajero de lentes oscuros le despertó sospechas; lo observó con disimulo, siguió sus movimientos, intentó sorprenderlo en el momento de dirigirle una mirada furtiva, pero todavía no había llegado a una conclusión cuando el hombre se apeó en Directorio antes de llegar a la avenida San Juan. Más adelante, una motocicleta que había volcado en la esquina de Boedo, el cuerpo inerte, ensangrentado del conductor y la ambulancia estacionada a su lado entorpecían el tráfico... ¿Se trataba realmente de un accidente? El pasaporte que cada tanto palpaba supersticiosamente, ¿sería todavía fiable? ¿Hasta cuándo?

«Dispensable»...

En un primer momento no había entendido el sentido de esa palabra poco frecuente. Más tarde, ya en Europa, iba a intentar entender los motivos de su acción, o inventarse un argumento que diera sentido a sus actos; entonces sentiría latir, muy lejos, humillaciones y miedos infantiles, pero apenas avanzaba unos pasos por esa senda volvía la risa de Mariana, la compañera de la facultad que lo llevó, gradualmente, hacia una militancia que para ella era apenas una aventura más y a él se le aparecía cargada de una urgencia que obedecía sin llegar a comprenderla plenamente.

–Mirá que sos cliché… Freud siempre va a ser la primera coartada al alcance de un judío de clase media.

El taxista que lo dejó en la plaza Once entonaba *Soy de fuego* a dúo con Raffaella Carrà; el equipo sonoro primitivo deformaba la voz de la cantante, que sonaba como un eco

lejano de la del hombre que la seguía. Adherencia inexplicable de la música banal: Federico iba a tararear esa melodía, a canturrear esas palabras durante gran parte de su viaje.

Miraba por la ventanilla, que se iba cubriendo de una capa fina pero tenaz de polvo: el paisaje de campos verdes, ondulados, ajeno a la monotonía de la llanura, era nuevo para él. Lo miraba pero apenas lo veía: lo borraban imágenes fugitivas que pasaban por su memoria, desechos de su vida reciente, rostros, gestos, proclamas reiteradas con satisfecha mansedumbre («Sólo el socialismo nacional y latinoamericano garantizará a los trabajadores la participación en el poder», «El único medio para construir la Patria Socialista es el compromiso armado y la militancia revolucionaria en diferentes roles») o vociferadas histéricamente: «Atención, atención, toda la cordillera va a servir de paredón», «Cinco por uno, no va a quedar ninguno». En ese aluvión de consignas en que se había convertido su vida no había habido lugar para ningún afecto personal, para ningún pensamiento, ningún momento ajeno a lo público. En él sólo regían directrices, y toda pregunta que pudiese cuestionarlas quedaba excluida.

No podría decir si fue en Entre Ríos o ya en Corrientes cuando vio por primera vez, a ambos lado del camino, tierra colorada. Había oído hablar de ella, pero la información había quedado archivada en algún casillero no frecuentado de su memoria: Federico era un animal de ciudad, todo lo relativo a la naturaleza le resultaba ajeno, unas veces pintoresco, otras siniestro. También advirtió que la vegetación se había vuelto más tupida, indicio de que había quedado lejos la interminable sucesión de suburbios y ciudades aledañas de la capital.

Muchos pasajeros habían bajado en Concordia y los que subieron no alcanzaban a ocupar todos los asientos libres. Ninguno de ellos le despertaba sospechas. Sintió que el sueño poco a poco iba venciendo su vigilancia; sin

embargo, su mente seguía recogiendo, barajando restos del pasado inmediato, examinándolos como un arqueólogo ante los restos de una comunidad no identificada.

En algún momento de su obediencia había reconocido, en quienes todavía llamaba sus compañeros, que la fruición de matar con la bendición de una causa inapelable podía ser más fuerte que toda edénica visión de un futuro «justo y soberano», sometido por los «imperativos históricos del momento» a la autoridad puramente imaginaria de un líder moribundo y de su esposa ya difunta. Obedecer y hacer obedecer era la fruición castrense que inflamaba a esos jóvenes y menos jóvenes: para luchar contra las fuerzas armadas que usurpaban el poder, remedaban sus grados, acataban la sumisión vertical, se engolosinaban con una noción de patriotismo tan incuestionable a sus ojos como la idea de Revolución, ídolo sólo mencionable con mayúscula.

Él había intentado sin éxito contagiarse de esa fiebre. Para ser aceptado plenamente por compañeros cuyos modelos de conducta eran ex seminaristas o estudiantes de colegios confesionales, educación que su madre nunca hubiese podido pagar, Federico Fischbein debía demostrar su adhesión sin falla a la causa. Ellos eran, sin embargo, los más amistosos dentro de la militancia; nunca les había oído, por ejemplo, el estribillo de rima equívoca que canturreaban otros grupos: «dónde están los faroles, dónde están, en la sinagoga leyendo a Carlos Marx». Tuvieron que explicarle, no sin cierta incomodidad, que ese incongruente alumbrado público, que no sólo permitía leer sino que leía él mismo, y ese autor no menos incongruente en un templo poco hospitalario al materialismo, no designaba a ninguna lumbrera intelectual, sino a los miembros de un grupo militante, ahora unido al suyo, cuya sigla componían las letras F, A y R; el resto se explicaba porque el líder fundador tenía un apellido terminado en «insky».

Pero ¿acaso su esfuerzo por creer, por integrarse, por asimilarse, no era el mismo de esos compañeros, persuadidos por tenaces acrobacias ideológicas de que el líder senil, largo tiempo adulado hasta que finalmente los

rechazara, anciano menos inaccesible que Mao, más benigno que Pol Pot, era un legítimo mesías del socialismo? En el socialismo nacional, a cuya realización orientaban su militancia, no aceptaban reconocer la mera permutación de los términos del nacional socialismo.

Volvió a ver la expresión, a la vez amistosa e irónica, de Gastón, el mejor amigo de Mariana. Nunca aludía al movimiento sino con una abreviatura afectuosa de la palabra «organización»: la «orga». Federico no supo si como prueba de amistad o argumento proselitista, le había dicho, apoyando una mano fraterna en su hombro:

–¿Sabés cuántos moishes están con nosotros? Para la orga sos un argentino más. –Luego, dejando que la sonrisa le invadiese el rostro–: Las finanzas de la orga, son los tuyos quienes las manejan...

En varios momentos de ese viaje insomne el pensamiento de Federico se iba a detener en Mariana. Empezaba a entender que su frecuentación le había abierto una ventana a un mundo desconocido. Federico no leía novelas; por lo tanto, era incapaz de reconocer que ese descubrimiento es lo propio del enamoramiento, que siempre ocurre cuando surge y va tomando forma el sentimiento amoroso.

La había entrevisto en la facultad, una tarde habían compartido entre varios una mesa en uno de los bares frecuentados por los estudiantes de sociología. En un principio le llamó la atención por su lenguaje, donde sobrenadaban palabras eruditas y vulgares en estudiado o indiferente –nunca pudo decidirlo– vecinazgo; no era ésta la única contaminación que Mariana practicaba: era capaz de citar a Mao Tse-tung y a un modista parisién en la misma frase. Su libreta de direcciones tenía tapas coloradas y ella lo llamaba «mi pequeño libro rojo», antes de agregar, entre risas: «Mirá que son afrancesados ustedes..., hablan de un pequeño libro cuando entre nosotros todo el mundo diría librito... El idioma francés ignora el diminutivo,

nosotros no...». Federico había aprendido un poco de inglés en las ya lejanas tardes del cine Cecil, luego lo había estudiado hasta llegar, no sin esfuerzo, a leerlo; el conocimiento del francés le sonaba a afectación, a algo propio de un nivel social ajeno, peor aún: de una época pasada.

En Mariana, sin embargo, superado un momento inicial de mera curiosidad, todo lo que en otros podía irritarlo empezó a parecerle encantador. La simpatía declarada de la flamante amiga por las luchas en que Federico muy pronto se enrolaría no le impedía ironizar sobre las convicciones apasionadas de que se jactaban tantos compañeros de estudios. Tampoco le impidió, una noche en que asistían a una proyección clandestina de *La batalla de Argel*, película prohibida por la censura del momento, apoyar la cabeza sobre el hombro de Federico y una mano en su rodilla, como si estuvieran en un cine y no en una reunión donde el film era sólo el pretexto de un debate, todo ello en lo que se pretendía un seminario ilustrado sobre organización de guerrilla urbana. Una mañana se presentó a rendir examen de Teoría Política con la cabeza cubierta por una *kufiya* al uso palestino, que no se quitó hasta terminar su exposición; el gesto perdió mucho de su impacto porque coincidió con la ausencia del profesor titular, un sionista notorio, reemplazado ese día por un asistente que, deseoso de proteger su carrera académica de los vendavales que suponía próximos, no hizo comentario alguno sobre ese tocado. Mariana, creyó entender Federico, estaba siempre de paso, de visita: en sus estudios, en sus ideas, en sus afectos.

Adormecido por el movimiento regular del ómnibus, reconstruyó con los ojos cerrados el cuerpo de Mariana. Era delgadísima pero tenía pechos fuertes, firmes, apreciables bajo la tela delgada de una remera veraniega o de una camisa de hombre que llevaba con dos, a veces tres, botones desabrochados con astucia. Aunque no era alta tenía piernas largas y las cubría, cosa insólita en una joven de su edad y su tiempo, con medias de color humo o

habano que realzaban su esbeltez. Mecía el pelo largo, castaño rojizo, con movimientos que a Federico se le antojaban espontáneos aunque más tarde ella iba a revelarle que sólo un corte de pelo muy estudiado permitía la soltura de ese movimiento que siempre terminaba en un despeinado sin defecto. Ante sus ojos, todo lo relativo a Mariana estaba impregnado de ese misterio leve pero tenaz que la distancia social puede conferir a una persona sin secretos.

Una noche ella lo invitó a cenar (decía «comer») a casa de sus padres. Federico llegó cohibido al piso del Barrio Parque, pero la soltura en el trato, la familiaridad con que los padres de Mariana lo recibieron disiparon muy pronto su incomodidad. Fue en la mesa, cuando se les unió el hermano de Mariana, donde pudo comprobar en ese muchacho de su misma edad la distancia que separaba la ropa que usaban: la polera lisa, clara, del recién llegado lo hizo avergonzarse de la trama apenas llamativa de la camisa que él había elegido para la ocasión; sus propios pantalones color marrón oscuro, con la raya bien planchada, le parecieron ridículos frente a los jeans gastados que el hermano lucía displicente. Más tarde, ya solos, entre un beso y una caricia que procuraban proteger una susceptibilidad que el consejo podía herir, Mariana iba a murmurarle: *«Never brown after six»* y, por las dudas, traducir: «Nunca te pongas nada marrón después de las seis de la tarde».

Recordó la primera vez que ella lo llevó a la cama. Las iniciativas fueron todas de Mariana y Federico obedeció, sorprendido ante su propia docilidad, ante la falta de esa impaciencia que había marcado todos sus anteriores encuentros con mujeres. Cuando finalmente descargaron el deseo, Mariana lo besó con una sonrisa: «Mirá que tardamos en llegar a conocernos...».

Con Gastón, Mariana tenía un vínculo fraterno, de afecto, de camaradería. A Gastón no le interesaban las mujeres y, lejos de ocultarlo, había convertido esa condición en motivo de sobrentendidos y sonrisas cómplices

que intercambiaba con su amiga. Fue gracias a la frecuentación de Mariana que Federico aprendió que esa particularidad, que él siempre había juzgado vergonzosa, podía ser motivo no ya de indiferencia sino también de cierta ironía compartida ante usos y costumbres.

No fue la única novedad que, guiado por su amiga, iba a incorporar a su aprendizaje del mundo.

Si muchos compañeros de estudios habían llegado a la militancia por el marxismo, Federico no tardó en entender que, en medio de la confusión que palpitaba en aquel momento de alianzas paradójicas y complicidades precarias, Mariana lo había llevado por un camino menos frecuentado.

Un fin de semana, sus amigos lo invitaron a la estancia de una familia amiga de ellos. Al escuchar el doble apellido de tradición nacionalista, Federico no pudo evitar cierta aprensión; pero la curiosidad fue más fuerte y aceptó acompañarlos, sobre todo porque la excursión tenía un propósito didáctico: también estaba invitado, y daría una conferencia, un personaje que Federico nunca había oído nombrar y del que Gastón le refirió las peripecias que habían terminado llevándolo a la Argentina.

Para protegerse del sol de diciembre, el asado fue servido bajo el alero de la galería. Los dueños de casa, elegantes sin afectación, campechanos, recibieron a Federico con la cordialidad reservada para un amigo de Mariana y de Gastón: al rato, el temor asociado con su apellido doble ya se había esfumado de la conciencia del huésped y cuando éste fue presentado al invitado de honor pudo estrecharle la mano sin vacilación: tenía ante sí a un hombre pulcro, sonriente, que resultó más joven de lo que Federico esperaba, no más de unos cincuenta y cinco años. Se tuteaba con los anfitriones y era evidente que los unía una confianza sólida, tal vez una vieja amistad. Federico observaba a ese personaje que había suscitado, más allá de su curiosidad, la impresión de hallarse ante un testigo, aun

un actor sobreviviente de esa historia sólo conocida a través de los libros y el cine. Descubría a un individuo sin rasgos excepcionales: comía con gusto las achuras que llegaban a la mesa, vaciaba el vaso de vino regularmente llenado. Bien educado, dirigía la palabra alternadamente a cada uno de los comensales, sin permitir que un tema de interés particular invadiera la conversación.

Se trataba, Gastón le había explicado, de un refugiado francés de la inmediata posguerra: lo que en su momento se había llamado un colaboracionista. Durante esos últimos meses de la guerra que siguieron a la liberación de París, cuando el mariscal Pétain y el primer ministro Laval eligieron refugiarse en Sigmaringen, este personaje, libretista de programas de propaganda en Radio París y militante de la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo, había elegido tomar distancias con esos «blandos»; vestido con el uniforme de la Waffen-SS y junto a varios compañeros de armas, «puros y duros» todos, había preferido refugiarse en una estación termal de Baden Wurtenberg donde crearon una emisora que arengaba a los franceses –sin éxito: pocas semanas bastaron para demostrarlo– incitándolos a resistir a «la ocupación angloamericana».

¿Qué había sido de él después de mayo de 1945? Una cortina de niebla, admitió Gastón, cubría el paréntesis de tres años entre la capitulación del Reich y la llegada a Buenos Aires del invitado.

–Podrán acusarlo de muchas cosas, menos de oportunismo –observó Mariana entre dos bostezos, mientras el automóvil de Gastón dejaba el camino pavimentado para internarse en uno de tierra.

La conferencia fue más bien una charla informal, *une causerie*, previno el dueño de casa, en un paso inexplicado al francés. El huésped hablaba un castellano evidentemente aprendido en el Río de la Plata, sin huella del acento español que Federico había oído en otros europeos. Anunció que el tema que iba a desarrollar era el «retorno a la tierra» promovido por el Orden Nuevo del mariscal

Pétain y la consiguiente formación, moral y política, de un «hombre nuevo».

Explicó que, lejos de ser una idea condenada por la derrota, menos histórica que bélica, del régimen de Vichy, se trataba del eje donde convergían los grandes movimientos ideológicos del siglo. Pétain se había anticipado a Mao y a Pol Pot, que más tarde también iban a erguirse contra la cultura falsa, decadente del mundo moderno, ese mundo urbano, industrial, terreno donde hunde sus raíces el capitalismo. Porque era el capitalismo, con su libre circulación de bienes y de ideas, con su individualismo, el enemigo principal de toda idea redentora, nacional y socialista, ideas que exigen disciplina y colectivismo para realizarse. En Francia el «retorno a la tierra» se había intentado con armas demasiado civilizadas, por lo tanto débiles; en China ya se había hecho, y en Cambodia empezaba a realizarse por esa fecha, con una eficacia sin sentimentalismo, acaso brutal pero que justificaría el curso de la historia.

Federico no se atrevió a intervenir en la discusión que siguió a la conferencia. Estaba desorientado por un análisis donde se comunicaban velozmente nociones que estaba habituado a considerar en oposición insalvable. Gastón, en cambio, parecía absorto en el debate y pedía precisiones menos ideológicas que informativas: si el conferenciante había leído a Scalabrini Ortiz y conocía la posible aplicación de sus ideas a la realidad argentina, o quién era ese Xavier Vallat que citaba a menudo.

Federico observó que Mariana se había retirado sin llamar la atención. La encontró en la cocina, revisando alacenas con la familiaridad de una amiga de la casa.

–Demasiada anécdota y poca praxis –dictaminó cuando advirtió la presencia de Federico.

Finalmente encontró una botella de vino tinto, sirvió dos vasos y le alcanzó uno a él. Federico le preguntó cómo había llegado al país, de qué vivía este personaje insólito.

–Los dueños de casa le consiguieron un permiso de «libre desembarco» para que inmigrase después de la

guerra. Hoy creo que es director de publicidad en L'Oréal.

Como para detener el aluvión de imágenes y palabras, Federico miró a su alrededor, buscando en el interior del ómnibus algo que distrajera su atención, indiferente ante la naturaleza. Del otro lado del pasillo dormía un hombre; había dejado en el asiento vecino el libro que hasta poco antes leía. Pensó que la lectura podía ayudarlo y, no sin antes murmurar alguna palabra, en caso de que advirtieran su gesto, tomó el libro. Se trataba de una novela, género que nunca lo había atraído más allá de algún policial, regalado apenas leído; era, además, un volumen grueso, cuya tapa ilustrada anunciaba personajes y decorados de otros tiempos.

Buscó el principio y leyó: «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la edad del saber, era la edad de la locura, era la época de la fe, era la época de la incredulidad, era la estación de la luz, era la estación de las tinieblas, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación, teníamos todo ante nosotros, no teníamos nada ante nosotros...». Lo asaltó un estremecimiento distinto del miedo. Cerró el libro como si en sus páginas acechara un peligro.

Trató de recordar si conocía gente que leyera novelas. Mariana no. Ante la mesa de saldos de una librería de la calle Corrientes, la había oído declarar que para ficciones tenía el cine y se sintió halagado por esa coincidencia con sus propios hábitos de adolescente. Gastón, en cambio, una vez mencionó las novelas de una escritora de éxito, de apellido distinguido: explicó que las leía para reírse, porque la autora era tía suya y lo que escribía era para tilingos.

De algún modo, sin haberlo nunca analizado, Federico sentía que la lectura de obras de ficción no era algo sano; sabía que algunos compañeros leían a Cortázar, otros a García Márquez, y que eran escritores «con el corazón donde debía estar», pero le costaba internarse en mundos imaginarios, y cuando lo había intentado abandonó el

esfuerzo necesario muy pronto, con cierta irritación por el tiempo que le había dedicado. Las novelas policiales, leídas y desechadas inmediatamente, cumplían una función de distracción casi higiénica, como esos primeros, tardíos acoplamientos con algunas compañeras de facultad muy emprendedoras: después de un primer servicio rápido, las había evitado; muy pronto ellas habían abandonado todo intento de reanudar la relación y ya no le dirigían la palabra.

Pero ese primer párrafo leído casi distraídamente, puesto a su alcance por el azar, lo inquietaba. Volvió a mirar la tapa: *Historia de dos ciudades*. El nombre del autor era inglés. ¿Cómo era posible sostener contradicciones sin resolverlas, sin intentar descubrir dónde estaba la falla de razonamiento que les permite aparecer simultáneamente como ciertas?

Esas preguntas se iban instalando penosamente en su conciencia; al mismo tiempo, empezaba a sentir de una manera confusa, aunque sin atreverse a permitir que llegase a la superficie de su pensamiento, que lo leído era cierto, que hablaba del tiempo que le tocaba vivir, de sus propias ideas y sentimientos. Y lo hacía de una manera en que no lo habían hecho los textos leídos en la facultad, menos aún algún seminario clandestino, donde tanto le había costado hacerse admitir, sobre táctica y estrategia de la lucha armada.

Cada tanto su pensamiento volvía, sin buscarlo, a su madre.

Tras el accidente, Federico vació el cuarto donde su madre se había instalado provisoriamente veinte años antes para llevar a él sus libros y su ropa. Frau Dorsch, emotiva, acaso senil, lo dispensó de pagar alquiler alguno; los pocos inquilinos que se resignaban al empapelado con manchas de humedad, al olor ya inexpugnable a pis de gato, comían fuera de la pensión, de modo que los servicios de su madre se habían vuelto superfluos; una provinciana silenciosa, de

mirada huidiza, tenía a su cargo una limpieza sumaria y las compras necesarias para la dueña de casa.

Federico volvió sin alegría al cuarto del que había deseado huir desde la adolescencia. Fue una decisión de sentido práctico: ahora le permitía ahorrar el alquiler que compartía con un compañero de facultad por un minúsculo ambiente cercano a la plaza Once. Regaló a Frau Dorsch la ropa de su madre y algunos enseres domésticos de utilidad dudosa; más de una noche, volvió a revisar cajones y el fondo de un armario en busca de algún indicio del pasado desconocido de esa mujer que a veces se decía Therese Feldkirch y que póstumamente no iba a poder desprenderse del Taube Fischbein. Entre las páginas del pasaporte, que necesitó para la partida de defunción y el entierro, había encontrado un recorte de diario; en uno de sus márgenes, en esa letra indecisa que reconocería entre todas, estaba escrito *«La Prensa*, 11 de septiembre de 1948». Lo leyó, como si pudiera esconder alguna revelación.

El titular anunciaba: LLEGÓ A DÁRSENA SUR UN VELERO ITALIANO PROCEDENTE DE TRIESTE. El texto consignaba que el velero *Asti*, matriculado en Venecia, había atracado el día anterior a las 14:30 horas frente al galpón número uno. Llevaba a bordo cinco pasajeros y nueve tripulantes. El capitán, de nombre Augusto Biagini, era el único de ellos que anunció su decisión de volver a Italia; los demás habían declarado su intención de radicarse en la Argentina y esperaban para desembarcar el permiso de la Dirección General de Migraciones. Se habían embarcado en Trieste el 10 de mayo y habían hecho escala en Reggio Calabria, Gibraltar, Tánger, Casablanca, Las Palmas, San Vicente de Cabo Verde, Recife y Santos. Los nombres de los cinco pasajeros eran Giulio Mirachi, Umberto de Villarini, Pasquale Zocca, Stepan Szibos y Carlo Bison; los dos últimos nombres habían sido subrayados por el mismo lápiz que anotó el nombre del diario y la fecha.

¿Qué le decía ese recorte en apariencia banal? ¿Por qué su madre lo había subrayado y guardado dentro de su pasaporte? ¿Había conocido a esos dos individuos, había

intentado ponerse en contacto con ellos, conocía algún secreto de su pasado y había esperado obtener algún provecho? La posibilidad de que su madre intentara una extorsión le pareció cómica. ¿Y si uno de esos hombres fuera su padre?

La imaginación ociosa lo llevaba al ámbito de esas novelas policiales que había leído y despreciado. Buscó en la guía telefónica los nombres subrayados y no los halló. Se quedó mirando durante un largo momento el rectángulo de papel amarillento antes de estrujarlo y echarlo a la basura. Se dijo que nunca se enteraría de lo que ese recorte había significado para su madre; solamente comprobaba, una vez más, que sabía muy poco, casi nada, de quién había sido Therese Feldkirch o Taube Fischbein.

Una amenaza de lluvia latía en el aire de esa noche de sábado, la primera de carnaval. El calor parecía subir de las aguas perezosas del río como un vaho húmedo, pegajoso, para insinuarse entre las dos filas de palcos montados a ambos lados de la avenida Valle; había empapado las guirnaldas de papel crêpe, que colgaban desganadas a pesar de sus colores vibrantes, y ya atacaba las altas figuras de cartón pintado con aerosol que coronaban los palcos, donde los colores amenazaban con chorrear sobre las sonrisas del rey Momo y de algunos personajes del folklore guaraní cuyo nombre Federico ignoraba. Esos palcos se habían ido llenando desde las últimas horas de la tarde. Su público, aunque no estaba disfrazado, parecía decidido a participar en los festejos, a veces con un simple antifaz o un sombrero de fantasía; en las manos, bolsas de papel picado y rollos de serpentinas esperaban el momento de intervenir.

Sentado ante una mesa en la vereda del bar Monte Carlo, el hombre fatigado por el trayecto en ómnibus desde Buenos Aires degustaba lentamente un helado sin tantas pretensiones. En el baño del bar, ante un espejo deslustrado, con el jabón sintético de un envase atornillado a la pared, se había afeitado con agua fría y se había

refrescado el torso transpirado; luego se había cambiado la camisa por una limpia. La hoja de afeitar la guardó en el bolsillo del pantalón, la camisa usada quedó en el tacho de residuos: para no llamar la atención de los guardas de ambos lados de la frontera, no quería cruzar el puente con equipaje. Debajo del pantalón, en un bolso de tela livianísima atado alrededor de su cintura, guardaba los dólares que había ahorrado sin destino preciso, acaso sólo para eludir las endémicas devaluaciones e inflación del país. Ahora deberían pagar su llegada a un refugio seguro.

A medida que la luz del cielo pasaba de un azul cada vez más sombrío al negro, las luces de la avenida aumentaban su intensidad, creaban la ilusión teatral de un día más luminoso que cualquier mañana de verano: anunciaban la inminente llegada de las comparsas tradicionales de la ciudad, que cada año competían en invenciones, carros alegóricos y muchachas apenas cubiertas por plumas y lentejuelas.

Federico tenía en la mano una careta de payaso. Se le había ocurrido llevarla colgando sobre el pecho, para así eludir posibles sospechas ante un rostro cubierto y al mismo tiempo distraer, mediante ese signo de participación en la fiesta, del rostro afeitado, del pelo aclarado que coincidían con la foto de su pasaporte uruguayo, si es que los «compañeros» ya hubiesen comunicado a los servicios de inteligencia su nueva identidad. Durante el viaje había pensado que, una vez iniciado el corso, le bastaría con mezclarse con uno de los grupos que cruzasen el río hacia la orilla brasileña. Apenas llegado a la ciudad, se había acercado al Puente Internacional para observar la posición de los puestos de vigilancia. Sorprendido, humillado, comprobó su error: el río Uruguay era en ese lugar mucho más ancho de lo que había supuesto. A lo lejos, en la orilla brasileña, divisó dos altos monolitos, uno con la bandera celeste y blanca, el otro con la verde y amarilla. Cruzaban el largo puente todo tipo de vehículos pero ningún transeúnte, ninguno de esos grupos de gente disfrazada, cantando y bailando, que sus deseos le habían llevado a

imaginar. Se dirigió, vencido, a la mesa del Monte Carlo.

Como para perfeccionar la derrota, también comprendió que las agrupaciones locales no cruzarían el puente. El llamado corsódromo se limitaba a la avenida Valle. Del lado brasileño, Uruguaiana celebraría el carnaval con un desfile propio. Tras un momento de indecisión volvió a la cabeza del puente. Al rato vio avanzar desde la orilla brasileña un camión abierto sobre el cual cantaban a todo pulmón unas treinta personas de cualquier edad. El camión no fue detenido por los guardias: a su paso, saludaron sonrientes a los vecinos que venían a compartir los festejos de Paso de los Libres. Aunque nadie hacía en ese momento el trayecto inverso, Federico sintió renacer cierto tímido optimismo: iba a esperar a que esos mismos visitantes y, quién sabe, acaso muchos otros que habían cruzado el puente más temprano, emprendieran el regreso a Uruguaiana. Podría pedirles un lugar en el camión y mezclarse con ellos, pagando si fuera necesario, tratando (¿cómo?) de inspirar confianza, de evitar la suspicacia ante una conducta probablemente insólita.

De vuelta en la avenida Valle, vio avanzar a su encuentro una enorme águila cuyas alas desplegadas amenazaban con rozar al público exultante de los palcos. La tela engomada estaba sostenida por una estructura metálica, pero la articulación era tan hábil que el efecto de sus movimientos no era mecánico: parecía seguir el ritmo de la música, desperezarse, elevarse sin llegar a levantar vuelo. Un centenar de niños y muchachas, disfrazados todos de pájaros con plumajes sintéticos y enceguecedores colores químicos, avanzaba con pasos rigurosos, ritmados, detrás de esa águila monumental. Más lejos, sin una coreografía reconocible pero agitándose obedientes al ritmo de la música, se acercaban odaliscas en su mayoría adolescentes, niños enfundados en túnicas que simulaban las escamas de un yacaré, monstruos bonachones diseñados por algún juego electrónico, humildes payasos. Algunas personas no disfrazadas seguían con entusiasmo el desfile; se desplazaban manteniéndose respetuosamente en los bordes

de la avenida, sin pisar el centro de la calzada, reservado a las comparsas.

Federico se unió a ellos y sonrió a una desconocida que cruzó su mirada.

Poco después la volvió a ver al margen del corso.

Federico la observaba mecerse perezosamente. Atractiva antes que bonita, tenía ojos grises y labios gruesos, pelo largo, castaño oscuro. No estaba disfrazada y él creyó advertir, tras la desenvoltura superficial, un fondo de ansiedad en su alegría, la promesa de algo menos banal. «Cómo te enganchás con las neuróticas...», le había dicho un compañero cuando empezó a resultar evidente que no era insensible a Mariana, y Federico admitió, superado el rechazo ante la palabra clínica, que algo se ponía en movimiento en él cuando detectaba que una mujer no se llevaba demasiado bien consigo misma.

La desconocida bailaba ante Federico mirándolo a los ojos. Cada tanto se le acercaba hasta rozarlo con los pechos, riéndose, desafiante, y llegó a besarlo como al pasar, sin esperar que él correspondiera a ese gesto fugitivo. Permanecieron así, balanceándose frente a frente mientras cambiaba la música pero no el ritmo, intercambiando algún beso juguetón, contactos casi involuntarios pero ninguna palabra. Él la creyó brasileña hasta que la oyó hablar con un acento porteño inconfundible.

Dijo que se llamaba Ana y le preguntó en qué hotel estaba alojado. Él respondió que se había detenido en Paso de los Libres, camino de Uruguaiana. Ella pareció sorprenderse. Era «una coincidencia feliz», dijo: estaba trabajando en Brasil, a poca distancia de Uruguaiana: en Alegrete. Si él quería podía quedarse con ella...

Desconcertado por la desenvoltura con que la muchacha salteaba las etapas previsibles en una relación casual, Federico aceptó que estaba viviendo algo parecido a un sueño y se dejó distraer durante unos minutos de la urgencia por hallar una manera segura de cruzar el río. En

el breve tiempo que compartieron, no le pareció que Ana correspondiera a ninguno de los modelos que había conocido: no exhibía la displicencia, ese humor irónico con que Mariana abordaba sus propios sentimientos y convicciones, distancia o escepticismo donde él creía reconocer actitudes propias de una clase social superior; tampoco esa vulgaridad manchada de jerga psicoanalítica, con aliento a cigarrillo, típica de las chirusas de clase media que pululaban por la facultad. Se preguntó si esta chica habría fumado alguna sustancia vegetal de mejor calidad que las que él, ocasionalmente, sin entusiasmo, había probado.

Una hora más tarde, quizá dos –Federico había dejado de consultar su reloj–, subía con Ana a un autobús del servicio especial que cruza el río durante las noches de carnaval. Ella le apretaba una mano y, apenas estuvo sentada, acurrucada contra él, cerró los ojos. Federico puso una mano sobre su rodilla, luego le pasó un brazo sobre los hombros y también cerró los ojos. Repasó mentalmente el itinerario previsto: un ómnibus desde Uruguaiana a Porto Alegre, el avión desde allí hasta Barcelona, con escala en São Paulo. (Había decidido sacrificar una parte de sus magros ahorros para evitar el trayecto de Uruguaiana a São Paulo en ómnibus; en una agencia de viajes de Paso de los Libres había comprobado otra información no prevista: el trayecto por tierra tomaba dieciocho horas.) Sintió contra su mejilla el calor de Ana, su perfume. La promesa de la noche que lo esperaba en Alegrete era un regalo inesperado y aliviaría la incertidumbre de la huida.

Creyó que había dormido, pero acaso sólo habían pasado pocos minutos desde que se habían puesto en marcha cuando el autobús se detuvo bruscamente. Subieron dos hombres armados, vestidos de civil; sostenían de cada brazo a otro que parecía flotar dentro de su ropa: pálido, la mirada azorada, la piel adherida a los huesos hasta revelar la forma del cráneo. Dentro del ómnibus nadie intentó el menor movimiento. El silencio se hizo pesado. Los hombres avanzaban lentamente por el pasillo central, escrutando las

caras de los pasajeros; de vez en cuando se detenían brevemente ante alguien para luego seguir. Federico observaba el trayecto de los tres desconocidos intentando no demostrar inquietud, no perder una expresión somnolienta, aunque el sueño ya lo había abandonado; Ana, en cambio, con los ojos cerrados y la cara apretada contra el brazo de Federico, no parecía haberse despertado.

El grupo se detuvo ante ellos. Federico alzó la mirada y comprobó que los ojos del individuo macilento, no sabría decir si protegido o amenazado por las armas de los otros dos, estaban fijos en el rostro casi escondido de Ana. Federico no hubiese podido definir la expresión que nublaba la mirada del desconocido, pero era algo tan intenso, tan doloroso que iba a quedar impresa en su memoria como si hubiese estado dirigida a él. El hombre habló con una voz que parecía llegar de muy lejos.

–Perdoname, Laurita.

Los hombres armados, en cambio, hablaron con voz firme:

–Vamos, señorita. No les haga pasar un mal momento a los demás pasajeros.

Ana se incorporó, despierta, ágil como una deportista que espera el instante de iniciar su carrera, de dar un salto olímpico, y los siguió sin una mirada para Federico. Para ella, él ya había dejado de existir. El hombre que la había reconocido estaba llorando. El grupo bajó del ómnibus y el vehículo reanudó la marcha.

Durante algún tiempo, Federico también iba a recordar que no se atrevió a mirar por la ventanilla, una última vez, a Ana.

Muchos años más tarde, fue en una estación de ferrocarril donde por primera vez lo asaltó la idea, y acaso no por casualidad ocurrió en una estación fronteriza, precisamente al pasar del territorio francés al suizo en Basilea, donde los controles aduaneros y de pasaportes se hacen en una casilla en el extremo del andén, y el edificio

mismo está dividido en un sector francés y otro suizo. Surgió mientras los empleados de migraciones estudiaban con curiosidad su documento uruguayo. Al principio fue una ocurrencia caprichosa, casi una broma, pero se iba a adherir insidiosamente a su pensamiento para reaparecer con frecuencia, cada vez menos amable.

Si él había empezado una nueva vida con un pasaporte fraguado y un nombre falso, ¿tendría un origen semejante la foto irreconocible de su madre? Al principio la idea le hizo sonreír; más tarde, poco a poco, empezó a inspirarle cierto oscuro recelo. Prefirió no seguir esa pista, no enterarse, guardar una valiosa parcela de ignorancia. Pero no por ello la idea dejó de aletear en su mente.

Con el tiempo iba a recordar sus últimos años en Buenos Aires como si no los hubiera vivido, como si perteneciesen a un personaje de novela. La literatura, más bien la ficción que en algún momento de su juventud le había inspirado desconfianza, recelo, como todo lo que se le antojaba fuera de su alcance, no redimido por una utilidad práctica ni justificado por la higiene social, había pasado a ocupar un lugar central en su experiencia.

Recordaba el párrafo inicial de la novela leída por casualidad, en un ómnibus que avanzaba penosamente al borde de una tierra colorada como nunca iba a volver a ver. Luego habían seguido otras lecturas. En las memorias de un escritor vienés se enteró, incrédulo, de que en la Europa anterior a 1914 la gente podía viajar sin pasaporte. Más aún lo había impresionado *Bajo la mirada de Occidente*. La solapa del libro le informó que la novela había sido escrita en inglés por un marino polaco. En su prólogo leyó: «La ferocidad e imbecilidad de un gobierno autocrático que rechaza toda legalidad y se basa sobre una anarquía moral absoluta provoca la respuesta no menos imbécil y atroz de un movimiento revolucionario puramente utópico dedicado a destruir por cualquier medio, con la extraña convicción de que la caída de toda institución debería provocar un cambio fundamental en mentalidades y sentimientos».

Lo imaginario no sólo había llegado a iluminarle los

años confusos que había dejado atrás; le permitía entender un presente que ya no podía ver en negro y blanco, que se le presentaba en innumerables, engañosos matices de gris, pero siempre gobernado por mentiras no encubiertas. Y en ese presente Federico había aprendido a abrirse paso sin ilusiones sobre el personaje que ahora representaba. Negocios, que el periodismo de sus años juveniles hubiese calificado de turbios, y hoy lo eran menos que los tráficos no disimulados del régimen representativo, lo llevaban de un extremo a otro de Europa con pasaportes de distintas nacionalidades donde aparecía su foto sobre nombres ajenos. Él, que había sido criado fuera de toda tradición, educado sin fe, ni siquiera en el ateísmo, que desde la adolescencia había elegido como amigos, sin proponérselo, sólo por afinidad de humor y modales, a católicos nacidos en familias más bien tradicionales, él –tuvo que admitirlo casi riendo– se había convertido con los años en una encarnación posible de un personaje legendario. Conocía su nombre aunque ignoraba su trayectoria.

Ahasverus, Cartaphilus..., el judío errante.

Un diamantista de Amberes, para quien había hecho algunos transportes no documentados y de quien se había vuelto amigo a lo largo de los años, hombre de muchas lecturas y ocios, le había relatado algunas de las metamorfosis del personaje.

–No te dejes engañar por la historia reciente. El antisemitismo que en el siglo pasado hizo estragos en Europa fue elaborado doctrinariamente en Francia, en la segunda mitad del XIX. Y te puedo asegurar que si antes de la guerra del 14 le preguntaban a cualquier persona culta qué país europeo iba a organizar y llevar a cabo la mayor masacre de judíos conocida en la historia, no hubiese vacilado en contestar Francia, nunca Alemania... En *La France juive* de Drumont, un panfleto de la década de 1880, ya están los fundamentos de *Mein Kampf*... –Hablaba en español, un español donde sobrevivían giros arcaicos, restos de ladino que delataban su origen sefardí–. Pero muchos siglos antes de que fuera marcado como símbolo de peste,

de ignominia, el personaje del judío errante ya había sido tema de baladas y figura de estampas: desde la Edad Media. Su desarraigo, su errancia suscitaban curiosidad, aun compasión. Más tarde, desde el Renacimiento, innumerables testigos afirmaban haberlo cruzado en distintos caminos de Europa: lo que hoy llamarían leyenda urbana, sólo que aquélla había sido rural; nunca se lo veía en las ciudades, solamente errante por los caminos.

Federico lo escuchaba con inesperado interés. Cuando su amigo se entregaba a la disquisición histórica o literaria no era fácil hacerle cambiar de tema. En esta ocasión, en cambio, Federico no se impacientó. No lo impresionó demasiado que en *Poesía y verdad* Goethe hubiese anotado el argumento de un poema narrativo que lo tenía por personaje; despertó, en cambio, su curiosidad que el judío errante hubiese aparecido como una figura noble, encarnación del progreso y redentor de los pobres, en una novela popular, folletinesca, del francés Eugène Sue: *Le Juif errant*, relato imbuido de generosidad romántica y optimismo republicano, cuarenta años anterior por cierto al voluminoso panfleto de Drumont.

–Pero fue Drumont quien dejó la huella de alcance más largo. En Italia, hacia 1921, Giovanni Papini publicó una *Storia di Cristo* donde explicaba, diecisiete años antes que Mussolini promulgase las leyes racistas, que los judíos, fieles a aquel personaje sin raíces, convertido en el icono definitivo de su raza, se habían fabricado una patria en la circulación del dinero, en el tráfico de lo inasible, en lo que no tiene raíces. Pero mejor olvidemos al autor de *Gog* y pasemos a una literatura superior. Deberías leer un poco a tu compatriota, el ciego infalible; hace más de medio siglo escribió un cuento donde lo presenta sin mencionarlo, leyenda pura, liberada de toda escoria ideológica... –El diamantista se rió antes de concluir su exposición en una nota menos pedante–: Y, más cerca de nosotros, me atrevería a pensar que nuestro personaje ha alcanzado una redención definitiva, al aparecer como héroe romántico en *El amante sin domicilio fijo* de Fruttero y Lucentini...

Federico, insensible ante Borges, prometió en cambio leer esta novela. Leía todas las noches, una hora o dos antes de dormir. Y el sueño consiguiente se poblaba con imágenes y episodios que parafraseaban libremente esas lecturas. Las novelas policiales, consumidas rápidamente y desechadas en su juventud, habían cedido su lugar a una literatura sólo guiada por el deseo de internarse en dominios ajenos a su vida, donde sin embargo hallaba la explicación de ésta.

La conversación había poblado la sobremesa de una cena bien regada en la terraza de un restaurant de la Sint Antoniusstraat; se prolongó luego por calles vacías, silenciosas, que a Federico le resultaban acogedoras: Amberes era una de esas ciudades que le gustaba pensar como propias, acaso no secretas pero sí privadas, ciudades que no son metas del turismo masivo ni súbditos de la actualidad, ciudades donde la historia había ido depositando en repliegues ajenos a toda publicidad la huella de fortunas e infamias. Eran ciudades que había llegado a conocer por razones –le hacía sonreír designarlas con esa palabra– «profesionales» y a las que esas mismas razones lo hacían volver regularmente.

Al llegar a la puerta del hotel donde, como en tantos otros, Federico iba a dormir una sola noche, el diamantista ofreció a su amigo, como corolario de su disquisición literaria, una historia, acaso apócrifa, pero cuyo sentido parecía indiscutible.

–¿Conoces la réplica del muchacho judío que decide emigrar a América a principios del siglo XX? En el mísero *stetl* de Galitzia o Besarabia donde nació, su madre llora sin consuelo. «Hijo mío, ¿por qué te vas tan lejos?», se lamenta una y otra vez. El hijo, ya lejos de allí en el pensamiento, tal vez con un sentido innato de la relatividad, responde: «¿Lejos? ¿Lejos de dónde?».

Mientras espera el sueño, Federico Fischbein se distrae con la televisión, pasa de un canal a otro, de un idioma a otro. Se detiene en el programa de una cadena alemana: un

reportaje sobre un fotógrafo ruso, largo tiempo ignorado, al que el colapso de la Unión Soviética ha proyectado a la fama internacional: su trabajo ahora es expuesto en galerías de Nueva York, Amsterdam y París. Es un hombre casi anciano, que ha guardado un brillo juvenil, malicioso, en la mirada. Fue él quien tomó la fotografía de la bandera soviética plantada sobre el techo del Reichstag, icono de la derrota del nazismo, reproducido indefinidamente durante medio siglo. Cuando le dicen que las copias recientes de algunas fotos suyas («tiraje en plata sobre gelatina, autografiados: los hice en 1995; salvo la foto del Reichstag, que quedó en manos del ejército, nunca me desprendí de mis otros negativos») se venden por miles de dólares en las galerías especializadas de los Estados Unidos y de Alemania, asiente con una sonrisa y guarda silencio. ¿Recibe un porcentaje de esas ventas? ¿Se ha resignado a que la fama no le alivie la estrechez? ¿Ha habido otro tipo de transacción?

Pero el programa no se limita a la entrevista. Los periodistas han investigado la identidad de los soldados que aparecen en la imagen. Los testimonios se contradicen sin pausa: la bandera habría estado en manos del soldado Alexei Kovalyov, pero para halagar a Stalin se publicó que la sostenía un compatriota del líder, el sargento georgiano Militon Kantaria. Un republicano español exilado en la Unión Soviética, el teniente del Ejército Rojo Francisco Ripoll, se adjudica ese papel, pero se confunde al evocar las fechas y menciona la del 30 de abril, toma del Reichstag, y no la del 2 de mayo, declarada por el fotógrafo para su reconstrucción.

Un sobreviviente, Mihail Petrovich Minin, soldado en 1945, sostiene que fue él quien halló el lugar donde plantar la bandera: un agujero en la corona de la estatua de bronce de Germania. Surgen otros nombres: el de Stepan Andreyevich Neustroyev, comandante de veintitrés años en aquel momento, el de un coronel Zinchenko, el de un capitán Berest que habría hecho atar la bandera a una estatua de caballos de bronce con los cinturones de los

soldados. Los testimonios se acumulan, se impugnan hasta la insignificancia total.

Un detalle sobrenada ese magma. El negativo original ha sido retocado por orden del Comando en Jefe: en el primer tiraje, los dos brazos de un personaje identificado como el sargento Yegorov lucían varios relojes pulsera, signo elocuente del saqueo al que se entregaron los liberadores.

A principios de octubre, un resto del calor del verano se demoraba y sólo la prisa con que se extinguía la luz de la tarde anunciaba el otoño incipiente. Pocas horas después de haber llegado a Basilea, Federico estaba sentado ante una mesa de café a orillas del Rin cuando volvió a su memoria otra mesa de café, a orillas del Uruguay, y con ella volvieron el estrépito y las máscaras de una noche de carnaval, casi treinta años atrás.

En el recuerdo se modificaban incesantemente las imágenes y las palabras que la memoria había elegido conservar; las sensaciones del momento vivido ya estaban corrompidas, tal vez enriquecidas, acaso mutiladas, por experiencias, emociones y meras ideas que, como napas geológicas, habían ido depositando sobre ellas los años que lo separaban del momento recordado. Esa distancia recomponía los episodios del pasado, les otorgaba un sentido imprevisto: como el montaje cinematográfico desentraña significados nuevos, nunca definitivos, en las imágenes y palabras que manipula.

Su existencia trashumante y las actividades ligadas a ella habían terminado por borrar el resentimiento que, a la distancia, le despertaba la credulidad de su juventud. Ya no se llenaba de rencor retrospectivo al recordar al poeta borracho disputando el botín de un secuestro ni al militante en el exilio negociando con un represor un futuro político compartido. Ya no le hacía reír el exilado profesional, mantenido en Europa, en tiempos de un cambio benévolo llamado «plata dulce», por los alquileres de sus propiedades

en Buenos Aires, personaje que el «retorno a la democracia» había hecho inevitable en programas de televisión, solicitadas y comisiones de homenaje a desaparecidos.

Algunos de esos toscos títeres hoy gobernaban, envejecidos, domesticados, locuaces evocadores de un pasado heroico al que habían sobrevivido sin heroísmo; recibían premios, sonreían satisfechos en las páginas de los mismos diarios que tres décadas atrás habían apoyado a los verdugos de sus compañeros. Esos personajes, entendió Federico, no habían sido soñadores, siempre habían tenido los pies plantados muy firmes en la realidad. No habían terminado, como tantos de sus amigos, con un tiro en la nuca, echados a un basural suburbano, ni arrojados desde un avión a la corriente del río en medio de la noche. La suspensión de la incredulidad que él se había impuesto en años lejanos, el acatamiento de ideales redentores que nunca lo habían convencido..., todo le parecía pertenecer a otra vida, no a la suya: a la de un personaje menor de una novela apenas recordada.

¿Qué había sido de la muchacha que había dicho llamarse Ana y un desconocido había llamado Laurita?

La había visto entregarse sin resistencia a las órdenes de hombres armados, sin uniforme. Él, paralizado por el miedo, no se había atrevido a mirar por la ventanilla una vez que la bajaron del ómnibus. Hoy, sin embargo, la memoria culpable le había fabricado una imagen consoladora y él había terminado por creer que sí, que se había atrevido a mirar por la ventanilla, y ese recuerdo mentido le mostraba a Ana, con los ojos húmedos, dedicándole una última mirada antes de que la empujaran dentro de un automóvil sin chapa.

(La ignorancia puede ser un refugio piadoso: Federico nunca supo que a pocos kilómetros del puente que une Paso de los Libres y Uruguaiana, en la provincia de Corrientes, en una estancia llamada La Polaca, funcionaba un centro de detención del Ejército donde trescientos jóvenes terminaron anónimamente un combate en el que habían creído. Tampoco sabría que Gastón y Mariana, sus amigos de

juventud, reaparecían fotografiados todos los años en el matutino que acogía recordatorios de los llamados «desaparecidos».)

Emergió lentamente de recuerdos y reflexiones de los que nunca llegaba a desprenderse del todo. Con los años, esos momentos a solas, sin diálogo, casi siempre al final de la tarde, momentos en que dejaba vagar la atención vacante sobre un aspecto del paisaje o un motivo de la arquitectura, o la posaba sobre el aspecto de un transeúnte desconocido, o seguía la extinción de la luz vespertina en los tejados más altos, se habían convertido en su único, frágil reposo.

Consultó la hora, tocó con dos dedos el pasaporte que guardaba en un bolsillo interior del saco, como lo había hecho un lejano mediodía en Buenos Aires, despidiéndose para siempre de la ciudad donde había muerto su madre, cuando él iniciaba la huida que iba a convertirlo en otro hombre. Verificó que bajo el pantalón seguía bien abrochado el cinto donde guardaba la cantidad de dinero (insignificante en comparación con la que sería transferida de una cuenta suiza a otra) para unos pagos simbólicos de los que no debía quedar rastro. A la tarde del día siguiente, la misión estaría cumplida y él tomaría un tren hacia el sur: de la Suiza de habla alemana pasaría a la de habla italiana y se despertaría en Lugano, frente a un lago con palmeras en sus orillas y cimas nevadas a lo lejos.

Minutos más tarde llegaba al hotel donde le habían reservado una habitación. A un lado de la recepción bilingüe del Hôtel des Trois Rois, el Drei Könige am Rhein, lo esperaban estatuas de Gaspar, Melchor y Baltasar, portadores de regalos y deseos de buenaventura. Se detuvo a observar esas tallas de madera. Habían sido pintadas con colores vivos que el tiempo había suavizado; los años también habían borrado el gusto discutible de una iconografía que le recordaba ilustraciones en las tapas de esas latas de galletitas destinadas por su madre a guardar hilos de colores, trozos de cintas, agujas; en la terminación aproximativa, que buscaba otorgarles cierta pátina de primitivismo, el envejecimiento había producido un efecto

de dignidad: la de un artesanado modesto, pretérito.

Se sonrió al recordar que esos reyes, que en la leyenda habían sido guiados a través del desierto por una estrella benévola hasta llegar a un pesebre lleno de futuro, eran llamados «magos» en el país de su infancia. ¿Acaso porque dejaban un regalo sobre los zapatos de los niños, para que lo descubrieran al despertarse a la mañana del 6 de enero? Dentro de pocas horas, en vez de saludar el nacimiento del Mesías, velarían durante una noche el sueño profano de Federico Fischbein.

Antes de dormirse, miró desde la ventana las barcazas que surcaban perezosas el Rin, duplicando sus luces en el agua negra. Esa misma tarde, poco después de llegar a Basilea, había tomado un barco de excursión desde el cual había visto en las afueras de la ciudad las imponentes sedes de las firmas farmacéuticas cuyos negocios internacionales habían enriquecido los museos de la ciudad con algunos de sus tesoros más preciados. También había descubierto un modesto poste coronado por tres banderas rígidas, de metal esmaltado, plantado en medio del río; los colores de esas banderas señalaban a un lado el territorio francés; al otro, el alemán; enfrente, el suizo. El agua fluía sin obstáculos a su alrededor; en ella navegaban algunos cargueros de poca monta y pasaban, veloces, botes de remeros cantando en el tosco alemán del cantón.

Recordó una mañana de primavera, un domingo de sol en el parque Lezama. Su madre lo había alzado en brazos para que él pudiese beber el agua de un surtidor. Luego, sentada en un banco a su lado, mirándolo, acariciándole el pelo, había cantado en alemán, en otro alemán más melodioso. El niño que él había sido no entendió el significado de esas palabras. A lo largo de los años y los viajes se había familiarizado con varios idiomas y ahora hubiese podido entenderlas, pero aquellas palabras ya estaban perdidas para siempre.

5

Diciembre de 2008

Mutter, wessen
Hand hab ich gedrückt,
da ich mit deinen
Worten ging nach
Deutschland?

(Madre, ¿de quién era la mano que apreté,
cuando con tus palabras fui a Alemania?)
Paul Celan, «Wolfsbohne»

Apenas vio al hombre –cincuenta y pico de años, tres días de barba entrecana sin aspiración a coquetería juvenil alguna, un impermeable arrugado que parecía pesarle sobre los hombros, el aire de fatiga, más bien de descuido– supo que se acercaría, que le iba a postergar el momento tan esperado de cerrar. El Bistro Samowar era el único bar abierto a esa hora de la noche en la galería de la estación central de Dresde. Si gasta más de diez euros lo atiendo, decidió mientras respondía sin sonreír a su saludo.

El hombre pidió vodka. Ella no supo reconocer su acento extranjero, tal vez italiano, o rumano; en todo caso, no venía de un idioma eslavo, de eso estaba segura. Puso sobre el bar un vaso pequeño; después de llenarlo vaciló un instante y dejó al lado la botella. El hombre bebió el vaso de un trago y lo volvió a llenar sin consultarla. No será ruso, pero bebe como si lo fuera, pensó ella; me parece que podré cobrarle la botella entera. No tenía muchas y había elegido la más cara, un vodka finlandés. Por primera vez sonrió.

Dos africanos avanzaban con sus lampazos por la galería, anuncio de que la estación ya no esperaba visitantes.

–No creo que pueda seguir con el bar abierto a esta hora –explicó, sin saber muy bien si lo que pretendía era cerrar o simplemente hacerle pagar al hombre por la botella recién empezada.

–¿Cuál es el problema?

–Si pasa el supervisor, puede multarme.

–No se preocupe. Yo pago la multa.

Lo miró con atención: ¿ya estaba borracho o era un fanfarrón? Él continuaba hablando alemán, lentamente pero sin tropiezos:

–Tomé un tren polaco desde Cracovia, hubo un problema en la estación de Görlitz, no sé qué, y tuvimos

que esperar otro tren para continuar. Ahora perdí la conexión a Frankfurt. Voy a tener que pasar la noche aquí.

–Al salir de la estación, sobre la Pragerstrasse, hay varios hoteles de cadenas francesas. Nuevos y baratos.

Él no pareció captar la insinuación. Se sirvió otro vaso y con un gesto la invitó a acompañarlo. Ella titubeó un momento antes de aceptar. El hombre había girado la cabeza para observar el local y detuvo la mirada en el fresco que cubría la pared frente a la barra: recortada sobre un cielo azul intenso, una iglesia de cúpulas en forma de cebolla coronaba una colina cuyas laderas floridas descendían hasta la orilla de un río color turquesa.

–Eso parece Kiev. ¿El monasterio de Petchersk?

–No sé. Cuando abrimos, el concesionario trajo a un pintor para decorar el local. Lo trajo como trajo todas estas *mamushkas* y cucharas de madera pintada. También vino con el importador de vodka y cerveza rusa, y con la cocinera que prepara la *selianka* y el *kvas* caseros. Al pintor no lo volví a ver ni le pregunté qué había pintado. El concesionario quería darle carácter al lugar. Un bar tan pequeño, decía, en medio de tanta *fast food*, necesita atmósfera si quiere atraer clientes de otro nivel...

–¿Pasan muchos rusos por aquí? –El alemán del hombre era demasiado correcto, evidentemente aprendido–. Aunque hoy debería distinguir entre rusos, ucranianos, bielorrusos...

Ella se rió.

–Por mí no se moleste. Soy polaca y en algún tiempo todo eso fue parte de Polonia...

La sonrisa de él le pareció el recuerdo de una sonrisa.

–¿Todavía enseñan eso en las escuelas? ¿Muestran mapas de distintas épocas, señalan cómo se fueron encogiendo las fronteras de un país?

–¿Hoy? No tengo idea. Cuando yo fui a la escuela había que saltar sobre escombros para llegar y en invierno, en la clase, nos envolvíamos con mantas.

Él volvió a llenar los vasos, volvió a beber el suyo de un trago.

Estuvieron callados durante un momento que les pareció largo aunque no buscaran qué decir, como si la evocación, aun casual, del pasado hubiese despertado fantasmas que exigieran respeto, impusieran silencio, acaso los de aquellos cientos de miles de refugiados del Este que habían acampado en Dresde en febrero de 1945 huyendo del avance soviético, sólo para morir calcinados durante las veinticuatro horas de bombardeo anglonorteamericano que ninguna necesidad estratégica justificaba, cadáveres carbonizados entre las ruinas, destinados a putrefacción y peste, despojos que algún ser querido, ante la imposibilidad de darles sepultura, colocaba dentro de una valija para llevarlos consigo en la huida hacia el sur, en busca de algún rincón que los bombardeos no hubiesen tocado, y allí pudiesen hallarles un lugar en la tierra, aunque no fuese consagrada, y ahora esos espectros se hubiesen asomado entre el acero y el vidrio de la arquitectura del siglo XXI, eludiendo el neón ubicuo de la publicidad, y empezaran a deslizarse entre las sombras hacia el centro antiguo de la ciudad, tal vez para comprobar cómo la fidelidad al pasado, o la fuerza irracional del patriotismo, habían reconstruido palacios, teatros e iglesias respetando su forma original, rescatando entre las ruinas algunas piedras que podían haber sido de la Frauenkirche para colocarlas entre las nuevas, hasta que la iglesia barroca fuera devuelta a la ciudad meticulosamente reproducida: como los antiguos egipcios, al construir un nuevo templo, injertaban en sus cimientos algunos escombros de sus propios templos en ruinas, para asegurar de ese modo la continuidad de la presencia divina, así al pan de hoy le sirve de levadura un trozo de miga del pan de ayer.

Porque los muertos siempre vuelven, y las víctimas son los muertos más tenaces.

Durante el instante de silencio, aquellos fantasmas fueron más reales que esa mujer polaca, sesenta y cinco años, pelo mal teñido, uñas quebradas, que ese argentino cansado al final de un largo viaje: extranjeros, individuos desplazados, sobrevivientes de guerras olvidadas. Cuando

volvieron a hablar, fue como si ese momento de silencio hubiese sido el de una larga noche de confidencias. Los había rozado algo, una presencia invisible, una ráfaga, un soplo que no habían advertido y que, de todos modos, no sabrían nombrar. Ahora avanzaban sin cautela en un diálogo que minutos antes no hubiesen siquiera imaginado abordar.

–Quería visitar Cracovia –decía el hombre– por razones de familia. Simple curiosidad. Creo que mi madre era de allí. Después de la guerra fue a la Argentina. Yo nací en Buenos Aires.

–Yo nunca conocí a mi madre. Soy un «accidente de guerra», uno de tantos. No podía ocuparse de mí, y se me ocurre que para ella esa criatura podía ser el recuerdo de una humillación sufrida, nada más. No se lo reprocho. Me entregó a una familia de campesinos polacos, aunque parece que ella era austríaca. Qué hacía en Polonia, en plena guerra, vaya uno a saber. Me lo contaron cuando cumplí quince años. No se acordaban del nombre de mi madre, o tal vez no me lo quisieron decir. Ella nunca volvió. Puede haber muerto en la guerra. O con un poco de suerte haber empezado una vida nueva.

Cuando quiso volver a llenar los vasos, él advirtió que la botella estaba vacía. Ella le alcanzó otra.

–Invita la casa.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza y puso un billete de cien euros sobre el mostrador.

–Ninguna mujer me paga el alcohol –dijo riéndose pero con voz firme.

–El alcohol necesita algo sólido como base. A eso me deja invitar.

Eligió dos *pelmeni* que languidecían bajo una campana de vidrio y los introdujo en un horno microondas. Dos minutos más tarde, un timbre anunció que habían vuelto a la vida.

Comían en silencio cuando él, como obedeciendo a un impulso súbito, inexplicable, que lo dejó sorprendido ante sus propias palabras, anunció:

–Mi madre era judía. –Después de un silencio agregó–: Nunca quiso hablar de lo que había vivido antes de llegar a la Argentina. Dije que la creía de Cracovia pero la verdad es que no sé de dónde era. Sólo sé que estuvo a ochenta kilómetros de Cracovia, en Oswiecim...

Hizo una pausa antes de traducir, guiado una vez más por un impulso que no hubiese podido explicar, ese nombre que en alemán se cargaba de resonancias que no habían contagiado a la versión polaca.

–En Auschwitz... –murmuró. Y como para mitigar el impacto posible de la palabra se apresuró a añadir–: Es todo lo que sé de su vida anterior a la Argentina. Y que sobrevivió con una sola meta: irse lo más lejos posible de Polonia.

Volvió a vaciar el vaso de vodka y quedó callado. Ella lo estudió antes de hablar.

–No necesitaba contármelo. No tengo nada contra los judíos. No me gustan, eso es todo. Y tampoco me gusta hablar de cosas del pasado, ya no tienen sentido. Después mataron a otros, en otros campos. Y hoy siguen matando. Son otros los que matan y son otros los que mueren. No me pregunte dónde, ya no miro la televisión. Repito: no tenía por qué decírmelo. –Como para disculpar su franqueza, levantó el vaso y lo chocó con el del hombre–. Por el futuro –dijo.

Él sonrió.

–Veo que es optimista. Ya no somos jóvenes.

–No soy optimista, de eso puede estar seguro. Hay una canción polaca que dice: «Hoy estoy peor que ayer, pero mejor que mañana».

Se rieron y juntos terminaron la segunda botella.

Las puertas corredizas de la estación dejaron entrar una ráfaga helada donde flotaban agujas de nieve: el hombre, haciendo un gesto a modo de saludo mientras se alejaba, había salido a la intemperie. Sobre la barra había dejado el vuelto de cien euros, que ella guardó en un bolsillo del delantal mientras respondía con una sonrisa a la silueta que se perdía en medio de la noche, cada vez más pequeña bajo

los círculos de neón de la calle. Se quedó mirándola hasta que ya no pudo distinguirla tras los vidrios empañados de la entrada.

En la estación sólo seguían encendidas las lamparitas de colores del gigantesco árbol de Navidad del hall central. Ella sacó de un armario unas galochas y un pesado abrigo con capuchón, apagó la luz, bajó la cortina metálica. Ya era hora de irse a dormir.

NOTA

La cita de *A Tale of Two Cities* de Dick 132, así como la de *Under Western Eyes* de Conrad, han sido traducidas por el autor de esta novela.

Lejos de dónde
Edgardo Cozarinsky

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ilustración de la portada: fotografía de Mark Hooper. © UpperCut Images / Getty Images.

© Edgardo Cozarinsky, 2009

Reservados todos los derechos de esta edición para
© Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal 604, 1º 1ª - 08021 Barcelona
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2014

ISBN: 978-84-8383-909-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.